

*Selecta*

UN TÉ CON AMOR 3

*Canela  
y miel*



MAR P. ZABALA

Canela y miel  
Serie Un té con amor: Vol. 3

*Mar P. Zabala*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A las locas de mis amigas*



mundo. Tenía jornada de mañana, no ganaba demasiado, pero lo compaginaba con su página web de muñecas de trapo, que hacía ella misma, y de ese modo conseguía llegar a final de mes.

—¿Qué quieres desayunar hoy? —le preguntó a Sofía mientras la llevaba en brazos a la cocina.

—¡Tortitas!

—Marchando unas tortitas.

Encendió la *tablet* para que la niña se entretuviera viendo dibujos mientras preparaba las tortitas para las dos. Pronto la cocina se llenó del olor a caramelo, café y Cola Cao. El sonido del timbre le avisó de que su abuela acaba de llegar. Normalmente dejaba a la niña en casa de esta, que vivía en el siguiente portal, pero estaba acatarrada con algo de fiebre desde hacía dos días y prefería no llevarla al colegio ese día.

—Gracias por venir, abuela, te he hecho madrugar.

—No pasa nada, cariño.

—Yayaaaaaaaaaaaaaaaa. —Un torbellino pelirrojo las interrumpió metiéndose entre las dos, buscando su ración de mimos mañanera.

Media hora más tarde, Luna, ya arreglada, se despidió con pena de las dos mujeres de su vida y, mirando el reloj, vio que tenía que apresurarse o llegaría tarde a abrir la biblioteca. Con disgusto se cruzó con el fotógrafo que tenía la tienda justo en frente de su casa. Cada día era el mismo ritual: Luna salía de su portal, cruzaba la calle y al segundo paso se topaba con el hombre en la estrecha acera. De pelo castaño, piel canela, ojos azules y labios voluptuosos, vestía con pantalones de cuero negro que compaginaba con una cazadora que, debía de reconocer, le sentaba de maravilla. Quince años atrás, en la época de la universidad, habían coincidido en la misma pandilla y durante un par de meses salieron juntos en grupo. Luna se enamoró perdidamente del guapo moreno que, como un pavo real desplegando sus plumas, la conquistó con sus palabras y sus miradas. En el asiento del coche donde tuvieron sexo, para Luna fue su primera vez, él le aseguró que la quería y ella como una tonta se lo creyó. Construyó castillos en el aire que se derrumbaron al descubrir que, como a ella, había engatusado a otras dos chicas del grupo que también habían creído ser la única mujer que ocupaba el corazón de Riv. Maldito desgraciado, sin importarle que lo vieran, se había liado con aquella morena en el aseo del bareto en el que estaban. Con cara de tonta vio como en lugar de avergonzarse al ser descubierto, le guiñaba un ojo mientras seguía embistiendo

a la chica. Al salir a la carrera del baño, se cruzó con las otras dos novias de Riv, que la miraron con pena. Al parecer era un secreto a voces en la pandilla, los chicos lo admiraban por tirarse a cuanta mujer veía, y las chicas, avergonzadas, ocultaban y callaban que habían caído en los brazos de aquel don Juan de pacotilla. La timorata sociedad de la época tildaba a los hombres de machos ibéricos y a las mujeres de «fáciles», adjetivo que seguía en vigor para calificar despectivamente a las féminas. Y claro, se veía que no había locales disponibles en Salamanca, que había ido a poner su tienda de fotografía justo en frente de su casa. Esa mañana, volvía a tenerlo a unos centímetros, dedicándole una sonrisa que intentaba ser seductora y que Luna de buena gana le hubiera borrado del rostro de un bolsazo, pero el riesgo de romper el móvil que llevaba dentro le impedía hacerlo.

—Buenos días, Luna.

¿Por qué tenía que tener esa voz de locutor de radio que la hacía flaquear? No, no podía ser. Afianzándose en sus tacones, se irguió en su uno setenta de altura y puso sus ojos a la altura de los de Riv. Luna desvió la vista y siguió caminando con seguridad, haciendo que un par de padres que llevaba al colegio a sus hijos se giraran a mirarla apreciativamente, algo que a Riv no le gustó. Luna se colgó una medalla imaginaria y sonriendo continuó su camino.

La biblioteca donde trabajaba era un edificio precioso en el centro de la ciudad, situado en la Plaza de Gabriel y Galán. Tenía una sección infantil que era donde Luna tenía su puesto de trabajo. Durante un par de horas estuvo distraída colocando y catalogando los ejemplares nuevos que habían llegado ese día. Los ocasionales visitantes interrumpían su tarea y le daban la oportunidad de estirar la espalda. Justo un poco antes de las once, entró una de sus amigas: Agatha. Sus abuelas había sido como hermanas durante muchos años, por lo que se conocían desde siempre, pero la relación de amistad entre ellas se había iniciado en el cumpleaños de los gemelos de una tía de Agatha, Marta, a la que había conocido a través de una amiga en común, Macarena, una escritora de éxito cuya hija era amiga inseparable de su pequeña Sofía. Maca y su marido Julián vivían junto con sus cuatro hijos en el mismo edificio que Luna y su hija, y era frecuente que María y su hermano Raúl bajaran a su casa a jugar con Sofía, o que esta subiera a casa de ellos. Incluso alguna vez que su abuela no había podido quedarse con la niña, Maca se había quedado encantada con ella. Luna no sabía cómo lograba compaginar el cuidado de los niños con la escritura, cuando ella hacía malabares para poder cuidar a Sofía,

cumplir con los encargos que llegaban a su página web y su trabajo en la biblioteca.

—Tengo ayuda con los niños. Unos canguros de toda confianza —le había explicado Maca el día que lo preguntó.

Ya podían serlo porque la mayor, Vega, estaba en esa época en que se pasaba el día encerrada en su cuarto hablando con las amigas, escuchando música que Luna podía oír a veces desde su piso. Pasaba de sus hermanos, y estos de ella, salvo para fastidiarla y pincharla con sus chanzas cuando podían. Lino tenía ocho años y era el bromista oficial del edificio. Todos los vecinos sabían que, si aparecían los felpudos cambiados de puerta, había sido el niño en un despiste de sus padres. Una vez le habían hecho ir puerta por puerta disculpándose por su última trastada, pero había servido de poco escarmiento. Había vuelto a casa con los bolsillos y las manos llenas de dulces, los vecinos al ver su cara de angelito terminaban perdonándolo y dándole alguna galleta o alguna chocolatina. Por último estaban los gemelos Raúl y María que iban a la misma clase que Sofía, lo que los convertía en amigos inseparables.

—Atenea es muy divertida, y Hércules nos deja hacerle trencitas, tiene el pelo muy largo y le salen muchas —le había contado Sofía después de una tarde que fue con sus amiguitos a merendar, para permitir a Luna hacer unas compras.

—¿Atenea y Hércules son los canguros de los gemelos? —preguntó Luna sorprendida.

—Sí. Son geniales. Me han dicho que soy especial y que ellos cuidaran también de mí.

Al día siguiente le había preguntado a Macarena por tan peculiares niños.

—No tienes por qué preocuparte. Son de toda confianza. Nunca harían nada que lastimara a los niños, y no permitirán jamás que nadie les haga daño.

Se había acostumbrado a oír a Sofía hablar de ellos, y ya eran nombres comunes en sus conversaciones y en sus vidas. Precisamente esa mañana, Agatha la recogía en la biblioteca para ir con Macarena a tomar café en una cafetería que habían abierto nueva con unos dulces muy ricos. Algo que su embarazadísima amiga no debería hacer, si no quería terminar rodando como una pelota. Su cuerpo empezaba a parecerse a una bola con piernas y brazos. Ya hacía semanas que había dejado de verse las puntas de los pies, y sin la ayuda de Börg le sería difícil vestirse sola. Lo que no se podía negar era que

el embarazo le había sentado fenomenal a su ya de por sí bello rostro, puesto que irradiaba paz y luz en perfecta armonía.

—Hola, Luna, ¿ya estas lista? Traigo unos libros de los niños de Marta para devolver.

—¿Cómo está Marta?

—Aunque algo dolorida del parto, está muy feliz con la pequeña Margarita. Es un amor de niña. Tengo la ahijada más preciosa del mundo. Los gemelos no lo están tanto.

—Ja, ja, ¿y eso?

—Ayer fuimos a cenar con ellos, cuando estábamos Marta y yo acostando a la niña, y Mateo recogiendo los platos, los gemelos se sentaron en las rodillas de mi vikingo y le preguntaron si conocía a algún buen abogado.

—¿Qué? —preguntó Luna divertida.

—Quieren *renunciar* a la cigüeña. —Al oír lo que los niños con su media lengua habían pedido a Börg, Luna ya no puedo contenerse y estalló en carcajadas—. Le escribieron una carta donde le pedían muy clarito que querían un hermano, no una hermana. Al parecer consideran que la casa está inundada de lazos, peluches y un montón de cosas rosas.

—*Es muy duro, tito B. Mamá ya no nos deja dejar la ropa tirada en el baño, ahora hay que ponerla en un cesto rosa. No podemos hacer ruido porque la podemos despertar, pero ella llora y llora. Espero que tú hayas escrito bien la carta.*

—*Es solo el principio —se lamentó el otro—. Va a ser horrible.*

—*No creo que podáis denunciarla, vuestros padres están contentos y vosotros también lo estaréis con Margarita. Esperad que crezca un poco, y ya veréis cómo se une a vuestros juegos. Además, chicos, siento deciros que la tía Agatha y yo esperamos una niña también —les informó Börg intentando contener la risa.*

—*No te preocupes, tito, puedes guardar tus juguetes debajo de nuestra cama. Con nosotros estarán seguros. En nuestra habitación no hay rosa, y no entran los bebés llorones.*

—Salgamos fuera —le pidió Luna a su amiga, ante las miradas de reproche

de los visitantes que en esos instantes recorrían la biblioteca.

—Pasároslo bien —les dijo su compañera Teresa que entraba cuando ellas salían del edificio. Adoraba a su compañera. Coincidió con ella cada dos semanas, ya que ella alternaba, y una semana estaba de mañana y otra de tarde. Tenía una cara de duende, morena de pelo corto, con unas divertidas gafas a lunares blancos y azules que llamaban la atención de todos los niños que entraban en la biblioteca, incluida Sofía que siempre intentaba probárselas.

Macarena estaba en la puerta esperándolas con una sonrisa en los labios. Estaba contenta porque el día antes una novela suya había salido a la venta y en unas horas se había colocado en los puestos más altos de Amazon. Börg y Mateo, los dueños de M&B, la editorial donde publicaban sus libros, estaban organizando una presentación por todo lo alto para esa misma semana. Agatha ayudaba a su vikingo con los preparativos, especialmente a la hora de elegir el *catering*.

*—Umm no estoy segura si incluir estas tartaletas de espárragos o las de salmón. Voy a probar otra.*

*—Llevas cuatro de cada una —replicó Börg contemplando a la tragona que tenía por novia, zampano tartaletas a dos carrillos sin ningún pudor ante la mirada alucinada del dueño de la empresa de buffet, que nunca había visto comer tanto en una cata.*

*—«Estaz están bunícimas» —dijo Agatha con la boca llena, señalando las de espárragos.*

*—Tendrá que disculparla, lleva dos horas sin comer y el embarazo le da hambre —se disculpó Börg mientras Agatha le miraba con ojos asesinos. Ella no tenía la culpa, su niña quería comer y no iba a dejar a la pobre bebé con apetito. Ahora mismo le estaba diciendo que los bocaditos de verduras con gambas debían de estar buenos, e iba a comprobarlo.*

Las tres amigas se dirigieron con paso ligero a la cafetería cercana donde los dulces las saludaban desde sus bandejas, tentándolas a probarlos. Con unas aromáticas tazas de té verde con jazmín y unas caracolas para acompañarlas, se sentaron en su mesa favorita.

—Esta mañana me he vuelto a cruzar con el fotógrafo —les contó Luna

recordando el encuentro con Riv de ese día.

—También es mala suerte tener que ver cada día a tu ex.

—Lo peor, Agatha, es que mi abuela me recrimina por ser tan arisca con él. Dice que es un buen chico. ¡Si ella supiera! Se deja engañar por su cara de bueno, pero es el diablo personificado.

—Luna, debes reconocer que está bueno.

—No, Macarena, si eso lo reconozco. Es un cabrón muy guapo, pero sigue siendo un cabrón.

—¿Pero tú lo has visto con alguna mujer? —preguntó Agatha entre mordisco y mordisco a su caracola.

—Les pone ojitos a todas las clientas. Tendrías que ver la de gente que tiene, y eso que ahora nadie revela fotos. Si no llevan a los niños a hacerse unas fotos, van a hacerse las fotos del carnet de identidad o para el gimnasio. Lo que sea. El caso es que por las tardes, que es cuando estoy en casa, las veo entrar y salir.

—Pues para no interesarte el tal Riv, estás muy atenta a lo que pasa en su tienda —afirmó Macarena haciéndole un guiño a Agatha.

—¿No estarás celosa? —preguntó esta última captando la indirecta.

—¿Yo? ¡Por supuesto que no! —exclamó Luna, centrándose en su taza de té y desviando la atención de sus amigas hacia la futura presentación del libro de Macarena. Las quería, pero la agobiaban por su insistencia continua en que saliera a divertirse y conociera hombres. Con su pequeña y su trabajo, tenía suficientes ocupaciones en su vida, no tenía tiempo para más.

—Venga, chicas, contadme qué tal van los preparativos de la presentación, que ya casi tengo que regresar a la biblioteca.

—Está todo listo —aseguró Agatha—. Ana está preparando unas bolsitas con un pequeño tarrito de crema de manos y unas flores secas, para dar de regalo a los que compren el libro.

—¡Qué buena idea!

—Quería regalar algo diferente a un marcapáginas, tener un detalle con mis lectores. En realidad fue idea de Julián consultar con Ana. En su tienda hay de todo.

—¡Hasta las muñecas de Luna! Ana me ha dicho que vas a venderlas allí también.

—Sí, en realidad, unas en miniatura en la tienda de Ana, a las que les he cosido una argolla para que sirvan como llavero; y otras más grandes, de unos

cuarenta centímetros, en la tienda de Marta.

—Creo que sé cómo irán vestidas —dijo Agatha riéndose—. ¡Con tejido escocés!

—¡Adivinaste! —exclamó Luna. Desde que Ana había encontrado el amor de su vida en la persona de un guapo *highlander*, Escocia estaba muy presente en su día a día, incluyendo los artículos que vendía en su tienda.

—Quiero una para María —pidió Macarena, pensando que en realidad terminaría quedandosela ella. Las muñecas de Luna eran verdaderas obras de arte. Hechas a mano a imagen de su ama. Sofía tenía una en su cama con su misma carita y sus mismos rizos rebeldes.

—Bueno, chicas, todo riquísimo y la conversación aún más, pero debo regresar al trabajo. Nos vemos.

El resto de la mañana pasó en un suspiro para Luna que ya temía que tendría que darse prisa en terminar la muñeca que estaba haciendo para la niña de Agatha. Por el tamaño de su barriga, era cuestión de días que diera a luz y aún le faltaba hacer la mayor parte del vestido y del rostro.

## Capítulo 2

Luna no sabía si ponerse el vestido azul o el pantalón gris. El día había amanecido soleado, pero unas nubes empezaban a aparecer en el horizonte. Si se ponía el vestido, por muy gruesas que fueran las medias, terminaría pasando frío; por otra parte, si se ponía el pantalón estaría calentita, pero no saldría de la rutina diaria de jersey y pantalón. Volvió a mirar la aplicación del móvil, dos grados... ¡y eran solo las cinco de la tarde! Decidido: el pantalón gris, la camisa blanca y la chaqueta verde que se había comprado en rebajas. A Sofía le había puesto un vestido en todos azules y malvas, con el que estaba monísima, pero que sabía que terminaría arrugado y manchado tras una tarde de juegos. Cuando se quejaba a su abuela por la cantidad de ropa de la niña que tenía que lavar, esta le decía:

—Eso significa que está sana. Un niño que no juega y no se mancha, no es un niño feliz.

Y si su abuela Micaela lo decía, es que era cierto.

—¿Por qué te pintas con eso? —le preguntó la pequeña mientras se maquillaba en el baño. La niña estaba sentada en la taza del inodoro, balanceando su piernillas y observándola muy atenta.

«Será mejor que mantenga el neceser alejado de diminutas manos», pensó Luna antes de responder a su hija.

— Se llama rímel, es para que las pestañas se vean más y estén más bonitas.

—¡Yo quiero!

—Cuando seas un poquito mayor. ¿Qué te parece si te pongo un brillo de labios rosita?

No lo tuvo que decir dos veces, Sofía se bajó de un salto de su improvisado asiento y se acercó a su madre poniendo morritos. Una vez que las dos

estuvieron convenientemente vestidas y maquilladas, salieron del baño para buscar a su abuela que ya las esperaba en la cocina con el abrigo puesto. Era una fiel lectora de Macarena, se había leído todos sus libros y no faltaba a ninguna de las presentaciones. Para vergüenza de Luna, la había descubierto recomendando uno de los de temática más erótica a sus amigas de la partida de cartas, que jugaba cada tarde en la cafetería de la esquina.

—Pero, abuela, ¿cómo les recomiendas ese libro? —la reprendió Luna al saber lo que había hecho.

—¿Tú qué te crees? Casi todas tenemos ochenta años y hemos estado casadas, algunas hasta dos veces. Como te puedes imaginar, todo lo que lees en esos libros que te gustan tanto, lo hemos practicado en nuestros años mozos, o al menos hemos soñado con practicarlo.

—Ya, abuela, pero hay escenas fuertes. Hay algo de sado...

—¡Inocente! Si yo te contara.

Desde ese día, Luna no había vuelto a hacer ningún comentario a su abuela sobre sus gustos literarios. Después se lo había contado a Agatha y a Macarena, y a partir de entonces la miraban con renovado interés, intentando descubrir qué ocultaba tras su dulce cara de abuelita. Para la ocasión se había puesto un abrigo de piel, que solo se ponía en los eventos importantes. De la mano de su bisnieta, iba orgullosa a la presentación, dispuesta a hacerse con un ejemplar dedicado y una foto de la escritora, a ser posible con el marido de la escritora al lado, que era el vecino más guapo de todo el edificio de su nieta. En la puerta de la librería donde tendría lugar el acto, se podía observar un buen grupo de personas aguardando. Soltándose de las manos de su madre y su tía, Sofía corrió al encuentro de sus amiguitos, escabulléndose entre la gente.

—¡Sofía!

—Tranquila, Luna, Ana está vigilando a los niños con Julián y Jaime —la tranquilizó Agatha dándole un par de besos.

—Luego me uniré a ellos —añadió Börg saludando a Luna y a su abuela, que como una joven, enrojeció ante la sonrisa del vikingo.

—¿Agatha, estas bien? Te veo algo pálida —se interesó Luna preocupada por el aspecto de su amiga.

—He comido algo que me ha sentado mal.

—¡Algo! Un bocadillo de mortadela con naranja de tres pisos —explicó Börg contemplado como la mujer de su vida se acariciaba su gigantesca

barriga.

—No sé cómo puede gustarte eso—negó la abuela de Luna arrugando la nariz.

—Fue la niña —explicó Agatha sonriendo ante la mirada desesperada de Börg—. Se despertó de la siesta con hambre.

—Es lo que pasa después de comer cocido, que de la siesta se despierta la gente con hambre —replicó el editor con ironía, despidiéndose de las tres mujeres para ir a hablar con el dueño de la librería.

Poco a poco, el recinto se fue llenando de gente, quedando numeroso público sin sillas para sentarse. Macarena estaba espectacular con un vestido *vintage* que solo ella era capaz de llevar con el glamur de una estrella de cine antiguo. Mateo y Börg la flanqueaban, vestidos elegantemente, orgullosos y felices de presentar una nueva novela de su escritora y amiga. Un fotógrafo immortalizaba el evento captando instantáneas de la autora, los editores y el público en general. ¡Un momento! Reconocía esa piel canela que cubría cada centímetro del cuerpo del hombre. ¡Era Riv! ¿No había otro fotógrafo en la ciudad? ¿Tenían que haberle contratado a él?

—¿Qué ocurre, Luna?

—Agatha, mira quién hace las fotos —le indicó a su amiga en un susurro, fastidiada por el desagradable encuentro, pero sin poder evitar admirar el cuerpo de su antiguo novio. Enfundado en unos ajustados pantalones de cuero negro, que se apretaban a su trasero cada vez que se agachaba. Llevaba una camisa blanca en un vano intento de dar formalidad a su atuendo, algo que nunca conseguiría con sus ojos azules destacando como faros encendidos en su dulce piel canela. No eran del mismo azul que los de Börg, no había ojos que pudieran igualar el azul del chico de su amiga, pero los de Riv eran de un azul-turquesa rayando en el verde. Molesta, se percató de que no era la única mujer de la sala más pendiente del fotógrafo que de la autora que presentaba su novela.

—Oí que habían contratado a un conocido de Macarena, pero no sabía que era él. Si lo hubiera sabido, les hubiera hecho desistir de la idea —afirmó Agatha solidaria con su amiga.

—No pasa nada. Es lógico que se conozcan, la tienda esta en frente de nuestro portal —negó Luna apartando la mirada, aunque no con la rapidez necesaria para impedir que Riv se diera cuenta de que la pelirroja lo estaba observando, y esbozara una sonrisa en sus voluptuosos labios.

—Te está mirando.

—¡Ya lo sé! —exclamó Luna en voz no demasiado baja, haciendo que se volvieran varias personas con gesto de enfado—. Mejor me voy con los niños.

—Si te levantas, te harás notar. Los niños están en la mesa que tienen en la librería con pinturas y juegos para que se distraigan. Ana y Jaime están con ellos, tranquila. Mejor vamos a escuchar a Macarena que se va a enfadar como sigamos hablando —agregó Agatha cambiando de posición en un vano intento de estar más cómoda. Tal vez no debería haberse comido la chocolatina que le había robado a su tía Marta antes de ir a la presentación. Tenía suerte de no haber engordado cuarenta kilos durante el embarazo, a pesar de pasarse todo el día comiendo. No lo podía evitar, era superior a ella. Su cuerpo era una inmensa barriga de la que sobresalían dos delgadas piernas y dos brazos. Si su bebé quería comida, ella se la daba. Así de sencillo.

A regañadientes, Luna siguió sentada, dedicando miradas furtivas a Riv, y mostrando indiferencia cuando este hacía alguna foto más de la necesaria a la zona del público donde estaba Luna con su amiga y su abuela. Por lo menos, con la cámara tapándole los ojos no podía ver aquellos dos faros que la hacían derretirse por dentro. Durante media hora consiguió centrarse en Macarena, que con gracia y soltura desgranaba como había ido forjando la trama en la que se centraba su nuevo libro. De repente un grito la sobresaltó.

—¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —chilló Agatha, interrumpiendo a Mateo que en ese instante explicaba cómo una importante cadena de televisión había contactado con ellos, para ver la posibilidad de llevar la anterior novela de Macarena a la gran pantalla.

—Creo que ha roto aguas —afirmó la abuela de Luna.

En un segundo se desencadenó un remolino alrededor de Agatha que resoplaba entre contracción y contracción. De un salto, Börg había abandonado la improvisada tarima y, esquivando a los curiosos, había llegado junto a su hada.

—¿Ya? —preguntó el vikingo arrodillado junto a Agatha que sudaba copiosamente y se retorció de dolor.

—¡Síiiiiiiiiiiii! —respondió agarrando la mano de Börg y apretándola con tan fuerza que hizo que sus dedos crujieran.

—¡Vamos!

Cogiéndola en brazos, la sacó de la librería. En la entrada, Jaime aguardaba en un coche, a la vez que Ana abría la puerta del asiento del copiloto, que

había retirado hacia atrás lo más posible. Luna, sin dudarle, se dirigió donde estaban los niños, que asustados por el alboroto habían dejado de jugar.

—Tranquila, cariño —le dijo a su hija Sofía—. La tita Agatha está bien, su bebé va a nacer ya, el tito Börg se la lleva al hospital.

—Chillaba mucho.

—Lo sé, pero no te preocupes. Luego la llamamos a ver qué tal está.

—Luna, te importa...

Era Marta, la tía de Agatha, que quería ir con su sobrina y Ana al hospital. Indecisa, no sabía qué hacer. Mateo debía de seguir con la presentación, se llevaba a la pequeña Margarita en su cochecito, pero el hospital no era lugar para los inquietos gemelos.

—Ve con ella. Me quedo con los niños.

De esa forma, ayudada por Vega, la hija mayor de Macarena, Luna tenía ante ella una improvisada guardería con los tres hijos pequeños de la escritora, los gemelos de Marta y su propia niña. Decidió hacer dos equipos y jugar con ellos al inmortal juego de los barcos. Aunque no mantendrían el silencio, al menos no alborotarían por la sala.

—¡Qué divertido! ¿Puedo jugar yo también?

Luna se giró para ver al hombre que le había hablado, no necesitaba hacerlo para reconocerlo. Era la misma voz que le había susurrado «te quiero» en el asiento trasero del coche hacía quince años. Allí estaba, a escasos centímetros de su cara, sonriéndole afable.

—¿No tienes que hacer fotos? —preguntó Luna molesta consigo misma por dejar que Riv la perturbara de esa manera.

—Estoy haciendo un descanso. Mi amigo Roc me sustituye un rato.

—Vaya, ¿Rocuster también ha venido? —preguntó Luna, mirando al amigo de Riv, que en ese instante sacaba una foto a un grupo de lectoras emocionadas por conocer a la escritora. Roc era el amigo del alma de Riv. Tenía un taller donde arreglaba coches y motos. La gran pasión de ambos: sus motos, a las que ponían por delante de cualquier mujer. Era moreno, de ojos marrones, algo más bajo que Riv, pero igual de atractivo.

—De vez en cuando me ayuda cuando tengo un evento. Le gusta la fotografía como a mí, y se saca un extra.

—Hola, Riv —lo saludó Sofía cariñosa, dándole un beso que cogió por sorpresa a Luna. ¿Desde cuanto su hija y el fotógrafo eran tan amigos? Eso era cosa de su abuela. Ya hablaría con ella. No quería que la niña tuviera ninguna

relación con el indeseable que tanto daño le había causado en su juventud.

—¿Cómo está la chica más guapa de la ciudad? —preguntó zalamero Riv a la niña que, divertida, reía con las cosquillas que este le hacía.

—Sofía, no molestes al señor.

—No es un señor, es Riv —replicó la pequeña. Luna no pudo menos de darle la razón, desde luego con su piel canela y sus ojos turbadores no era ningún señor, era un sinvergüenza que, conocedor de su poder sobre las mujeres, lo ejercía sin disimulo—. Es mi amigo, y de la yaya. ¿A que sí?

Ya hablaría con su abuela luego, de momento tenía que mantener controlado al grupo de pequeños que, inquietos, comenzaban a levantarse de su sitio. Luna capitaneó un equipo y Riv el otro. Tras una disputada partida, el equipo de la bibliotecaria ganó, algo que sus integrantes celebraron con gritos de victoria que interrumpieron la presentación.

—¿Qué te parece si nos acercamos al *buffet* y les damos algo de comer antes de que la gente se levante de su sitio y haya más jaleo? —le susurró Riv a Luna a modo de propuesta.

A regañadientes, Luna aceptó la sugerencia de Riv, y con su ayuda llevó a los niños a las fuentes de canapés, que con voraz apetito hicieron desaparecer en un momento. María, la hija pequeña de Macarena, y Sofía intentaban convencerla para que les diera un refresco de cola, algo que no pensaba hacer, ya tenían bastante energía en sus cuerpecillos como para añadir más. No lo iba a reconocer en voz alta, pero Riv resultó de gran ayuda con los niños, y a su pesar, fue sustituido por Julián que, dejando a su mujer firmando libros, permitió que Riv continuara con sus fotos. Hasta la rebelde adolescente en que se había convertido Vega, la hija mayor de la escritora, había sucumbido a los encantos del fotógrafo.

—Es un tipo genial, ¿verdad? —le comentó Julián, algo a lo que Luna prefirió no responder con lo que en realidad pensaba.

—Es buen fotógrafo.

—Creo que os conocéis de antes, de la universidad, me parece que escuché a tu abuela. —Definitivamente tenía que hablar con la casamentera de su abuela; teniendo el enemigo en casa, quién iba a librar batallas fuera.

—Fue hace mucho tiempo. Casi no me acuerdo. —Mejor no se mordía la lengua, o se envenenaría con el veneno de su mentira. Claro que lo recordaba, cada vez que salía con un chico, pensaba en el que había sido su primer amor. Recordaba todas y cada una de sus palabras embaucadoras y zalameras. El

tacto de sus caricias, el sabor de sus besos, la forma en que la miraba. Luego, recordaba cómo la había engañado con sus supuestas amigas, y se le pasaba. Traidor, sucio, ruin, eran los más suaves adjetivos que llenaban su mente entonces. No valía cada uno de los minutos en los que pensaba en él.

La presentación terminó con una firma de libros que duró más de una hora. Eran casi las diez cuando las puertas de la librería se cerraron tras irse el último visitante. En la intimidad, brindaron por el éxito de la novela y el nacimiento de Rocío, la hija de Agatha, que había nacido en el coche de Jaime camino del hospital, en el *parking* de este, antes de que pudieran llevarla hasta la puerta de urgencias, donde Börg había ejercido de novata comadrona ayudando a nacer a su hija. Ambas, la madre y la hija, descansaban en su habitación. Como era tarde para ir con los niños, Luna acordó con su abuela que irían al día siguiente. Despidiéndose de todos, las tres mujeres se fueron a casa. Luna pudo sentir como unos ojos turquesa la miraban según salía de la librería. Apretando la mano de Sofia, se internó en la noche, cerrando su corazón al amor. Una vez lo había entregado y se lo habían roto, no volvería a pasarle.

## Capítulo 3

El paquete con la ropita para la niña de Agatha que Micaela había comprado estaba en la mesa de la cocina, bien envuelto y decorado con un precioso lazo. Junto a él descansaba, cubierta de celofán, una muñeca rubia con dos trenzas y unos bellos ojos azules, cuyo rostro era una mezcla de rasgos de Agatha y Börg. Iba vestida con una réplica del mismo vestido que Micaela había comprado para Rocío. La abuela de Luna prefirió quedarse preparando la comida del domingo: pollo relleno al horno, el plato favorito de Sofía. No le gustaban mucho los hospitales, prefería ir a conocer a la niña cuando ya estuviera en casa de sus padres. Así que madre e hija, junto con Macarena y Julián, fueron al hospital para conocer a la pequeña. Esa mañana unos copos de nieve habían comenzado a caer al amanecer, pero para disgusto de Sofía la nieve no había cuajado.

—A lo mejor más tarde podemos hacer un muñeco de nieve —afirmó Luna—. En la terraza del edificio, hay un rincón sombrío donde tarda más en deshacerse y tal vez haya algo de nieve.

—¡Bienmmn!

—Pero tienes que portarte bien en el hospital, nada de correr por los pasillos. Hay gente malita que tiene que descansar.

—Yo siempre me porto bien —respondió muy resuelto el pequeño duendecillo pelirrojo. Por lo general era una niña buena, salvo cuando se juntaba con sus compinches Raúl y María. En ese caso había que tenerlos vigilados a los tres.

La planta de maternidad estaba inundada de globos y peluches, los familiares entraban y salían de las habitaciones con caras de felicidad. Los ramos de flores lucían espléndidos y fragantes. Luna no lo sabía, pero Agatha,

con su don de hada y su alegría desbordante por el nacimiento de la pequeña, era la responsable de la atmósfera de felicidad que se sentía en todas las habitaciones. Rocío acababa de mamar y dormía plácidamente acurrucada en los brazos de su madre. Börg ayudó a Sofía a encaramarse a la cama para ver a la nueva miembro del grupo.

—¿Qué te parece tu nueva primita?

—Es mona, pero como Margarita, son un poco aburridas. Mis muñecas hacen más cosas.

Los adultos rompieron a reír por la ocurrencia de la niña.

—No te preocupes, que en un par de años desearás que no sean tan activas y no te cojan tus juguetes —le aseguró Agatha besando la cabeza pelirroja.

—No me importa, yo se los dejo —afirmó muy segura ante la mirada orgullosa de su madre. Aunque era un diablillo, tenía un corazón noble—. ¿Puedo cogerla?

Sofía se sentó muy recta en la cama, pegada a la almohada y con cuidado pusieron a la dormida Rocío en sus brazos. La niña mayor le daba besitos en los mofletes a la pequeña ante las miradas bobaliconas de los adultos, a los que se les caía la baba con la escena.

—Creo que quiere un hermanito —le cuchicheó Macarena a Luna con picardía—. Deberías buscarle un papá a Sofía, y unos cuantos hermanitos de paso —continuó con la broma.

—Tengo un compañero de trabajo que te podría presentar si tú quieres. Está divorciado, tiene un hijo de quince años y...

—Gracias, Julián, pero estoy bien como estoy.

—¡Yo quiero una hermanita! —exclamó Sofía, que como todos los críos parecía que no se enteraba de nada, pero pillaba todo al vuelo como una esponja—. Es que sola me aburro cuando no puedo jugar con María y Raúl.

—Cariño, puedes jugar con ellos siempre que tú quieras, ya sabes que no hay puertas para ti, mi vida —le aseguró Macarena mirando a la niña con ternura.

—Pues hay un enfermero soltero muy majo por aquí... —comenzó a decir Agatha enternecida, queriendo dar un poco de humor a la situación antes de que Luna comenzara a llorar. Sofía nunca había extrañado la figura paterna, Micaela y ella se encargaban de que así fuera; además, sus numerosos titos postizos la cuidaban con infinito amor. Sin embargo, al empezar a ir al colegio, no había podido evitar que la niña hiciera preguntas sobre su padre.

Luna le había dicho que estaba muerto. Al fin y al cabo, para ella lo estaba. Fue un calentón de una noche, que tuvo una preciosa consecuencia. No había vuelto a saber de él, ni lo había buscado, ni se había preocupado por encontrarlo.

—Cariño, tenemos que irnos, la yaya Micaela nos espera para comer —dijo Luna ayudando a su hija a bajar de la cama y a ponerse el abrigo y la bufanda.

—Sí, nosotros también debemos regresar, Lino y Julián tienen partido a las cinco —afirmó Macarena besando a Agatha y recogiendo sus cosas.

Sofía se había quedado mirando con pena los peluches que llenaban la habitación de Agatha, de modo que Macarena decidió comprarle uno a la niña y otro para su hija. Julián se adelantó para ir a buscar el coche al *parking* del complejo hospitalario. Luna entretenía la espera leyendo los titulares de las revistas en un kiosco que había junto a la puerta de entrada.

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó una voz de hombre a su espalda. Confundida al no reconocer la voz, se dio la vuelta, para encontrarse con la persona con la que menos hubiera esperado. Unos ojos miel la observaban con atención desde una cara cincelada por el mismo Miguel Ángel.

—¡Tú! —exclamó Luna buscando con la vista a Sofía, que seguía entretenida eligiendo un peluche.

—Ha pasado mucho tiempo, pero te he reconocido nada más verte. Estás igual de preciosa que aquella noche.

—Yo... no sé... fue hace cinco años.

—Volví al bar la noche siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Tú no lo hiciste. No volví a verte.

—No era un sitio al que soliera ir, mis amigas me llevaron porque a una de ellas le gustaba uno de los camareros —balbuceó Luna. ¡Sofía! Por nada del mundo deseaba que la niña viera con quién estaba hablando.

—Fue una pena. Me hubiera gustado invitarte a un café un día. Tal vez no sea tarde para tomarnos ese café —sonrió el hombre seductor haciendo recordar a Luna por qué se sintió atraída por él aquella noche.

—Quizás en otro momento...

—¡Mamiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!, mira qué unicornio me ha comprado tita Maca, y hemos elegido otro para María. —Sofía venía corriendo hacia ella, sonriendo feliz con el peluche.

—¿Te gustan los unicornios? —preguntó el hombre agachándose para ponerse a la altura de Sofía. Luna temblaba, para un observador atento el

parecido saltaba a la vista. La misma nariz, la misma sonrisa, el mismo gesto de atención.

—¡Mucho! Son mágicos.

—A mí también me gustan. ¿Cómo se llama el unicornio?

—Arcoíris. Yo me llamo Sofía, ¿y tú? —La niña seguía preguntando cosas y hablando tranquila con el hombre, Macarena observaba la escena y viendo la cara de susto de Luna, le fue fácil deducir que pasaba algo extraño.

—Me llamo Icar. ¿Cuántos años tienes?

—Casi cuatro. El mes que viene es mi cumpleaños. Mi mamá me ha dicho que haremos una fiesta con payasos. ¿Sabes? También me gustan. Me gustan más los unicornios, pero los payasos están bien.

—Seguro que será una fiesta fantástica.

—¿Eres amigo de mamá? No te conozco. —Ya sabía que iba a ser la lianta de su hija de mayor: periodista. Contaba cosas de ella a la vez que sacaba información a su «entrevistado» sin que este se diera cuenta.

—He estado un tiempo fuera, pero he vuelto a la ciudad.

—Tenemos que irnos, cariño. Bueno, ha sido un placer verte, hasta otro día.

—Tenemos un café pendiente —aseguró Icar mirando cómo Luna y su amiga se iban con la niña y se metían en el coche de Julián. Era preciosa, las dos lo eran. La niña era una pequeña Luna en miniatura, pero en su mirada pudo reconocer su propia mirada. Había sido un imbécil. Aquella noche, el alcohol y las dos rayas de cocaína que se había metido dentro no le dejaron pensar con claridad. No le había resultado difícil echarle la droga en el vaso del que bebía Luna, el camarero había sido fácil de comprar con un billete de veinte euros. Se había fijado en ella en cuanto entró en la discoteca. Llamaba la atención por su pelo rojo y sus enormes ojos verdes. Sus amigas eran del montón, nada les hacía destacar físicamente. Todas parecían extranjeras a excepción de Luna; ruidosas y alborotadoras, no paraban de hablar en una mezcla de español e inglés que solo ellas entendían. Demasiado alcohol por sus venas. Sus dos amigos las distrajerón con unos piropos y unas lindezas, mientras él tonteaba con Luna. Se ofreció a invitarla a una copa, que ella sedienta por el calor que hacía en el local no rechazó. Con un guiño, le indicó al camarero lo que tenía que hacer, y Luna, sin dudar del contenido de la copa, la cogió del simpático y charlatán camarero. El resto fue sencillo, dejó que hiciera efecto la droga y entre tórridos besos la llevó al callejón trasero. Sin embargo, había cometido un error: ¡sexo sin protección! Y ahora tenía

caminando delante de él la consecuencia de sus actos. Esa niña era su hija y pensaba recuperarlas a ambas, eran su familia y tenían que estar juntos.

Luna envió el encuentro a su cajón mental de cosas en las que no debía pensar. No quería darle más vueltas. Había sido un encuentro casual que no tenía por qué repetirse. Estaban bien como estaban, ella no necesitaba una pareja que condicionara su vida, y Sofía no necesitaba un padre, aunque sus amigos así lo pensarán. Centrándose en el delicioso pollo que su abuela había cocinado, olvidó las sensaciones que su cuerpo había experimentado al ver a Icar. El resto de la tarde, pasó de forma divertida para Sofía y ella, que junto con Macarena y los gemelos hicieron un muñeco de nieve en una plaza cercana y jugaron a lanzarse bolas y pelearse por ganar al equipo contrario hasta cansarse.

## Capítulo 4

**H**abía estado nevando dos días, las calles aún seguían con nieve y el acceso a la biblioteca había que hacerlo con cuidado para no caerse por las escaleras. Esa semana Teresa estaba de mañana, Luna y ella aprovechaban la escasa afluencia de público para charlar.

—No sé cómo te atreves. Hay mucho tío raro en esas web de contactos.

—Bueno, Luna, de noche en un bar tampoco sé si el tío con el que he ligado es un psicópata o un angelito.

—Ya, en eso tienes razón —asintió Luna pesarosa al oír las palabras de Teresa y recordar su propia historia.

—Oh, cariño, lo siento, no lo decía...

—No pasa nada, gracias a ello tengo a Luna. ¿Sabes una cosa? El otro día me encontré con él, al salir del hospital de visitar a Agatha. —Tenía que contárselo a alguien o le daría algo. Había intentado no pensar en él, pero una y otra vez acudían imágenes a su cabeza de ojos miel.

—¿Y qué hacía allí?

—No lo sé, no se lo pregunté, supongo que visitando a alguien que tuviera enfermo.

—¿No lo habías vuelto a ver desde aquella noche? ¿Qué te dijo? ¿Qué sentiste? ¿Sofía lo vio? —Teresa no podía dejar de hacer preguntas, estaba tan sorprendida como la propia Luna.

—Sí lo vio, de hecho estuvieron hablando un poco. Fue cariñoso con ella, pero no creo que sepa que es su hija.

—Ummm, no estoy tan de acuerdo. Si echa cuentas...

—No, imposible —negó Luna rotunda.

—¿Y es tan guapo como el hombretón que entra por la puerta ahora mismo?

¡Me toca a mí atenderle!

—¡Igualito! ¡Es él! Oh, no. ¿Qué hago? No me da tiempo a esconderme.

—¿Es él? ¡Está cañón! ¿Esconderte? Venga, ponte tiesa y saluda —le ordenó Teresa empujándola hacia el mostrador.

El padre de Sofía entraba caminado con paso firme, adueñándose hasta del aire que se respiraba en la sala. Era de esos hombres cuyo magnetismo eclipsaba la presencia de cualquier otro, y atraía la atención sobre él. Sus ojos miel la miraban con intensidad, pegándola al suelo, sin que su cuerpo fuera capaz de moverse, sintiendo que debía pedirle permiso hasta para respirar.

—Buenos días, Luna.

—Hola, Icar, ¿qué haces aquí? ¿Vienes por un libro? Esta es la sección infantil. Tienes que subir a la otra planta para las novelas de adulto.

—En realidad, he venido a verte a ti.

—¿A mí? ¿Cómo sabes que estaba aquí? —preguntó Luna confundida.

—Vivo en un piso justo en frente. Desde la ventana te he visto entrar algún día. No me atrevía a acercarme. Pero después de coincidir el domingo en el hospital, no he podido dejar de pensar en ti —respondió Icar bajando la cabeza con timidez. De cerca parecía inseguro, desprendiéndose de la arrogancia con la se vestía habitualmente.

—Icar, yo...

—¿Tomamos ese café?

—Falta una hora para mi descanso, a Teresa le toca antes hoy.

—A mí no me importa, toma tu abrigo —afirmó la aludida tendiéndole el abrigo y el bolso que había ido a buscar mientras ellos dos se saludaban—. Tardad lo que queráis, esto está tranquilo.

Luna cogió sus cosas y le susurró a Teresa al oído: «Lianta», a lo que esta respondió con un guiño. Con un galante gesto, Icar le indicó con la mano a Luna el camino hacia la puerta, y juntos caminaron en silencio hacia ella. Nada más salir, el gélido aire se filtró por cada pliegue de su ropa hasta el interior de sus huesos. Luna lo llevó hasta la cafetería cercana donde solía hacer su descanso. Prefería estar en un ambiente conocido que controlara bien. Era bastante con lidiar con su traicionero corazón, que daba palmas al ver los ojos miel que tanto la habían cautivado aquella lejana noche.

—Me gusta el sitio, es cálido. He estado fuera casi cinco años y parece que han sido muchos más. La ciudad está muy cambiada.

—¿Por qué te fuiste?

—Tenía que atender asuntos familiares que demandaban mi presencia.

—¿Y has vuelto para quedarte? —quiso saber Luna, lamentándose al instante de haber hecho la pregunta, puesto que la hacía parecer ansiosa por que así fuera.

—Eso espero —contestó Icar sonriéndole—. La empresa familiar tiene intereses aquí que debo controlar, de modo que mi idea es establecerme en Salamanca. Luna, sé que fue el calentón de una noche, que los dos habíamos bebido más de la cuenta, y que no significó nada en ese momento. Sin embargo, me gustaría creer que en otras circunstancias podríamos haber llegado a conocernos mejor. Vi que tienes una hija, no sé si estás casada y tienes una relación estable.

—En realidad, no. El padre de Sofía murió —explicó Luna esquivando la mirada de Icar, volteando sus ojos hacia su taza. Sofía era suya, y por muy atractivo que fuera Icar, no iba a dejar que entrara en la vida de la niña así como así—. Solo estamos las dos.

—Diría que siento oír eso, pero en realidad me alegra, porque así tal vez tenga la oportunidad de llegar a conocerte mejor —afirmó Icar con una irresistible sonrisa que llegaba hasta sus ojos color miel.

—No sé qué decirte.

—Sal conmigo una noche, podemos hacer lo que te guste. Cenar, ir al cine, pasear. Dame una oportunidad, si después no quieres que volvamos a vernos, lo entenderé y me apartaré de tu lado. Solo una vez, Luna, queda conmigo.

Luna dudaba. No salía con ningún hombre en plan pareja desde antes de nacer Sofía. Le seducía la idea de arreglarse y coquetear durante unas horas, sintiéndose una mujer deseada, faceta que había relegado ante el absorbente papel de madre soltera. Su hija era lo primero en su vida, siempre lo sería y nada ni nadie iba a cambiar eso nunca, por muy atractivo que fuera. No obstante, recordaba cómo sus amigos, y hasta su propia abuela, insistían en que rehiciera su vida. No perdía nada por salir una noche.

—Está bien. ¿Qué tal el viernes? Mi abuela puede quedarse con Sofía.

—¡Genial! ¿Qué te apetece hacer?

—Hace siglos que no voy a cenar —dijo Luna con anhelo pensando en una velada sin preocuparse por nada más que por elegir un plato en una carta.

—¿Sigue abierto ese restaurante italiano cerca de La Purísima?

—Oh, sí. ¿Qué tal a las nueve en la puerta?

Cuando media hora más tarde regresó a la biblioteca, llevaba prendida en

los labios una sonrisa tonta. Teresa, al verla, se alegró por ella: Luna era joven, no podía encerrarse en vida en casa. Aquel guapo moreno parecía interesado por ella, debía darle una oportunidad a su corazón de volver a enamorarse.

—Ya estoy aquí, ¿quieres salir ahora a tomar tu café?

—No hay prisa, primero quiero saber qué tal te ha ido con el ojazos.

—Bien —respondió Luna sintiendo que el rubor cubría sus mejillas—. Hemos quedado para ir a cenar el viernes.

—¿Qué te vas a poner?

—Ya lo pensaré. Sólo es una cena.

—¿Sólo una cena? Tienes que llevar algo sexi y juvenil. Es hora de que saques provecho a ese tipazo que tienes y que escondes en jerséis dos tallas más grandes que la tuya. Algo que no diga «mamá», sino ¡Mamma mia!

—¡Ja, ja, Teresa, no es para tanto!

—Tú déjame a mí. Mañana nos vamos en el rato del café de compras juntas. Les pediré a las chicas de la fonoteca que nos cubran esa hora.

—Anda, vete a tomar el café o se te juntará con la hora de salida.

Luna se quedó sola en el mostrador, pensando que no era mala idea lo de comprarse ropa. Todavía estaban las rebajas y seguro que podía encontrar algo a buen precio, incluso alguna cosita para Sofía. A la que no le iba a contar nada de Icar era a su abuela. Había cometido un error contándole a Macarena que el guapo moreno era el padre de Sofía. Prefería esperar a ver cómo se desarrollaba todo, tal vez de una cena no pasaban, se quitaban la espinita de no haberse conocido un poco mejor tras el calentón y no volvían a verse nunca más. No era del todo cierto que no hubiera vuelto al bar. Al descubrir que estaba embarazada, había acudido a la discoteca un par de veces, esperando volver a verle, pero no había tenido suerte. Las amigas con las que había ido aquella noche, en realidad no eran tales. Las había conocido en una academia donde ocasionalmente daba clases de español, eran profesoras americanas que habían acudido a Salamanca a perfeccionar su español. Con ese grupo en concreto había entablado una buena amistad, y cuando la invitaron a la cena de despedida, no lo dudó y aceptó. Aquella había sido su última salida nocturna, a las molestias del embarazo se había unido el agobio por su futuro. No tenía ganas ni de quedar para tomar un café. Pasó los nueve meses de embarazo sumergida en una apatía que asustaba a su abuela Micaela, pero al tener a Sofía en sus brazos por primera vez, todo cambió. Aquella pequeña bebé, que

lloraba asustada, buscando consuelo y protección, la necesitaba. Por ella debía ser valiente y enfrentar su futuro. De modo que en los ratos en que Sofia dormía, Luna se dedicaba a estudiar y a preparar unas oposiciones para unas plazas en bibliotecas gestionadas por el Ayuntamiento. No fue fácil repartir el tiempo en que la niña dormía, entre estudiar y dormir unas horas. Sin su abuela Micaela no hubiera podido. Pero lo logró. Su trabajo como bibliotecaria le daba seguridad y estabilidad, un sueldo fijo con el que poder vivir las dos sin lujos en un pequeño piso, que con mucho esfuerzo y una hipoteca de por vida había logrado encontrar cerca de la casa de su abuela. En ese momento, el destino había vuelto a poner en su camino a aquellos ojos miel que una noche la abrasaron con su calor. ¿Por qué no? Saldría, pasaría una noche agradable, y si no se volvían a ver, no pasaría nada. Convencida de que había hecho lo correcto aceptando la invitación, se enfrascó en las tareas que tenía que hacer antes de irse a casa.

## Capítulo 5

El viernes amaneció despejado, uno de los típicos días de invierno, con el cielo azul muy claro, un sol luminoso, pero en el que las temperaturas, de tres o cuatro grados no pasaban. Con Teresa se había comprado una falda corta de ante y unas botas de caña alta por encima de la rodilla, que se habían puesto de moda ese invierno. Lo combinó con una camisa en tonos verdes que hacía resaltar el color de sus ojos y un chaquetón de falsa piel, muy calentito.

—¿Y cómo se llama?

—Iván —mintió Luna sin querer entrar en demasiados detalles con su abuela—. Es un socio de la biblioteca, hemos coincidido un par de veces en el café, y bueno, una cosa ha llevado a la otra.

—Cariño, no tienes que excusarte, me parece genial que salgas y te diviertas. Estás muy guapa. ¿Y sabes si las botas las hay en negro? Tengo que probármelas, me gustan.

—Creo que sí, abuela —rió Luna, a su abuela a marchosa y moderna no le ganaba nadie.

—¿Y para niñas no hay? Yo también quiero —preguntó Sofía, que había permanecido callada observando muy atenta como su madre se maquillaba. Esa bolsita de pinturas tenía que investigarla.

—Oh, seguro que encontramos unas también para ti. Decidido, mañana nos vamos de compras —respondió Luna guardando en alto el neceser, ya que no le había pasado desapercibida la mirada curiosa que Sofía le dedicaba.

—¿No viene a buscarte Iván?

—Hemos quedado en la puerta del restaurante. —Luna había querido evitar cualquier posible encuentro entre su abuela e Icar. No se habían visto nunca, pero si lo hacía, estaba segura de que descubriría el parentesco. Por no hablar

de que Macarena los viera salir juntos. No había nada que contar, buena gana de dar explicaciones innecesarias.

Cuando llegó al restaurante, Icar la estaba esperando en una mesa colocada en un discreto rincón. El atractivo del hombre quedaba resaltado con la camisa azul que conjuntaba con unos pantalones gris oscuro, que debería de estar prohibido que un hombre llevara sin ocasionar un colapso en las mujeres que lo vieran. Sus ojos miel parecían dorados por la luz del local, incluso daba la impresión de que en sus iris se podían ver pequeñas estrellas brillando. Luna tragó saliva y continuó caminando detrás de la camarera que la conducía hasta su mesa.

—Hola —la saludó Icar dándole un par de besos y aspirando su perfume, algo que no hizo sino aumentar el nerviosismo de Luna.

—Hola, siento el retraso, no estoy acostumbrada a caminar con tacones.

—Umm, merece la pena el esfuerzo —respondió Icar apreciativo, repasando la figura de Luna con interés, deteniéndose en sus ojos.

—Si me permite el abrigo... —pidió la camarera rompiendo el hechizo, y dando la oportunidad a Luna de recobrar la serenidad.

Tras elegir lo que iban a compartir para probar varias de las exquisiteces del restaurante, la timidez de ambos empezó a remitir. Comenzaron por hablar un poco de sus estudios y de sus trabajos. Icar dirigía las empresas de la familia, cuya sede estaba en Galicia. Luna no logró comprender bien a qué se dedicaba exactamente, algo de nuevos recursos energéticos aprovechando las fuerzas de la naturaleza.

—Es muy aburrido. Prefiero que me hables de tu trabajo. O mejor de lo que te gusta hacer fuera de él.

—Lo normal, cine, teatro, alguna exposición, aunque con Sofía, son relacionadas con niños. Me gusta llevarla a cuentacuentos y ese tipo de actividades por las tarde.

—Una pena que su padre muriera, debe ser duro criar a una niña sola sin el apoyo de la familia, ¿verdad? —preguntó Icar como si tal cosa, queriendo saber qué había dicho en su entorno sobre el padre de la niña.

—No tanto como imaginas, mi abuela me ayuda con la pequeña, entre las dos cuidamos a Sofía. Cariño y amor no le faltan —replicó Luna nerviosa buscando la forma de desviar el tema. No quería que Icar pudiera sospechar que la niña era suya, tiempo al tiempo, llegado el momento ella misma se lo explicaría—. ¿Sabes?, aquí cerca hay un edificio dedicado al microteatro,

¿qué te parece si vamos y vemos una obra? Duran quince minutos. Siempre he querido ir, pero con la niña es complicado.

—Me parece buena idea, luego podemos tomar un copa —respondió Icar, al que no le había pasado inadvertido la incomodidad de Luna. No quería asustarla, si quería lograr su objetivo de formar una familia con ellas, tenía que ganársela con cautela. Sin embargo, no tenía mucho tiempo; en cuanto los amigos de Luna descubrieran quién era él, intentarían apartarlas de su lado. Tenía que impedir que eso ocurriera.

Icar empezó a contarle anécdotas de su infancia, algo que hizo que Luna se relajara encontrando temas y lugares comunes sobre los que hablar. Entre plato y plato, la conversación fluía y se iba llenando de risas y bromas. Con los postres, la intimidad entre los dos era mayor, haciendo que su complicidad se percibiera con solo mirarlos. Después de la cena, cuando sus pasos los encaminaban hacia el teatro, sus manos se tocaron por el vaivén de sus brazos, y de forma natural se agarraron. Luna podía sentir la firmeza de la mano de Icar, la calidez de su piel combinada con su rugosidad, haciéndola temblar. De la pequeña obra que vieron, Luna solo pudo recordar más tarde que era una comedia interpretada por dos actores. ¿El argumento? Era incapaz de repetir ni una sola palabra, pero del perfil de Icar, de eso sí podría decir la profundidad de sus arrugas sin equivocarse. Podría dibujar la forma en que su ceño se fruncía, como el de Sofía, cuando se concentraba en algo que despertaba su interés. Podría hablar durante horas de la forma en que el calor que su cuerpo desprendía calentaba el suyo; de la manera en que su voz la envolvía cada vez que hablaba, de la sutil onda que su cabello dibujaba allí donde se perdía tras el cuello de la camisa. Del volumen de sus labios, oh sí, de eso sí podría hablar sin titubeos.

Icar, animado por el alcohol que discurría por sus venas, viendo cómo Luna vencía su resistencia a su cercanía, se inclinó hacia ella, buscando sus labios, en un beso suave, en un primer instante, pero profundo e intenso a medida que sus manos se buscaban, y se encontraban.

—Sabes dulce —dijo Icar cuando sus cuerpos se separaron, colocando un mechón rebelde tras la oreja de Luna.

—Es la copa.

—No, son tus labios. Pero no estoy seguro, deberíamos repetir.

—Si es por asegurarte.

—Ajá, solo por eso.

Un beso llevó a otro y luego a otro, haciendo que Luna perdiera la noción del tiempo. Cuando vio que los camareros recogían las mesas y el local se iba quedando vacío, miró la hora: ¡eran las seis de madrugada!

—Tengo que irme, Icar, Sofía se despertará en un rato y no quiero que se asuste al ver que no estoy.

Cogidos de la mano, entre risas y besos furtivos como dos adolescentes, llegaron al portal de Luna.

—¿Quedamos mañana?

—No, mañana no puedo, le prometí a mi abuela y a mi niña que iríamos de compras.

—Puedo llevaros las bolsas, seré vuestro porteador —insistió cariñoso y embaucador Icar.

—Ja, ja, mejor el lunes. Ven a tomar café conmigo y ya quedaremos otra tarde.

Luna entró con sigilo en su casa, sonriendo al ver la cara de pena con la que Icar se había quedado, como un niño al que en el último momento le quitan un caramelo que le habían prometido. El siguiente fin de semana sería distinto, pero este ya tenía planes con Sofía y no quería dejar de pasar tiempo con ella, por mucho que hubiese disfrutado la velada. Desde la cama, Micaela, había escuchado cómo Luna caminaba hasta su habitación. Lamentaba que su nieta y Riv no fueran pareja, a sus ojos eran perfectos, pero el fotógrafo de ojos turquesa lo había fastidiado con su comportamiento inmaduro de juventud, y por mucho que hubiera cambiado, Luna parecía poco dispuesta a darle una segunda oportunidad. Si el chico con el que había quedado resultaba el elegido por el corazón de Luna, todos tendrían que aceptarlo.

Icar caminaba a paso ligero hacia su casa, esperaba que los vecinos de Luna y sus particulares niños no lo hubieran visto. Era mejor recoger y llevar a su princesa en coche para que nadie pudiera ver su rostro. Todo iba bien, la joven parecía responder a sus avances amorosos con la misma intensidad que en el pasado. Fue un error que pagó muy caro: no reconocer con quién se había acostado aquella noche, algo que estaba dispuesto a enmendar.

## Capítulo 6

La tienda de Marta era preciosa; y la de su amiga Ana, una perdición con su cosmética casera y sus productos artesanales. Ruth, la dependienta, era buena amiga suya. La había conocido en la biblioteca donde acudía cada semana para tomar prestado dos o tres libros. Con frecuencia se veían y coincidían en la cafetería donde Luna iba a media mañana a hacer su descanso. Cuando Agatha le comentó que sus amigas necesitaban a alguien que les ayudara en sus tiendas, no dudó en recomendarla. Ruth se desenvolvía con soltura atendiendo al público de una y de otra, su saber hacer la convirtió en la encargada de ambas, y ella misma fue la responsable de buscar una dependienta adicional para cada local, cuando las tiendas de la *Abuela Margarita* se empezaron a hacer populares y ganar clientela. Aquella tarde de sábado, había acudido con su abuela y su hija para comprarle a la niña un vestido para la fiesta de su cumpleaños, que tendría lugar la primera semana de marzo. En la tienda coincidió con Natalia, la antigua compañera de piso de Agatha, que había acudido a visitar a su novia Ruth un momento.

—¡Qué alegría verte! —exclamó Ruth al verlas entrar en la tienda de ropa.

—Hola, esta semana no te he visto en la biblioteca —la saludó Luna dándole un par de besos, a la vez que Sofía se soltaba de su mano y se dejaba achuchar por Natalia.

—La dependienta de la mañana estaba con gripe y he tenido que suplirla. El lunes iré por allí y podremos tomar un café juntas.

—Mejor el martes —indicó Luna ruborizándose.

—Sale con un chico —intervino su abuela pasando junto a ellas, para ver con detenimiento un vestido de punto rojo que colgaba de una percha al fondo de la tienda.

—¿No me digas? ¿Lo conozco?

—No, no creo, no habéis coincidido nunca en la biblioteca, venís a diferentes horas —agregó Luna temiendo que su abuela las estuviera escuchando y descubriera que había mentido acerca de la forma en la que había conocido a Icar—. El lunes he quedado para tomar un café con él, pero el martes podemos tomarlo juntas si te viene bien.

—De mí no te vas a librar, ahora con más motivo quiero tomar ese café.

—¡Quiero este! —las interrumpió Sofía señalando un vestido con cuadros escoceses, de la línea exclusiva con la que Marta había logrado triunfar—. ¡Es como la muñeca que me hiciste! Di que sí, mamá —añadió la niña recordando la muñeca de pelo rojo vestida con un traje similar al vestido que le había llamado la atención, que desde hacía dos semanas tenía un lugar preferente en su habitación.

—Bueno, bueno, ya veremos. Vamos a probártelo.

Al final salieron de las tiendas con un vestido para cada una, Micaela no se había podido resistir al vestido rojo, Sofía se había salido con la suya y llevaba ella misma su vestido en una bolsa. Por último, Luna se había comprado uno vaquero con lunares azul pálido, ya de corte primaveral. Un bizcocho de zanahoria y un paquete de la famosa infusión de Agatha de arándanos con mandarina habían sido las compras en la tienda de Ana. La abuela de Luna complementó el vestido con unas botas negras como las de su nieta. Para disgusto de Sofía no las había de su número, pero unas botas para el agua rosas de lunares blancos la contentaron pronto.

—¿Queréis que merendemos un chocolate con churros? —preguntó la abuela Micaela.

—Síiiiiii —respondieron al unísono Luna y su hija.

—¿Suena bien? ¿Puedo apuntarme?

Luna contempló con fingida indiferencia cómo Sofía saltaba a los brazos de Riv, y su propia abuela lo saludaba con dos besos. Recordando la velada con Icar, se sintió segura, y relegó a un segundo plano cualquier sentimiento que el fotógrafo de piel canela pudiera despertar en ella. Aunque bien pensado, el recelo tras la forma en que la había engañado en el pasado no lo iba a dejar agazapado. Con un paso atrás, evitó que se acercara a saludarla con un par de besos también. En los ojos de Riv, le pareció ver reflejado pesar y tristeza. No importaba, él se lo había buscado, a su abuela podía haberla engatusado, pero a ella no.

—Riv, cariño, ¿cómo tú por aquí?

—Pura casualidad, Micaela, tengo un evento cerca, una boda. Soy el encargado de hacer las fotos, la misa es a las siete.

—Pues corre o no llegas —afirmó Luna arrepintiéndose de ser tan hiriente al ver la mirada de reproche que su abuela le dedicaba.

—Ya me voy. Un placer haberos visto a las tres señoritas más guapas de la ciudad.

Riv continuó su camino y ellas se fueron en dirección contraria, sin percatarse que unos ojos color miel las observaban y las vigilaban en la distancia. Icar apretó las mandíbulas, Riv estaba demasiado cerca de su chica. Por lo que había visto, Luna pasaba de él. Mejor, o él mismo se encargaría de quitar de su camino al molesto fotógrafo.

\*\*\*

El jardín de Agatha estaba lleno de niños correteando, en una espléndida tarde de domingo de mediados de febrero, con una suave temperatura que permitía a los pequeños jugar fuera y dejar a los mayores conversando tranquilos en el interior de la casa. Era una reunión de amigos para celebrar el nacimiento de Rocío, que pasaba de brazo en brazo gorjeando divertida ante los orgullosos y protectores ojos de Agatha y de Börg. Las hermanas de la madre de la criatura, Candela y Lucía, habían acudido a la fiesta solas, sus padres se habían negado a ir. Para sorpresa de todos, la benjamina de la familia había demostrado sus dotes como hada, haciendo flotar un peluche ante su naricilla. Natalia había consultado a las ancianas de su familia, y no había lugar a duda. El don, de fuerte presencia en Agatha, no se había saltado una generación, como era habitual entre las hadas, y llenaba con su esencia el cuerpecillo de la bebé. Al saberlo, Ana temió que la niña los rechazara a Jaime y a ella por ser vampiros, los seres más opuestos a las hadas y para los que la sangre de estas era venenosa, aún en una ínfima gota, pero no había sido así. La pequeña mostraba una fuerte predilección por los cánticos en gaélico del escocés para disgusto de su padre, que intentaba en vano dormirla con antiguas canciones vikingas.

—¿Es como tú? —preguntó la madre de Agatha, la tarde que fue a visitarlas a casa del hada y su pareja.

—Sí, mamá. Es un hada.

—Entonces será mejor que nos mantengamos alejados.

—¡Pero mamá! Es un bebé, ella no tiene la culpa de nada.

—Tu abuela Margarita, con sus hechizos y sus pociones, convirtió mi infancia en una pesadilla. Tú eres un hada, y si la niña es como tú, prefiero mantenerme alejada de vosotras.

Con pesar Agatha vio cómo su padre, que una vez más permanecía callado y permitía a su madre hacer y deshacer a su antojo, seguía a su madre y salían de la casa, sin dedicar ni una última mirada a Rocío.

—No llores, mi vida —la consoló Börg abrazándola—, ellos se pierden de conocer a la gran mujer que eres y disfrutar de su nieta.

Agatha se secó las lágrimas y sonrió, su vikingo tenía razón, sus peculiares amigos y sus hermanas eran toda la familia que necesitaban, no iba a derramar ni una sola lagrima más por quien no lo merecía. Horas después allí estaba la prueba, la casa llena con sus amigos festejando la llegada a sus vidas de la chiquitina.

—¿Puedo cogerla un poquito? Soy mayor, la puedo cuidar muy bien —afirmó Sofía muy segura haciendo carantoñas a la niña. Agatha dejó que se subiera a sus piernas y colocó a la bebé en sus pequeños brazos. Riv, que había acudido a la fiesta para fastidio de Luna, les hizo una foto que pensaba ampliar y regalar a Luna por el cumpleaños de Sofía que tendría lugar en dos semanas. El duendecillo pelirrojo que era Sofía le tenía robado el corazón, esperaba lograr que algún día su madre lo perdonara. Por una indiscreción de Micaela, sabía que Luna había comenzado a salir con alguien, confiaba en que fuera un hombre que la mereciera. Era consciente del daño que le había hecho, estaba arrepentido de ello, si pudiera reescribiría lo ocurrido aquellos días, pero ya era tarde.

—¿Cómo es posible que todos los amigos de Agatha estén tan buenos? —le preguntó Candela a Ana mientras preparaban una bandeja con volovanes.

—Ja, ja, el fotógrafo es un caso perdido, solo tiene ojos para la pelirroja y ella pasa de él.

—¡Qué desperdicio! —exclamó Lucía detrás de ellas—. ¿Y el motero? —preguntó mirando a Roc que también había sido invitado a la fiesta.

—Buena elección, hermanita. Ana, ¿sabes si está soltero?

—Creo que sí.

—Voy a llevarle una cerveza fresquita —afirmó resuelta Lucía,

desabrochándose un botón de la blusa y sonriendo con picardía.

—O estás más rápida o tu hermana te lo levanta.

—No importa —negó Candela con impostada indiferencia, era más tímida que Lucía y le daba vergüenza acercarse. Roc parecía un chico sencillo y sano, pero no dejaba de intimidarle con su ropa de motero y la simpatía a raudales que parecía salir de sus poros.

—¿Seguro? —preguntó Ana no muy convencida. Estaba claro que Roc había causado sensación en las dos hermanas de su amiga, la fingida indiferencia de Candela no la engañaba.

La fiesta terminó con una gigantesca tarta de cumpleaños cuyas velas la homenajeadada no podía soplar por su corta edad. El grupo de niños invitados a la celebración hicieron sin remilgos los honores, para terminar cubiertos de trozos de tarta y restos de nata, que rápidamente traspasaron a los adultos. Con alegría por las horas pasadas, el alegre grupo se disolvió poco después las nueve, con la promesa de reencontrarse en dos semanas para celebrar el cumpleaños de Sofía, que había dejado claro que quería una tarta de chocolate con una gigantesca mariposa encima. Luna, sacudiendo la cabeza, preveía dos semanas preguntando en todas las pastelerías de la ciudad si sería posible encargar una así.

## Capítulo 7

Los días fueron pasando y la relación entre Luna e Icar se afianzaba. Se había convertido en una rutina quedar a la hora del café de la bibliotecaria, y cuando la pequeña Sofía se dormía, Luna salía a reunirse con Icar y recorrer las calles de la ciudad bajo la luz de las estrellas. Las horas robadas al sueño comenzaban a pasarle factura, pero por nada del mundo quería que Sofía sintiera que por Icar la dejaba de lado, y tampoco quería olvidar su página web. Los encargos habían aumentado desde que vendía sus muñecas en las tiendas *Abuela Margarita*, y no podía desaprovechar el ingreso extra de dinero que tan bien le venía.

—Niña, tendrás que empezar a normalizar la situación y compatibilizar estar con tu novio y tu hija —le reprendió su abuela a la hora del desayuno al ver las oscuras ojeras que asomaban bajo sus verdes ojos.

—Lo sé, yaya.

—No hay nada de malo en que no salgas todas las noches y tampoco le va a pasar nada a la niña porque una tarde su mami no esté con ella a la hora de la merienda.

—Tienes razón. Lo he estado pensando y voy a invitarlo al cumpleaños, será un entorno distendido. Sofía estará rodeada de sus amiguitos, estará contenta y tal vez le sea más fácil conocer así al novio de su mamá.

—No sé si una fiesta con veinte niños corriendo y dando saltos por todas partes sea la mejor forma en que Icar conozca a Sofía —afirmó Micaela dudando de las palabras de su nieta.

—No son veinte.

—¿Cuántos son?

—Diecinueve —respondió Luna riendo. Además de los gemelos de

Macarena, Sofía había invitado a todos los compañeros de su clase y, salvo un par de excepciones, todos habían aceptado la invitación. La fiesta iba a celebrarse en un parque infantil, donde además de hinchables y piscinas de bolas, habría actuaciones de un mago y un payaso que divertirían a los pequeños mientras merendaban. Macarena y otro par de madres la ayudarían a controlar a los niños. Sofía estaba ilusionada y no dejaba de hablar de lo que iba a hacer el día de su cumpleaños. Al día siguiente harían una comida familiar en casa, para los amigos más cercanos de Luna y Sofía.

Icar, en un principio, había mostrado recelo a la hora de acudir al cumpleaños de la niña.

*—No sé, gatita, tal vez no sea el mejor día.*

*—La niña estará contenta y te recibirá mejor que si le digo que vamos a ir a tomar un café con un amigo de mamá —argumentó Luna, conteniéndose para no pedirle por enésima vez que no la llamara ni «gatita», ni «mi niña», ni ningún otro sustantivo por el estilo. Icar decía que lo hacía con cariño, pero a ella no le gustaba. Había sutiles retazos de su personalidad que no terminaban de agradarle, como su negativa a hablar claro de sus «negocios familiares» y de los motivos reales por los que se había ausentado de la ciudad durante casi cinco años. De acuerdo que le complacía pasar tiempo en su compañía, pero en su interior empezaba a pensar que lo que le gustaba era el hecho de sentirse una mujer deseada, a la que un guapo hombre satisfacía todos sus caprichos. Aunque tener alguien con el que ir a cenar, al cine, a pasear era maravilloso, no estaba segura de que Icar fuera el hombre de su vida. Por otra parte, tenía una hija, y no muchos hombres estaban dispuestos a rehacer su vida con una madre soltera. Esperaría a ver cómo era la reacción de Sofía al conocer a Icar y pasar un rato con él, entonces sabría si debía seguir adelante con la relación o dar un paso atrás.*

De forma que el primer sábado de marzo, Icar estaba en la puerta del parque infantil, con un regalo en la mano decidiéndose a entrar en el recinto. Luna le había asegurado que solo estaría Macarena, la misma amiga con la que la había visto en el hospital. Esperaba no tener una desagradable sorpresa que terminara con el cumpleaños de forma abrupta. Los dos últimos días había

notado a Luna menos receptiva hacia su persona. Sus besos y caricias, en otra época recibidos con agrado, no parecían despertar en la pelirroja demasiado sentimiento. Bien, si ella lo quería así, así sería, al fin y al cabo no la necesitaba. Su hija era irremplazable, pero su madre podía ser sustituida con facilidad, había varias candidatas con menos remilgos, dispuestas a satisfacerlo dentro de la cama y fuera de ella. Porque ese era otro tema, después de la primera noche en que cenaron, y que Luna tuvo que regresar a casa para estar cuando Sofía despertara, Icar pensó que al día siguiente tendrían un encuentro más carnal, y se había equivocado. Luna no parecía querer tener sexo con él, desde luego hacía cuatro años no había sido así. Tal vez debería echarle en la copa un poco de lo mismo que le echó aquella noche. Si funcionó una vez, funcionaría otra vez, aunque para su ego fuera un golpe bajo no ser capaz de llevarse a la cama a su supuesta novia sin engaños.

—Icar, cariño, ya has llegado —lo saludo Luna feliz dándole un beso, para envidia de las otras madres que no pudieron evitar comparar a sus maridos con el macizo de ojos miel al que Luna saludaba con tanto cariño—. Ella es Macarena, la viste el día en que coincidimos en el hospital.

—Lo recuerdo, encantado de volver a verte.

—Igualmente —respondió la escritora dándole un beso en la mejilla.

—¿Es para mí? —preguntó Sofía al ver llegar al hombre que había saludado a su mami el día que fueron a conocer a Rocío, con un paquete en la mano.

—Por supuesto que sí, es para la cumpleañera —respondió Icar arrodillándose junto a la niña para que cogiera el regalo con sus manitas y pudiera abrirlo.

Luna estaba emocionada viendo la ilusión de su hija, y lo dulce que era Icar con ella. Estaba claro que sus dudas no tenían ninguna base, Icar era perfecto para ellas. El ruido de la puerta al abrirse la hizo girarse. Llegaban Agatha con Marta y sus dos niñas en los carritos, dormidas.

—Hola, ¡qué sorpresa! Gracias por venir.

—No íbamos a dejar de venir a felicitar a Sofía —comentó Agatha sonriendo, quitando la mantita que cubría a su pequeña.

—¿Dónde está la homenajeadita? —preguntó Marta cogiendo a Margarita en



padre de tu hija.

Horas más tarde estaban de vuelta en casa de Luna, quien permanecía tumbada en la cama de la niña, abrazada a la almohada, aspirando el olor de su hija que perduraba en ella. Micaela estaba en la cocina, ahogando sus lágrimas en los brazos de Macarena.

—Cariño, no llores más —le dijo Agatha a su amiga acariciándole la espalda.

—Es culpa mía, me dejé engatusar por sus palabras, él no me quería, solo quería a la niña.

—No te culpes —dijo Börg agachándose para poner sus ojos de hielo a la altura de los de Luna—. Es un manipulador que hará lo que sea necesario para lograr lo que quiere.

—Si su plan hubiera sido secuestrar a la niña desde un principio, lo habría hecho —añadió Jaime, el atractivo *highlander*, pareja de Ana, la amiga de Agatha y Martha—. Ha querido enamorarte para hacerlo «fácil», si aceptabas ser su pareja, os tendría sin luchar y sin desenmascararse.

—Hubiera buscado el modo de sacaros de la ciudad de forma voluntaria —continuó Agatha—. Tal vez una escapada de fin de semana, o ir a pasar el día a algún lado. Habría sido pronto, quizás el fin de semana que viene, no podía arriesgarse a que alguno de nosotros lo viera y lo reconociera.

—¿Quién es? ¿Por qué lo conocéis?

—Bueno...—titubeó Agatha mirando indecisa a Börg y a Jaime, quienes asistieron en un gesto silencioso. Luna merecía saber quién era en realidad el padre de su hija. Les había contado cómo lo conoció y cómo había vuelto a su vida. No le habían dicho nada a su amiga, pero dudaban de que hubiera sido un encuentro casual. Ícaro sabía quiénes eran, y por algún motivo que desconocían, quería a la niña—. Sé que lo que te voy a contar te parecerá increíble, pero es verdad, no te estamos mintiendo.

—¿Más increíble que el padre de Sofía apareciera de la nada en el hospital aquel día?

—No, supongo que no. Él sabía que estarías allí —aventuró Börg—. Debía de llevar un tiempo siguiéndote.

—Cielo, Ícaro es un elfo, un elfo oscuro, que fue capaz de asesinar a su padre para hacerse con el poder y controlar a todos los elfos. Jaime es un vampiro y yo soy un hada —añadió Agatha de carrerilla sin dejar de mirar a Luna. Al menos la explicación había hecho que dejara de llorar y los mirara

de hito en hito.

—¿Como ese malnacido me ha engañado pensáis que vosotros también podéis contarme un cuento y me lo creeré? —preguntó Luna con visible enfado.

—No es un cuento —negó Micaela entrando en el dormitorio, con un pañuelo apretado en la mano. Se sentó junto a Luna y le acarició el pelo. Con cuidado, sacó la cadena con la medalla que Luna llevaba siempre debajo de la ropa, era el único recuerdo que tenía de sus padres—. Perteneció a tu madre, ella te quería mucho, y tu padre también. Querida Luna, tu madre era una princesa elfa, enamorada de un humano que adoraba el suelo que pisaba, mi hijo. Tuvo que elegir entre su familia o el amor del hombre sin el que ya no podía vivir, y lo eligió a él. Durante un par de años vivieron felices. Tu nacimiento fue el día más feliz de su existencia, solo empañado por la negativa de la familia de tu madre a conocerte. Nadie sabía que al final eso sería lo que te mantuvo a salvo.

—Ícaro y otros elfos oscuros —continuó Riv que había llegado en cuando supo la triste noticia— querían controlar a todos los seres mágicos que llenan los bosques, para ello se aliaron con las hadas negras y con Tabilov, un vampiro cruel y despiadado. Los elfos del bosque se opusieron, así que Ícaro y los suyos fueron matando a todos aquellos elfos que podían obstaculizar su mandato. Fue acabando uno por uno con los descendientes destinados a ocupar el trono de los elfos del bosque. Él o alguno de sus aliados manipularon los frenos del coche en el que viajaban tus padres, provocando el fatal accidente. No sabían que tú estabas viva, las hadas blancas habían logrado con un hechizo ocultar tu existencia a los elfos oscuros.

—¡La medalla! Por eso no dejabas que nunca me la quitara —dijo Luna mirando a Micaela, quien respondió con una sonrisa—. Me he acostumbrado a que sea parte de mi piel, y siempre la tengo puesta.

—Gracias a ella —añadió Riv—, tus orejas no son puntiagudas, de igual forma que esta medalla oculta las mías —explicó mostrando una cadena similar a la de Luna, y que Agatha recordaba haber visto en el cuello de Ruth también.

—¿Y Sofía?

—El hechizo la protege a ella también, en su caso en forma de pulsera.

—Se la regalaron Ruth y Natalia —comentó Luna.

—Natalia es una hada blanca y Ruth una elfa, juntas crearon la pulserita de

Sofía. No creo que Ícaro supiera quién eras tú la noche que os conocisteis en aquel garito, fue el destino el que quiso que fuera así. Su alianza con Tabilov no ha funcionado como a él le hubiera gustado y está buscando otra forma de hacerse con el poder.

—¡Eso es un eufemismo! —exclamó Börg recordando cómo su hacha se había clavado en el corazón del maligno vampiro terminando con su vida.

—¿Qué tiene que ver mi niña en todo esto?

—En Sofía se unen los dos linajes: los elfos del bosque y los elfos oscuros, ella es la destinada a reinar sobre todos, y según se incline su favor hacia unos u otros, el destino de la vida de todo ser sobre la tierra se verá modificado —explicó Riv a todos, pero centrando su mirada en Luna—. La encontraré, te la traeré, te lo prometo, tienes mi palabra. No te fallaré.

—Sin mi niñita no puedo respirar, me falta el aire, es mi vida, yo...

—¿Cómo sabes tú todo esto? —preguntó Jaime con suspicacia al moreno de piel canela—. ¿No estarás aliado con él?

—Nada más lejos de la realidad. Soy un elfo del bosque —aclaró Riv—. Mi cometido como general de la guardia real era proteger a Luna y a Sofía, y he fallado. Cuando Micaela me contó que salías con alguien que habías conocido en la biblioteca, no quise interferir, merecías rehacer tu vida. Debí hacerlo, averiguar quién era el hombre que había irrumpido en tu vida.

—Riv, tranquilo, yo tampoco vi nada de malo —intervino cariñosa la abuela de Luna.

—No pensé que el cumpleaños implicara peligro y me relajé —continuó el elfo, mirando a los ojos de Luna con dolor y pesar—. Ha sido mi culpa.

—Tú no dejaste que ese malnacido te enamorara dos veces como una tonta —afirmó Luna mirando con tristeza a Riv que bajaba la cabeza compungido. No podía culparle, ella era la ilusa que había creído las dulces palabras de Icar.

—Riverland, estamos listos —interrumpió Ruth que había llegado a la casa de Luna, que empezaba a estar atestada de guerreros—. Rocuster espera fuera con Natalia.

—Agatha, tú puedes encontrar la pulsera, con tu poder puedes localizar a Sofía a través de ella. Hazlo e iremos tras ellos.

—Lo haré, pero Börg y yo iremos con vosotros. No —negó Agatha mirando al vikingo que intentó protestar en vano—, he dicho que voy. Nadie le va a tocar un pelo a mi pelirrojita favorita sin vérselas conmigo.

—Cariño, tal vez sería mejor que te quedaras con Rocío.

—Su tía Ana la cuidará bien. Pueden quedarse aquí, así Jaime y Ana podrán protegerlas a las dos.

—Nosotros las protegeremos también —dijo una voz ronca y muy enfadada desde la puerta. Era Hércules, quien seguido de Atenea, habían acudido al piso de Luna. Ícaro se había paseado tan tranquilo delante de sus narices sin que se hubieran dado cuenta de nada. Si Riv no acaba con él, lo harían ellos mismos. Ahora que sabían quién era Luna, Lino les había enviado a protegerla, quedándose él al cuidado de los hijos de Macarena y Julián. Nadie, ni elfo, ni vampiro, se acercaría a esos niños con Lino encargado de su custodia, salvo que quisiera morir al instante fulminado por un rayo del mismo Olimpo de los dioses. Luna se quedó con la boca abierta viendo a los dos extraños personajes que acaban de llegar. Una mole imponente de músculos y malas pulgas de pelo largo, y una en apariencia grácil mujer, con un arco a su espalda. Aquellos dos debían ser los niños de los hijos de Macarena, de los que su hija hablaba. Estaba en una pesadilla de la que quería despertar, no podía ser real todo lo que estaba viviendo. Sofia, ella solo quería que su hija volviera a sus brazos.

## Capítulo 8

Agatha estaba de pie, en el centro de la cocina, con los ojos cerrados. Sujetaba en las manos el cepillo para el pelo de Sofía, dejando que su mente se relajara y se enfocara en la sutil aura de la niña, que muy tenue y frágil permanecía en el objeto. Natalia, junto a ella, extendía sus manos, transmitiéndole parte de su poder. Creían que Ícaro habría huido con la niña hacia Galicia, en busca de la aldea remota donde se escondían los elfos oscuros, ocultos por las hadas negras del resto del mundo. Tenían que conseguir recuperar a Sofía antes de que llegara con ella allí o no podrían encontrarla.

—Capto algo, ¿están atravesando Zamora!

—¿Cómo está mi hija? —preguntó Luna angustiada.

—Asustada, pero está bien —la tranquilizó Agatha, despidiéndose de su amiga con un abrazo.

Ruth y Natalia se subieron a un coche, seguidas por Agatha y Börg en otro. Riv y su amigo Roc los escoltaban en sus motos vestidos de negro de los pies a la cabeza.

—Rocuser, ¿por qué crees que se han demorado tanto? —le preguntó el vikingo a Roc mientras salían del piso de Luna—. Yo hubiera ido directo de la fiesta de cumpleaños a la aldea, para ocultarme.

—No tenía previsto raptar a la niña, habrá tenido que pasar por su casa para coger alguna cosa y cambiar de coche. Tenemos que encontrarlos, dudo que regrese de nuevo a la ciudad, ya tiene lo que quería.

—Roc, no te entretengas, sube a la moto —urgió Riv.

Agatha, algo extraño en ella, iba en silencio en el asiento del copiloto junto a Börg que conducía a gran velocidad por la autovía, esquivando camiones.

Estaba pálida y ojerosa desde que se habían sentado en el coche.

—¿Qué te preocupa?

—Estoy inquieta por la niña —respondió escueta, sin querer contarle que había podido notar el miedo y la angustia que estaba sintiendo Sofia.

—Ícaro no tiene nada que hacer. Aunque lograra llegar a Galicia y esconderse, Riv y tú la encontraríais. Eres el hada más poderosa que existe, y enfadada mucho más. Por no hablar de Riv, está loco por Luna, tiene que espabilar si quiere tener algo con ella.

—Ja, ja, ja —se rió Agatha, lo que fue música celestial para Börg que no soportaba verla tan triste—. Mira quién fue a hablar, el exvampiro vikingo que tardó mil años en enamorarse.

—Te estaba esperando a ti —respondió Börg guiñándole un ojo a su hada.

—Bien jugado, vampirito.

Llegando a Lagos de Sanabria, el coche en el que iba Ícaro con Sofia y otros dos elfos oscuros tuvo un pinchazo. Era el segundo desde que habían salido de Salamanca, no se explicaban cómo un coche de menos de un año podía tener unas ruedas en tan mal estado. No sospechaban que era una jugada del hada que, desde la distancia, había logrado manipular el coche a costa de su fuerza vital, que poco a poco se iba recuperando. Aunque no podía hacer nada que pusiera en peligro la vida de Sofia, al menos lograría retrasarlos algo.

Riv, desde su moto, hablaba por el manos libres con un grupo de elfos del bosque que vivían entre Galicia y Portugal.

—Van hacia Sanabria por la autovía. Tenéis que hacer lo que sea necesario para sacarlos de esta y llevarlos hasta una carretera secundaria donde sea más fácil interceptarlos.

—No se preocupe, general, lo haremos.

—Mucho cuidado con lastimar a Sofia, si sufre algún rasguño os lo haré pagar con creces.

Agatha no le había dicho a Börg que se había vinculado a la niña al seguir el rastro de su aura. Sabía que tenía frío y hambre, ese mal llamado padre no había reparado en que la pequeña necesitaba cuidados. Cuando lo tuviera cerca le iba arrancar la piel a tiras por tratar así a la chiquitina. Dejando la mente en blanco, aislando las emociones negativas, envió paz y serenidad a Sofia.

—¡Mami! ¡Quiero a mi maaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¡Cállate! —le ordenó Ícaro, cansado de los lloros y sollozos de su hija. Estaba mimada y malcriada, menos mal que en las cuevas hacia las que se dirigían habría elfas que sabrían cómo tratar con la niña. Si Luna se hubiera comportado como una verdadera elfa, desde hacía una semana habrían estado lejos de los elfos del bosque y de las hadas blancas—. No quiero más lloros, soy tu padre y debes obedecerme.

Las palabras de Ícaro, lejos de calmarla, aumentaron su angustia, haciéndola llorar con más fuerza, todo lo que su garganta le permitía. De repente sintió una especie de caricia en su mente, y un olor que conocía: ¡era el de su tita Agatha! Cuando la abrazaba y le hacía cosquillas, y ella ocultaba su cabeza en su pecho, olía así. ¡Estaba cerca!

Unas luces alertaron al elfo oscuro que conducía el coche. Ícaro, en el asiento del copiloto, pensó que era extraño que hubiera un corte en la carretera. No habían oído nada en las noticias, pero al fin y al cabo parecía un accidente, y eso era algo imprevisto. Tomaron una desviación que salía a la derecha de la autovía, metros antes del corte de carretera. No habían circulado por la vía secundaria ni cinco minutos, cuando un tronco derribado cortaba la carretera y la hacía intransitable. Ícaro se bajó del coche y miró con recelo a su alrededor. De repente, el rugido de un motor lo sobresaltó, eran dos motos que se acercaban a gran velocidad. Entonces comprendió que era una trampa. De algún modo habían logrado encontrarlos.

—Salid del coche, coged a la niña y corramos. Vienen a por nosotros.

Riv y Roc se bajaron de sus motos en un segundo. El primero inició la persecución del elfo oscuro que se llevaba a Sofía en brazos, en tanto que Roc seguía a Ícaro. Agatha y Börg llegaron a la vez que Ruth y Natalia.

—Ve a por Ícaro, Nata, ayúdale.

—Vamos —le dijo el hada blanca al vikingo saliendo a la carrera en pos del malvado elfo del bosque.

—Te ayudare a seguir el rastro a Sofía —aseguró Ruth a Agatha.

—¿Andando? —preguntó Agatha acercándose a su amiga y cogiéndola por la cintura—. Se me ocurre algo mucho mejor.

Agatha se elevó un par de metros y subiendo más alto para poder divisar a su presa, voló hacia ella, llevando a Ruth consigo. Desde el aire pudieron ver cómo Riv estaba a unos diez metros de distancia del elfo oscuro que llevaba a Sofía, la cual se agitaba en brazos de su captor, inquieta. ¡Esa era su niña! Dando guerra. No le vendría mal una ayuda a Riv. Lanzando un hechizo, logró

que unas raíces crecieran desde el interior de la tierra hasta ser lo suficientemente largas como para agarrar las piernas del elfo oscuro y hacerlo tropezar. Al caer, soltó a Sofía que voló por los aires, para aterrizar en los brazos de Riv. Ruth le había lanzado un caramelo que llevaba en el bolsillo, haciéndole saber que estaban allí. Eso había bastado para que el elfo del bosque estuviera atento a los movimientos de Agatha. Al verla lanzar el hechizo, se fijó en la tierra y vio asomar las raíces, sin dudarlo un instante, saltó hacia delante, atrapando a Sofía, y rodando con ella por el suelo. Con su cuerpo amortiguó el terrible impacto, que le destrozó la espalda.

—¡Sofía! Tesoro, ¿estás bien? —preguntó Agatha asustada, temiendo que la pequeña se hubiera hecho daño al caer.

—Tengo hambre. ¿Tienes chocolate? —respondió Sofía asomando su carita entre los pliegues de la camiseta de Riv. Este, al notar el frío de la piel de la pequeña, se quitó la cazadora y la envolvió con ella, besando sus rizos pelirrojos.

—Creo que tengo uno —respondió Agatha rebuscando en los bolsillos, para encontrar un bombón que la niña pronto hizo desaparecer en sus manos—. Estás sangrando —comentó al ver la espalda de Riv—. Deja que te cure.

Sofía observó curiosa cómo las heridas de Riv se iban cerrando. Le gustaba Riv, era cariñoso con ella y muy simpático. El hombre malo que la había sacado del coche estaba tendido en el suelo, con un golpe en la cabeza, vigilado por Ruth. Ella también le gustaba, cuando iba a la tienda de la tía de Agatha, siempre le daba caramelos.

—¿Cómo ha ido todo por aquí? —preguntó Börg apareciendo en el claro de improviso, con el elfo oscuro que había conducido el coche colgado del hombro como un fardo. Roc venía detrás con Natalia, furioso por no haber podido atrapar a Ícaro, que había recibido la ayuda de alguno de los suyos.

—Sofía está ilesa. Veo que Ícaro se os ha escapado.

—No por mucho tiempo, estos dos elfos oscuros nos dirán donde se esconden.

—Puedo darles un bebedizo para que hablen —sugirió Agatha.

—¿Bebedizo? Tengo métodos más efectivos —replicó Börg enfadado al ver la cara de susto de la pequeña elfa, donde destacaban lágrimas resacas en sus mejillas y sus ojitos aterrados—. Cariño, ya pasó todo, estás con tita Agatha y tito B, te llevaremos con tu mamá.

—Él no es mi papá —susurró Sofía en un quedo tono de voz.

—¿Icar te dijo eso? —preguntó Agatha esforzándose por aparentar tranquilidad ante la niña, que asintió ante su pregunta—. Mi vida, ya sabes que el tito B puso una semillita en mí para que naciera Rocío, pero ser papá es más que eso. ¿Ves las ojeras que tiene tu tito? Pasa toda la noche acunando a Rocío porque tiene cólicos que no la dejan dormir, y para que yo pueda descansar él la vela todas las noches. Un papá cuida, alimenta, protege y juega con sus hijos. Aunque Icar puso la semillita en tu mamá, eso no lo convierte en tu papá.

—No me dio de comer —aseguró la pequeña a su tía—. Tengo mucha hambre.

—Según veníamos había una gasolinera abierta las 24 horas, ahora compraremos cosas ricas para que comas —le prometió Riv, acomodándola bien en sus brazos.

Puesto que nadie iba a ser capaz de separar a Sofía de Riv, Natalia cogió su moto para regresar a la ciudad. Los amigos de Riv, los elfos del bosque que les habían ayudado, continuarían buscando a Ícaro. En los maleteros de los coches metieron a los elfos oscuros, que miraban con terror a Börg. Habían oído hablar del antiguo vampiro vikingo, convertido en humano por el amor al hada más poderosa del mundo. Había sido el lugarteniente de Tabilov, el vikingo más cruel de la historia, que transformado en vampiro había muerto a manos de Börg. Sabían que estaban muertos: si no hablaban, el vikingo los mataría; si lo hacían, lo haría Ícaro.



comiendo a dos carrillos, y que su madre le oía masticar—. No se lo he dicho, ¿ves? —escuchó Luna que susurraba su hija a un hombre que apenas podía contener las carcajadas.

—En menos de una hora estaremos allí —añadió Agatha recuperando el móvil.

—¡Gracias! —exclamó una visiblemente emocionada Luna.

Cuando Luna le devolvió el teléfono a Ana, las dos amigas hablaron. Agatha le contó lo que había pasado.

—Börg teme que vuelvan a intentarlo y con refuerzos esta vez. Saben que hemos descubierto su identidad y que estaremos esperándoles.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Riv tienen un plan. Ya os lo contaremos cuando lleguemos.

Para Luna, la hora de espera fue eterna. Colocó y recolocó el dormitorio de Sofía una y otra vez. Ayudó a Ana a darle el biberón a Rocío y contempló con asombro cómo el inmenso *highlander* le cantaba una canción de cuna para volver a dormirla. Cuando Riv entró en la casa de Luna con Sofía, la niña estaba plácidamente dormida en sus brazos, envuelta en la chaqueta de cuero. Solo asomaban sus rizos pelirrojos por encima de ella. A pesar del susto pasado, se la veía tranquila y a gusto en los brazos del hombre de piel canela. Sin la cazadora, Luna podía ver cómo se marcaban los músculos y las venas del guapo elfo. Porque eso era lo él era, y al parecer ella y su hija también. Ya pensaría en ello mañana, ahora solo quería achuchar a su niñita. Sin embargo, cuando Riv quiso pasarle el cuerpecito dormido de Sofía a su madre, vieron cómo sus puñitos agarraban con firmeza la camiseta de Riv.

—Creo que si intento soltar sus manos de tu camiseta se va a despertar —afirmó Luna después de dos infructuosos intentos.

—¿Por qué no te tumbas con ella en la cama, Riv? Estarás cansado tú también —sugirió Micaela que se había despertado al oír los gritos de alegría de Luna.

A Riv no le quedó más remedio que aceptar la propuesta, además no iba a negar que estaba agotado por la tensión vivida. Con placer se recostó en la cama de Luna, era demasiado alto para la diminuta cama de Sofía, quien no se inmutó ni lo más mínimo. Luna, incapaz de estar por más tiempo separada de su hija, se acostó a su lado, Micaela les tapó a los tres con una manta. Rocío se había despertado al sentir los brazos de su madre, reclamando su comida.

—Son las tres, quedaros a dormir vosotros también. Es tarde para que

salgáis con la bebé a la calle, hace frío.

—Gracias, Micaela —agradeció Börg—. Agatha, quédate en la habitación de Sofía con la niña. Tengo que hablar con Jaime y Hércules, en un rato me reúno con vosotras.

Agatha estaba cansada para discutir, pero lo llevaban claro si pensaban esos tres especímenes de testosterona con piernas que ella iba a quedarse tranquila como si tal cosa. Descansaría unas horas, pero después hablaría con Natalia y con Ruth. Ella también tenía un plan. Ana, que conocía a su amiga, le hizo un guiño. Podía irse a dormir un rato, ya le contaría luego lo que aquellos tres hablaran.

Riv pensó que no sería capaz de dormirse al sentir a Luna tumbada a su lado. Había soñado e imaginado cómo sería la primera vez que estuvieran juntos en una cama, y desde luego en ninguna de sus ensoñaciones estaba Sofía durmiendo sobre él. La mano de Luna agarraba la de Sofía, y ambas estaban sobre su corazón. ¡Era tan bonita! La escasa luz que se filtraba por la persiana le permitía adivinar el contorno de su rostro que tantas veces había recorrido hacía años, sin saberlo valorar. Cuando comprendió el error que había cometido tratando a Luna como a una más de sus conquistas, ya era tarde. Solo en su ausencia entendió lo que su persona representaba para él. Añoraba sus risas y sus caricias, la forma en que arrugaba la nariz cuando algo le preocupaba, cómo sus dedos se enredaban inconscientemente en su pelo. Quiso reconquistarla, pero entonces sus padres le reclamaron, tenía que regresar a los bosques escoceses donde su familia vivía e iniciar el entrenamiento para el que estaba predestinado. Hasta allí habían llegado informes de su desordenada forma de vida. Sus padres habían accedido a que estudiara e hiciera una vida entre los humanos ejerciendo la profesión que deseara; sin embargo, había malgastado tiempo y dinero en beber, drogarse y estar todo el día con sus falsos amigos. Fue su amigo Rocuster, Roc como le llamaban todos, el que lo obligó a regresar tras una noche de borrachera que había terminado con una pelea en un oscuro callejón. No dejaba de repetirse que si las cosas hubieran sido de otra forma, Sofía sería su hija e Ícaro no hubiera entrado en la vida de Luna. Cuando conoció a la elfa que dormía junto a él, le quedó claro que ella no sabía lo que era. Le había visto la medalla en el primer encuentro en que la ropa resultó ser un estorbo, pero no dijo nada. Si ella no sabía que era una elfa, no iba a ser él el que se lo dijera.

—¿No duermes? —preguntó Luna al sentir la agitación de Riv.

—Demasiadas emociones, mi mente todavía no quiere descansar.

—Gracias por devolvérmela.

—Fue Agatha quien la encontró.

—Pero fueron tus amigos elfos los que descubrieron dónde estaban los coches.

—También son tus amigos. Sé que quisieron protegerte ocultándote la verdad, pero quizás ahora que lo sabes todo, te gustaría conocerlos.

—¿Queda alguien de mi familia?

—No, lo siento. Ícaro... —Riv se detuvo al ver el rictus de dolor de Luna—. Deja de culparte. Él es malvado y hará lo que sea para lograr sus propósitos. No tiene corazón.

—Fui yo la que se acostó con él.

—¿Y? Créeme, no buscaba embarazarte, dudo que supiera quién eras. Cuando te conocí yo tampoco lo sabía, solo lo saben algunos elfos: los destinados a protegernos y los que gobiernan a los elfos del bosque. Sí, ya sé —añadió Riv al ver el gesto de interrogación de Luna—, no hemos hecho muy bien nuestro trabajo.

—¿Cuántos nos estáis protegiendo?

—Tres. La maestra de Sofía es una de nosotros, el conserje de la biblioteca donde trabajas es otro, y por último estoy yo. Ahora vendrán más elfos a trabajar con nosotros.

—No quiero eso para Sofía, una vida en peligro y vigilia constante.

—No te preocupes, eso no sucederá. Lo encontraremos y esta pesadilla terminará. Aunque hay algo más que debes saber. —Luna se sobresaltó al escuchar la afirmación de Riv, con ojos interrogantes le instó a que continuara hablando—. Ese mal nacido le dijo que era su padre, Agatha ha tratado de tranquilizarla, pero debes explicárselo de forma sencilla para que lo entienda.

—¡Oh!

—No te preocupes, estamos todos con vosotras, para cuidaros y mimar a la ricitos que me ha manchado de chocolate, que yo no le he comprado, toda la camiseta.

Luna sonrió y acarició la carita de su pequeña. No sería una conversación fácil, cuando fuera mayor le explicaría todos los detalles, de momento intentaría hacérselo comprender de la forma más sencilla que pudiera. Intranquila por las palabras de Riv, Luna cerró los ojos y, sintiendo el corazón del guapo elfo bajo su mano y la de Sofía, fue relajándose. Su niña estaba a

salvo, protegida por un dispar grupo de seres que las querían más que si fueran de la misma sangre. Sentía que debía disculparse con Riv, el hombre que dormía junto a ella no era el tarambana que había conocido en su juventud. Tal vez debería empezar a verlo como alguien diferente, al que debía darle una oportunidad de demostrarle quién era en realidad.

## Capítulo 10

La primera medida que tomó Riv tras la noche del secuestro de Sofía fue quedarse a vivir con Luna, durmiendo en el sofá. A la dueña de la casa no le hizo demasiada ilusión tener al atractivo hombre de piel canela caminando por las habitaciones, adueñándose de cada rincón con su sola presencia, llenándolas con su olor, o al menos eso es lo que les dijo a sus amigas y a su abuela. En realidad, en su interior, una vocecita pequeña gritaba: ¡Sí! ¡Sí! Así que haciendo caso a la vocecita, y pensando que era lo más seguro para la niña, había accedido.

«Está bien, si no hay más remedio y es por el bien de Sofía.»

—A mí no me engañas —le dijo Macarena, mientras tomaban un refresco en casa de esta, viendo jugar a los gemelos con Sofía—. En el fondo estas encantada de tener tu propio guardaespaldas.

—Es por Sofía —replicó Luna mirando el fondo de su vaso.

—Claro, verlo salir de la ducha con solo una toalla debe ser un suplicio. No sé cómo lo aguantas, debe ser muy duro —afirmó con guasa Macarena.

—No voy a negar que tiene sus ventajas —reconoció Luna, haciendo reír a su amiga. El primer día se le había olvidado poner toallas limpias, y cuando estaba preparando el desayuno de Sofía en la cocina antes de despertarla, Riv había aparecido en esta tapándose con una camiseta su miembro, pidiéndole una toalla.

—*Oh, ¡qué fallo! Están en el armarito del pasillo que hay junto al baño. Voy a dártela.*

—*No hace falta, sigue con lo que estás haciendo* —aseguró Riv con una

*sonrisa. A darse la vuelta y volver por donde había venido, le ofreció a Luna un espectáculo inesperado: su firme y musculoso trasero.*

*—Por algo le sientan también los vaqueros —pensó Luna abriendo un poco la ventana, porque de repente había sentido mucho calor.*

Macarena dedujo, al ver el rubor en las mejillas de su amiga, que ella estaba pensando en el apuesto elfo.

—¿Y Sofía qué tal lo lleva?

—Es increíble la capacidad de adaptarse a las situaciones de los niños. El lunes, cuando se despertó, eran más de las doce, en realidad los tres nos habíamos dormido. Sentí unas manitas dándome en la cara a la vez que decía: «Mami, mami, ya estoy despierta» y Riv afirmó desperezándose: «Yo también lo estoy ». «Pues tendremos que levantarnos», dije yo muy decidida. Pero entonces Riv empezó a hacerle cosquillas a Sofía, y luego los dos me las hicieron a mí, así que en lugar de desayunar comimos una mezcla de desayuno-comida. Esa misma noche, Riv regresó con una bolsa con sus cosas y se instaló en mi piso. Para aparentar normalidad, continúa trabajando en la tienda de fotografía, con un nuevo ayudante que es un elfo del bosque como él.

—Y como tú.

—El otro día estuve a punto de quitarme la cadena para ver cómo serían mis orejas sin el hechizo —confesó Luna—. No fui capaz. Mañana, en la clase de gimnasia, Ruth me ha dicho que lo haremos juntas para que al verla a ella me cause menos impacto.

—¿Y Sofía?

—No le hemos dicho nada a la niña. La pulserita, gracias al hechizo, no se puede abrir. Ahora entiendo por qué Natalia siempre era la que cambiaba el broche de eslabón, a medida que Sofía iba creciendo. Como le quedaba bien sujeta y no parecía que le molestara, no se la he intentado quitar nunca. Además a la niña le encanta, no me dejaría quitársela.

—Seguro que las orejitas de Sofía son monísimas, y que si lo supiera no le importaría lo más mínimo. El peligro sería que María y Raúl querrían unas iguales, ¡ja, ja, ja, ja!

—Menudo trío de elfitos serían —bromeo Luna.

—¿Has hablado con la niña sobre su padre?

—Sí, anoche —respondió Luna rememorando la conversación con su hija.

—Mami, el hombre malo dijo que era mi papá —había dicho Sofía removiendo con el tenedor el revuelto de huevo y jamón que estaban cenando. La niña la miraba con sus ojos verdes muy abiertos, con un halo de tristeza en su interior que hubiera deseado no ver nunca.

—¿Te acuerdas que te conté que el tito B puso una semillita en la barriga de la tita Agatha para que naciera Rocío?

—Sí. La tita Agatha me dijo que él la puso en ti —Luna observaba cómo Sofía evitaba pronunciar el nombre de Ícaro, estaba claro que la situación la complacía tan poco como a ella.

—Una noche, hace unos años, conocí a Icar. Me gustó, yo le gusté y así terminaste tú en mi barriguita. —No podía decirle a la niña que había sido fruto de un calentón, que a diferencia de Rocío, ella no había nacido del amor.

—No está muerto. Me dijiste que mi papá estaba muerto —replicó Sofía regañándola por la mentira.

—Lo sé. Siento mucho haberte mentido —afirmó Luna mirando a Sofía a los ojos, no sabía cómo hacerle entender que no quiso mentirle, solo protegerla de la cruda realidad—. Icar no estaba en nuestras vidas, así que pensé que sería más fácil imaginar que había muerto, que así no extrañarías tener un papá contigo.

—Sofía —intervino Riv, que había permanecido callado observando la conversación entre madre e hija—. Tu mami te quiere mucho, ella es tu madre y tu padre a la vez. A muchos niños les gustaría tener una madre tan fuerte y valiente como la tuya. Tú, además, tienes a tu yaya Micaela que te quiere muchísimo, y a un montón de titos y titas que te adoran. —Luna sentía que su garganta se agarrotaba por la emoción que sentía al escuchar las palabras de Riv. Su niña miraba al elfo con los ojos muy abiertos, escuchando muy atenta lo que le decía el hombre de piel canela—. Yo te quiero mucho también, sabes que siempre podrás contar conmigo para lo que tú quieras, no soy tu papá, pero puedes pensar en mí como el tito Riv. ¿Qué te parece?

Sofía se bajó de la silla, con los brazos abiertos, para responder al abrazo que Riv había iniciado abriendo sus largos brazos. La pequeña le dio dos sonoros besos y afirmó con gracia:

—Eres mi tito favorito —y a continuación añadió en voz más baja para

*que su madre no lo oyera—y no solo porque me compres chocolate.*

*—Chisss, es un secreto —respondió Riv llevándose un dedo a los labios y guiñando un ojo a la pequeña.*

*—Mami —empezó a decir Sofía girándose para ver a su madre—. No me importa no tener papá, te quiero mucho. Él es malo, no quiero que sea mi papá.*

*—No lo será, mi vida —aseguró Luna abrazando con fuerza a su hija—. Nunca será tu papá, te lo prometo.*

—Parece que se ha quedado tranquila —continuó explicando Luna a Macarena—, tuvo alguna pesadilla las dos primeras noches, pero la presencia de Riv en casa le ha quitado el miedo al «hombre malo».

—Desde luego hay hombres o elfos que no merecen ser padres —afirmó Macarena agitando la cabeza.

Cuando esa noche Luna regresó con Sofía a su casa, descubrió que Riv ya estaba en esta, cocinando la cena. Era todo un espectáculo ver al guapo hombre de pelo castaño moverse en la cocina con soltura, parecía deslizarse entre los fogones y las sartenes igual de bien que lo hacía entre focos y filtros.

—¡Riv! Cenaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.

—Tú ven aquí, sabandija —dijo Luna agarrando del cuello de la chaqueta a Sofía que ya corría directa a la barra de pan que descansaba en la encimera—. Primero ducha, luego cena.

—Ve con mamá, no empezaremos sin ti —le aseguró Riv dándole un abrazo a la pequeña y continuando con su tarea.

La escena se hizo común en la vida de Luna, a veces regresaban de hacer unas compras y recogían a Riv en la tienda, otras preparaba ella algo de cenar, y si se habían entretenido, era Riv el que cocinaba para ellas. Así había descubierto que era vegetariano, y a través de su cocina empezó a disfrutar un mundo de sabores hasta entonces desconocido. Los fines de semanas comían los tres con Micaela, y si por la tarde Riv no tenía ningún evento al que debería acudir con su cámara, iban al cine o a algún parque para que Sofía jugara bajo la atenta mirada de Riv y de algún otro elfo del bosque que con discreción vigilaba en la distancia.

Una tarde de lluvia, se habían quedado en casa por el mal tiempo. Luna estaba recogiendo los platos y tazas de la merienda, cuando Riv entró sigiloso

y poniéndole un dedo en los labios le indicó que le siguiera. En su habitación estaba Sofía, posando ante el espejo del armario con unos de sus zapatos de tacón, los que guardaba como un tesoro para las ceremonias a las que debía acudir de cuando en cuando. Se había colocado a modo de vestido un top de lentejuelas que Luna no se ponía desde hacía veinte años. La niña ponía morritos, igual que le había visto hacer a Vega, la hija mayor de Julián y Macarena, cuando se hacía alguno de los selfis a los que era tan aficionada.

—¿Sabes que tengo que reñirla, verdad? —le preguntó Luna en un susurro a Riv.

—¿Tú no lo hacías cuando eras pequeña?

—Alguna vez —respondió Luna recordando cómo en uno de sus improvisados pases de modelos había roto el tacón de una sandalia de su abuela Micaela, que lejos de enfadarse se había puesto a jugar con ella. Recordando aquello, en lugar de reñirla, le pidió a Riv que trajera su máquina de fotos.

—Sofía, ¿qué haces?

—Uy —se sorprendió la pequeña con cara de no haber roto un plato—. Estaba un poquito abierta y yo...

—Un poquito, claro —corroboró Luna viendo cómo Sofía comenzaba a ponerse pálida pensando en la regañina que se iba a llevar. Arrodillándose junto a ella, le propuso un plan al que sabía que no se iba a negar. La maquillaría, y las dos se probarían modelitos y desfilaban por la alfombra rosa de su cuarto (no tenían alfombra roja, pero haría los efectos). Riv haría su papel de fotógrafo y las inmortalizaría posando—. ¿Qué te parece la idea?

—¡Bien! —exclamó la niña, a la que la idea de meter la naricilla en la bolsa de pinturas de su madre le parecía de lo más emocionante.

Durante dos horas, las dos mujeres de la casa se probaron todos los modelitos de sus armarios, hasta convencieron a Riv para que pusiera el automático y posara con ellas en un sinfín de divertidas posturas. Luna no recordaba haberse reído más en su vida. Macarena, de la mano de María, bajó a ver qué ocurría, al escuchar las risas y las carcajadas.

—Hola —abrió la puerta un sonriente Riv, con una boa de plumas por el cuello.

—Hola, hemos oídos las risas y...

—¡Fiesta! —exclamó María soltándose de la mano de su madre para ver de cerca a Sofía que estaba vestida con un top de Luna a modo de vestido, un

sombrero que debía de haber pertenecido a Micaela y un largo collar de perlas.

Sofía le explicó muy seria a su amiga que estaban haciendo un «buk» con su amigo Riv.

—Mami, yo quiero —se volvió mirando suplicante a su madre, quien al ver que Luna le animaba a aceptar, claudicó con la petición de la niña—. Está bien, voy a por un par de cosillas.

Macarena subió a su casa, y en una bolsa de viaje echó unas cuantas cosas que ya no se ponía o que se ponía poco.

—¿Dónde vas tan deprisa? ¿Y María? —preguntó Julián al ver entrar a su mujer a la carrera.

—Al piso de abajo, a hacer de modelo un rato.

—¿Qué?

—Te quedas con los niños, ¿verdad? —afirmó más que preguntó Maca a su marido según iba al baño a coger algún artículo de maquillaje. Por el espejo del baño vio la cabeza de Vega que, milagrosamente, había despegado la vista del móvil y la observaba con curiosidad.

—Claro, pero no tardéis —dijo Julián sin entender demasiado de qué iba esa locura.

—Sí, cariño. Vega, ¿quieres venir?

La rebelde adolescente aceptó la invitación encantada y se fue con su madre al piso de abajo. Con la llegada de las dos improvisadas modelos, las risas se podían oír en todo el edificio. Vega, que aunque adoraba a su hermana, solía comportarse como una estirada hermana mayor, olvidó su habitual fingida apatía y se unió a la fiesta como una más. No quedó ni mesa ni silla que no fuera usada como improvisada tarima para desfilas. Luna y Macarena dejaron en un rincón sus complejos y posaron como glamurosas modelos ante el foco de la cámara de Riv, que solo tenía ojos para Luna. El susto por el secuestro de Sofía, que no había abandonado su cara desde aquella aciaga tarde, quedó borrado por la alegría y la felicidad. Algunas prendas terminaron destrozadas por el maquillaje, y los tacones de las más pequeñas, pero dos horas más tarde todos los participantes en la sesión de fotos dieron por válidas las pérdidas. Con pesar, Maca y María regresaron a su casa a la hora de la cena.

—Nos lo hemos pasado genial —comentó Luna a Macarena al despedirse en la puerta—. Hay que repetirlo.

—Me gusta Riv.

—Solo somos amigos, nada más.

—Él no te mira como a una amiga. Deberías darle una oportunidad.

—Después de lo de Icar, no me apetece salir con nadie. Es mejor dejar las cosas como están.

—No seas tonta, precisamente después de lo de Icar, debes de rehacer tu vida. En parte fue tu error, pero en parte fue culpa suya, te manipuló a su antojo, ahora y hace cinco años. ¿Por qué no me dejas a Sofía una noche y sales con Riv por ahí?

—No sé, no creo que él quiera tampoco.

—Ja, ja, ese hombre pisaría por brasas ardiendo si se lo pidieras.

Luna cerró la puerta y contempló cómo Riv ya se había puesto a recoger la casa, ayudado por Sofía que le seguía como un perrito. Esos dos se llevaban de maravilla; cuando una noche la niña se despertó llorando por una pesadilla, solo se calmó cuando se la llevó a su cama y Riv se tendió junto a ellas. Confiaba en que Börg y los otros encontrarán a Icar, pero si no lo hacían, Agatha le había asegurado que ellas mismas lo harían y e Icar pagaría por lo que había hecho. No se acostumbraba a llamarlo Ícaro, de igual forma que se había sorprendido al saber que el nombre completo de Riv era Riverland y el de Roc, Rocuster.

—Luna, yo recojo la casa y vosotras, la ropa —comentó el guapo elfo pasando junto a ella, vestido solo con un vaquero. Se había quitado la camiseta para limpiar una mancha del suelo de la cocina, de un pintalabios que alguien llamado Sofía había pisado en el revuelo que habían organizado. Fingiéndose recoger un top y alguna otra cosa más, Luna se dedicó a observar el musculoso pecho de Riv. Sin duda aquellos músculos no se conseguían solo levantando la cámara de fotos. Por no hablar de la tableta de abdominales que lucía el elfo. Temiendo que Riv la viera ruborizarse al pensar lo que podría hacer en esa tableta, se fue a su habitación a guardar la ropa que habían sacado del armario y a darle un baño a la niña. Cenado una pizza delante de la televisión, el lluvioso domingo llegó a su fin.

## Capítulo 11

Börg y Roc estudiaban las imágenes que con el Google Maps habían logrado obtener de la zona donde habían perdido de vista a Ícaro.

—Esa debe ser la carretera secundaria donde le aguardaba el coche.

—Creo que sí, Börg. Según los amigos que tenemos en el sótano, la zona a la que se dirigían era sin duda el Bosque da Fervenza, próxima al curso alto del río Miño. Tenemos que localizar una zona alejada de las rutas de senderismo, estará oculta por algún hechizo, pero su acceso debe ser a través de algún lugar discreto de difícil visibilidad.

Roc vivía en las afueras de la ciudad, en un chalet en una urbanización cercana. Estaba aislado y al ser invierno sus vecinos, los típicos veraneantes, no estaban en sus casas, con lo que era perfecto para tener oculto a los dos elfos oscuros. Börg había hecho gala de su mente de estratega, no en vano había servido bajo las ordenes del temido Tabilov, hacía más de mil años cuando era un vikingo temido por su crueldad. Jaime había intentado primero manipular las mentes de los prisioneros, pero las mentes élficas eran inmunes al poder de manipulación vampírica. Después lo había intentado Roc con sus puños, pero, aparte de descargar su frustración, no habían logrado obtener nada de ellos, puesto que temían más a Ícaro que a una costilla rota.

—He traído unas gotas de una planta que hará que hablen y nos cuenten lo que deseamos —anunció Agatha que, con Rocío en una mochila en la espalda, llegó en compañía de Ana al chalet al caer la tarde.

—No será necesario, cariño —afirmó Börg resuelto. Había dejado que Roc y Jaime lo intentaran a su manera, ahora era su turno.

El vikingo bajó despacio la escalera que llevaba al sótano, pisando con firmeza los escalones. Los elfos oscuros se miraron entre sí, uno de ellos

permanecía sentado, erguido, mirando con insolencia hacia la puerta de su celda. El otro estaba recostado en el jergón, con la mano en las costillas, donde Roc le había dado un puñetazo.

—¿Quién será ahora? ¿El sucio vampiro? —preguntó el que permanecía sentado.

—Será ese maldito elfo del bosque.

—Nuestros amigos nos ayudarán a escapar, es mejor continuar callados y no traicionar a Ícaro.

—Por supuesto.

Los dos enmudecieron cuando, al abrirse la puerta, vieron surgir la imponente figura de casi dos metros del rubio vikingo, que los contemplaba con los ojos azules más fríos que hubieran visto nunca. Recordaban haber visto vagamente a Börg cuando los atraparon el bosque, pero en ese instante, a la luz temblorosa de la bombilla, resultaba más amenazador. Vestido con unos impecables pantalones grises y una camisa blanca, todo su ser desprendía la misma idea: aquel hombre era letal.

—¿Sabéis quién soy?

Los dos elfos asintieron con la cabeza, incapaces de hablar por el terror que atenazaba cada fibra de su cuerpo.

—Os lo explicaré por si tenéis alguna duda. Soy Börg Steve, era un vampiro, ya no lo soy gracias a un hada muy enfadada que está arriba. Se llama Agatha. Bien, por vuestra expresión veo que su nombre os suena, es un hada muy poderosa y puede hacer un hechizo que os haga hablar antes de convertirlos en una hormiga a la que con mucho gusto aplastaré con mi pie. Tal vez antes preferáis hablar conmigo. Quizás mi nombre no es diga nada, pero el de mi antiguo general os lo dirá: Tabilov.

Börg había logrado captar toda su atención. Sabían que Agatha era un hada con la que era mejor no meterse y Tabilov había sido el vampiro más cruel y sanguinario de todos los tiempos. Encerrado por los elfos del bosque y las hadas blancas en una escondida celda, había logrado escapar gracias a la ayuda de las hadas negras y de su líder: Ícaro.

—Por si tenéis alguna duda, yo mate a Tabilov con la ayuda de Agatha. Él y yo... hubo un tiempo lejano en el que éramos amigos, él era mi rey y yo su más fiel lugarteniente. Todo lo que queríamos lo obteníamos de un modo u otro: riquezas, poder, mujeres, tierras, oro. Nada podía resistirse a nuestras espadas. No respetábamos nada, ni familia, ni amigos, ni leyes de los hombres

ni de los dioses. Todo terminó cuando unos druidas se interpusieron en nuestro camino, pero eso es otra historia. Como veis ya no soy un vampiro, y tampoco visto con pieles ni porto una espada, pero no os confundáis con mi aspecto — continuó Börg desabrochándose la camisa y mostrando su torso fibroso y terso, cruzado por mil y una cicatrices de las múltiples batallas que había librado. Agatha le había ofrecido hacerlas desaparecer, pero él se había negado, eran un recuerdo de quién había sido, no quería olvidar lo cruel que fue, para no volver a serlo jamás—. Por fuera soy un hombre civilizado y culto, si bien en mi interior soy un vikingo dispuesto a despellejar a quien osa tocar lo que es mío y lo que amo. Esa pequeña pelirroja a la que secuestrasteis es mi sobrina, su madre es una de las mejores amigas de mi hada, y Riv es un elfo al que tengo por un amigo leal. Cuando vuelva a subir por esa escalera, tendré las respuestas que busco, en vosotros está cómo las voy a obtener. No me importa de qué forma sea, aunque preferiría no mancharme de sangre.

—Se dirigen al Bosque da Fervenza —comenzó a decir el elfo que hasta que Börg había aparecido mantenía la insolencia en la mirada—. La entrada a las cuevas está oculta en una presa, cerca del molino.

—¿Vigilancia? —preguntó Börg volviendo a ponerse la camisa.

—Dos elfos en unos arces cercanos, y dos hadas oscuras en dos senderos que pasan cerca, para evitar que un excursionista se acerque demasiado.

—Bien. Ahora bajará Roc y os hará alguna pregunta más, no quiero tener que volver, mi bebé me espera para que la acueste y si algo me impide hacerlo me enfadaré mucho porque tendré que regresar y...

—No será necesario —aseguró el otro elfo. Por nada del mundo quería volver a ver los ojos de hielo del vikingo, les diría todo lo que quisieran saber.

Agatha estaba dándole un biberón a Rocío cuando Börg entró en la cocina, donde aguardaban todos expectantes.

—Roc, puedes bajar, te contarán los detalles de las cuevas, baja un cuaderno, seguro que nos les importará dibujarte un plano con la distribución de las galerías.

—¿Bosque da Fervenza?

—Sí, tus elfos tenían razón.

Ana miró con interés a Börg, por un segundo en sus ojos vio el temible guerrero que fue en el pasado, y que agazapado en su interior permanecía dispuesto a salir al exterior en cuando algo perturbara la paz de su familia.

Nadie lo diría al verle besar con pasión a Agatha, en tanto acariciaba la cabecita de su hija.

—Podemos regresar a casa, cariño.

## Capítulo 12

Luna contemplaba indecisa la imagen que le devolvía el espejo. ¿El jersey azul oscuro o el gris? Había elegido para la ocasión una falda jaspeada en gris, con algo de vuelo que estilizaba su figura. El gimnasio estaba logrando que sus piernas lucieran más torneadas y su trasero tuviera una forma impecable bajo los vaqueros. Agatha estaba más que contenta de empezar a perder los casi diez kilos que había engordado durante el embarazo. Ruth era una monitora estricta pero efectiva a la hora de lograr sus objetivos.

—Mami, van a empezar los dibujos.

Sofía se impacientaba y daba saltos inquieta en el pasillo. Luna había aceptado el ofrecimiento de Macarena de quedarse con la niña aquella noche para que Riv y Luna pudieran salir un rato. La convivencia había conseguido hacerle ver que Riv habían cambiado y no era el tarambana que conocía, merecía una noche sin ejercer de niñoero y guardaespaldas. Sofía estaría segura en casa de su amiga con Hércules y Atenea vigilándola. Así que allí estaba, dándose los últimos retoques frente el espejo, para ir al cine y a tomar algo con el elfo. Era solo un plan de amigos, nada más. No quería enamorarse y que le volvieran a romper el corazón. Enamorarse implicaba dejarse engatusar, bajar la guardia y permitir que la engañaran. Había estado a punto de perder a su hija por dejarse guiar por sus sentimientos, algo que no volvería a pasar. Solo estaban Sofía y ella, no necesitaban a nadie más para ser felices. Se puso el abrigo gris perla y una bufanda de cuadros calentita. Al abotonarse el abrigo, palpó la medalla que llevaba bajo el jersey. La tarde anterior por fin había vencido su recelo y, al terminar la clase de gimnasia, en frente del espejo del baño, se la había quitado. Primero lo había hecho Ruth.

—Me la voy a quitar, es unos segundos podrás ver la forma real de mis orejas. No es que de repente me crezcan las puntas, siempre están ahí, como las tuyas, pero están ocultas a la vista —había explicado Ruth quitándose una medalla similar a la de Luna. Agatha permanecía expectante en un rincón. No era como si nunca hubiera visto una transformación física sobrenatural, estaba acostumbrada a que Jaime o Ana dejaran asomar sus colmillos, con más frecuencia que la que ella desearía; sin embargo, aquello era algo mucho más mágico y misterioso.

—Vale —asintió Luna inquieta, tocando su propia medalla. Las orejas de Ruth empezaron a afinarse, dejando ver su forma puntiaguda en la parte de arriba.

—Oh, ¿puedo tocarlas? —preguntó Agatha con los ojos abiertos.

—Claro —afirmó Ruth divertida por la cara de niña curiosa de Agatha.

—Son como las de Legolas en el Señor de los Anillos, molan —afirmó el hada acariciando la punta de las orejas con un dedo.

—Agatha, ¿sabes que tengo novia, verdad?

—Ja, ja, ja. A mí solo me pone mi vikingo. Venga, Luna, tu turno.

Luna cogió la medalla, e inspirando se la quitó con rapidez. Con las mandíbulas apretadas, en tensión, fijó su mirada en el espejo. Poco a poco sus orejas se afinaron, como antes lo habían hecho las de Ruth, haciéndose incluso algo más puntiagudas que las de su amiga. Con mano temblorosa, se tocó la oreja derecha, era suave, no la notaba diferente de la que solía contemplar cada mañana al lavarse los dientes.

—¿Y?

—Pues, nada, Agatha, no noto diferencia.

—Son tus orejas, su forma real es esa, aunque el hechizo no permita que ni tú ni tu entorno las vean, son así —la tranquilizó Ruth poniéndole una mano en el hombro y apretándoselo con cariño.

—¿Puedo tocarlas?

—Por supuesto, Agatha —asintió Luna que aún seguía intentando asimilar lo que significaba ser una elfa.

—¡Tú tienes un problema con las orejas! —exclamó Ruth poniendo los ojos en blanco.

Había estado tentada de pedirle a Natalia que le quitara la pulsera a Sofía cuando estuviera dormida, para ver cómo eran las de su hija, pero pensó que era mejor esperar a que fuera algo mayor y lo decidiera ella misma. No iba a hacer como habían hecho con ella durante toda su vida, ocultarle la verdad y no explicarle cuáles eran sus orígenes, lo haría a su debido tiempo, pero ahora era suficiente con hacerle entender que el hombre malo que la había secuestrado no era su papá por mucha semillita que hubiera puesto en la barriga de Luna. Aunque se sentía mal por haberle mentado todo ese tiempo, haciéndola creer que Icar estaba muerto, la realidad había sido peor, su mal llamado padre la había secuestrado en su fiesta de cumpleaños echando a perder toda la ilusión que la pequeña tenía.

—Vamos, cariño —dijo Luna, sonriendo a la niña—. Riv y yo te dejaremos con María y Raúl según salimos.

La idea de cenar con sus amiguitos y ver sus dibujos preferidos con ellos le había hecho sonreír, y sin aparente disgusto, había aceptado la propuesta cuando Luna se la dijo.

—Solo tiene cuatro años y ya prefiere la compañía de sus amigos a la mía —se quejó pesarosa a Riv después de dejarla en casa de Macarena.

—Porque es solo una noche, si mañana le dijeras que la vuelves a dejar con ellos ya no le parecería tan divertido. Te adora, igual que tú la adoras a ella, faltan muchos años aún para que vuele fuera del nido.

—Tienes razón, soy una tonta. ¿A qué película me llevas?

—Una de intriga, una nueva versión de un clásico basado en una novela de Agatha Christie. No es una romanticona de las que os suelen gustar a las chicas, ni es una de acción de chicos.

—Oye ¡que me gustan las de acción! Puedo explicarte quiénes son y cuáles son los superpoderes de cada uno de los miembros de los X-Men, y por supuesto muero por los héroes de la Marvel.

—Vale, vale. Te confesaré que he visto alguna que otra comedia romántica en la televisión, cuando no hay otra cosa.

—¿Cuándo no hay otra cosa? El otro día estabas con mi abuela viendo *Crepúsculo* después de comer.

—Era para informarme de cómo son en realidad Jaime y Ana.

Bromeando y conversando como dos buenos amigos, llegaron al cine. Riv

había comprado las entradas por internet, de modo que no tuvieron que esperar la larga cola que había en la taquilla por ser el día del espectador. Decidieron compartir el tamaño grande de palomitas, y con un vaso de refresco cada uno, pasaron a la sala de proyección. La película no los decepcionó, cualquier guión basado en una novela de la reina del misterio no podía ser malo. Cuando salieron del cine, la temperatura era agradable e invitaba al paseo. Caminando, sin darse cuenta, llegaron a la Plaza Mayor, y optaron por tomar un par de tapas a modo de cena en un bar, contemplando la bella fachada del Ayuntamiento iluminada.

—Creo que te debo una disculpa —se decidió a decir Riv.

—¿Por? —preguntó Luna confundida.

—No te traté bien en el pasado. No voy escudarme en que era joven, inmaduro, un cabeza hueca y que solo me preocupaba pasármelo bien a cualquier precio. Lo hice mal, y lo fastidié contigo. Usaba a las mujeres para satisfacer mis necesidades, bebía todo lo que podía encontrar. E incluso tonteeé con la drogas. Mi buen amigo Roc me hizo ver que aquella no era forma de malgastar mi vida. Me obligó a regresar a Escocia con mi familia y los míos. Lo pasé mal, no te voy a engañar, desengancharme de las drogas y el alcohol no fue fácil. Se habían hecho parte esencial en mi vida, aunque yo no lo veía así. Mi comentario era el típico: «Puedo dejarlo cuando quiera». Lo que no era cierto.

Luna lo miraba con atención, veía el dolor y el arrepentimiento en sus ojos. Sabía que no debía ser fácil para él contarle todo aquello.

—No quiero darte lástima —continuó Riv, viendo la compasión en el rostro de Luna, no se la merecía, había sido un canalla con ella—. Fui un malnacido, no me importó lo que pudieras sentir, y tampoco me paré a pensar en si te estaba haciendo daño.

—Yo te quería —confesó Luna en voz baja, jugando nerviosa con una miga de pan.

—Lo sé, siento mucho haberte mentido haciéndote creer que te correspondía. Ahora soy otro hombre, bueno, mejor dicho otro elfo —apuntó Riv haciendo sonreír a Luna.

—Lo sé, yo también soy diferente de la joven que conociste, o al menos eso quiero creer —afirmó Luna, pensando en que Icar había conseguido engañarla, igual que lo había hecho hacía cinco años, tal vez no fuera tan distinta como le gustaría, pero por Sofía lo sería. Mantendría sus deseos y sentimientos

reprimidos, encerrados a buen recaudo. No dejaría que su corazón volviera a actuar guiándola, sin hacer caso a su cerebro.

Riv asintió sin atreverse a confesarle que ahora era muy consciente de sus sentimientos. Estaba enamorado de la preciosa pelirroja que tenía sentada ante él desde hacía más de diez años. Cuando regresó de Escocia, le encargaron la misión de proteger a Luna, solo unos pocos sabían quién era en realidad. En la distancia, la había observado, maldiciendo a cada hombre que bailaba demasiado pegado a su grácil cuerpo cada noche que salía a divertirse con sus amigas. No estaba presente la noche que Ícaro la drogó y se acostó con ella. El elfo del bosque encargado de su vigilancia, esa noche, había vuelto a Escocia, con dos costillas rotas y el tabique desviado por el puño de Riv. Se había despistado tonteando con una rubia y no se percató de que Ícaro le había echado algo en la bebida a Luna. Ella nunca era tan desinhibida ni se enrollaba con desconocidos en el baño. Los amigos que esa noche la acompañaban se dieron cuenta de que la joven estaba alterada, lo achacaron a que había bebido en exceso y no la dejaron beber más. No sabían que ya era tarde. Riv había valorado contárselo a Luna una vez que Sofía estuvo a salvo, pero Roc no se lo permitió.

*—Fue una violación, Riv, no la forzó a nivel físico, pero sí mentalmente. Sin la droga que le echó en la bebida no se hubiera enrollado con él. Luna ya se siente culpable por el secuestro de Sofía, ¿para qué quieres que lo sepa? Se sentiría peor de lo que ya se siente. Déjalo estar.*

Riv decidió no contárselo por el momento, creía que si Luna sabía que no se entregó de forma tan voluntaria como suponía a Icar, no se sentiría tan mal. Habría sido algo que no había buscado, sino una situación en la que ella no tenía control sobre su cuerpo. Esperaría hasta saber que Luna no se hundiría al conocer la verdad.

—Agatha me ha dicho que ya tenéis una pista de dónde se ocultan los elfos oscuros.

—Sí, gracias a Börg. Prefiero tener al vikingo como amigo que como enemigo. Cuando lo he visto luchando, se transforma. No pierde su elegancia

innata, pero se convierte en un ser letal. En su época de lugarteniente de Tabilov, debían ser el terror y la asolación por donde quiera que pasaran.

—Cuando lo conocí me asustó un poco. ¡Es tan alto! Pero luego lo vi jugando con los hijos de Macarena y pensé que no debía ser tan malo.

—Los elfos del bosque ayudamos a las hadas blancas a controlar a los vampiros, pero Börg nunca nos dio ningún problema. Era amigo de Margarita, la abuela de Agatha, una importante hada blanca, si ella decía que era de fiar, es que lo era.

—Mi abuela Micaela era amiga de Margarita. Siempre era muy cariñosa cuando me veía. Me daba galletas que hacía ella, y jabones de mil colores y olores. Fue una de las primeras en animarme a crear una web para vender mis muñecas. Decía que eran mágicas y que en cada hogar debía de haber una. Claro que su significado de magia no es el mismo que el mío.

—Um, tendré que ver esas muñecas más de cerca. No sea que Margarita supiera algo de ellas que desconocemos.

—Ja, ja, no creo. Supongo que se refería a que estaban hechas con cariño. Para mí, cada pieza es única. No hago dos iguales, incluso las pequeñas que se venden como llaveros en la tienda de Ana, si las observas con detenimiento veras que cada una tiene el vestido de una manera, los ojos, el pelo...

—Margarita era única. Su don ayudaba a equilibrar las fuerzas de la naturaleza que no vemos.

—Agatha es más poderosa, ¿verdad?

—Mucho más. Al unirse con Börg, de alguna manera su poder se ha incrementado. No creo que ella sea todavía consciente de lo que es capaz.

—¿Cuándo iréis tras Ícaro?

—En un par de días, otros elfos del bosque están controlando el bosque donde se ocultan. Daremos con ellos, Sofía y tú estaréis a salvo.

Luna sonrió insegura y pidió la cuenta al camarero. Eran las once y media y al día siguiente había que trabajar, y todavía tenía que terminar un encargo de su web. Era extraño regresar a casa con Riv, su padre había muerto cuando era una niña, no estaba acostumbrada a tener un hombre en casa y mucho menos a uno tan atractivo. Cuando llegaron a casa de Macarena, Sofía estaba dormida.

—Están dormidos los tres. Hemos juntado las camas de los gemelos, y los tres llevan un rato durmiendo tan a gusto.

Luna se asomó a la habitación de los niños, desde la puerta vio la pelirroja cabecita de su hija entre las dos rubias de los gemelos, y media docena de

peluches. Los tres dormían relajados, agotados por las largas horas de juegos.

—No nos dimos cuenta de la hora —se disculpó Luna pesarosa—. Deberíamos haber regresado nada más terminar la película, pero hacía tan buena noche que dimos un paseo y...

—Nada de peros. Le he puesto un pijama de María, déjala que duerma aquí. Mañana en cuanto se despierte te aviso y vienes a buscarla. Es una pena despertarla.

—Estará bien —aseguró Atenea. La diosa estaba sentada en un sillón, oculta en las sombras, observando a los niños dormir. Era su momento preferido del día, la paz que inundaba los sueños de los pequeños la llenaba de serenidad y sosiego. No preferiría estar en ningún otro sitio—. ¿Por qué no os vais a casa y aprovecháis el resto de la noche? —añadió la diosa guerrera bajando la voz, a la vez que hacía un pícaro guiño a Luna.

—Eso, eso, aprovecha, Luna, que el elfo está que cruje —dijo riendo la escritora.

—No seáis sinvergüenzas —protestó Luna ruborizada, pensando en que Riv era más atractivo ahora que cuando lo conoció en su juventud. Entonces, era un esbozo de hombre; ahora en su plena madurez, era la masculinidad personificada.

Después de despedirse de sus amigos, los dos elfos se fueron a su piso. Al entrar, Luna vio el sofá ruinoso en el que Riv dormía y sintió remordimientos.

—Tal vez debería comprar otro sofá más cómodo —dijo Luna, pensando en que cuando se levantaba por la mañana debía de estar dolorido.

—No hace falta —aseguró Riv—. Si todo sale como está previsto, solo serán un par de noches más.

—Te diría que hoy durmieras en la cama de Sofía, pero no creo que estuvieras cómodo —se lamentó Luna pensando que Riv tendría que dormir encogido si no quería que medio cuerpo le quedara colgando fuera de la pequeña camita de la niña.

—Estaré bien, descansa.

Riv vio cómo Luna desaparecía en su habitación. No se había atrevido a confesarle que estaba enamorado de ella. Cada vez que estaba en la misma habitación que Luna, no podía hilvanar un pensamiento con raciocinio. Una sola de sus miradas bastaba para que su corazón diera un brinco. Adoraba su forma de moverse, de caminar, la manera en la que jugaba y hablaba con Sofía. La había visto en la biblioteca y nunca perdía su sonrisa y su aplomo, por muy

quisquilloso que fuera el lector que le estuviera consultando. Antes de salir aquella noche, se había prometido a sí mismo que le hablaría de sus sentimientos y la besaría. Nada de eso había ocurrido. Había logrado que no le volviera la cara cuando lo veía, se podía decir incluso que se estaba creando una amistad entre ellos, pero estaban lejos de que su amor fuera correspondido. Deseaba que toda aquella situación de peligro terminara de una vez, anhelaba saber que por fin estaban a salvo las dos pelirrojas a las que adoraba; no obstante, sabía que eso implicaría volver a poner distancia entre ellos, convertirse otra vez en dos vecinos sin más contacto que un breve saludo por la mañana. Riv temía que llegara ese momento.

Había estado a punto de besarla, estaba segura. En la puerta del edificio, justo instantes antes de entrar. Riv había acortado la distancia entre ellos, y sus labios habían quedado a escasos centímetros de su boca. ¿En qué estaba pensando? Nada de amor y de sentimentalismo, ningún hombre o elfo en su vida. Debía pensar con la cabeza, pero su cuerpo la había traicionado con vileza. Solo imaginar cómo sería besar a Riv, fantasear con sus labios arrasando su boca la excitaba sin remedio. ¿Habría cambiado su forma de hacerlo? Por lo que recordaba era un amante apresurado, si lo pensaba bien, siempre buscaba la satisfacción rápida, con escasos prolegómenos. Un par de besos, un par de caricias que la hacían estremecerse y humedecer la entrepierna, y después un coito rápido y fugaz. Algo le decía que ya no era así, pero ¿estaba dispuesta a averiguarlo?

## Capítulo 13

**B**örg estaba guardando su espada y su hacha en su gabán, disimuladas en el forro. Se lo había hecho confeccionar hacía unos años por consejo de Margarita, la abuela fallecida de su hada.

*—¿Recuerdas esos dibujos del inspector Gadget que Agatha veía cuando era pequeña? —le preguntó una tarde apacible de otoño Margarita, mientras degustaban una taza del delicioso té con arándanos y mandarina que el hada blanca hacía con las plantas de su jardín. Una increíble zona verde que rodeaba su casa, un pequeño palacete enclavado en el centro de la ciudad, imperturbable al paso del tiempo.*

*—Sí, vagamente. Los dibujos no me han llamado nunca demasiado la atención —respondió Börg sin entender a dónde quería ir a parar Margarita.*

*—Era un inspector de policía, algo patoso, que llevaba una gabardina en la que escondía una miríada de artilugios, a cual más sorprendente. Tenía un montón de bolsillos y pliegues, que por el exterior no se notaban. Tal vez deberías hacerte algo parecido —afirmó Margarita como si tal cosa.*

*—No sé qué decirte, no le veo la utilidad. Dudo que como editor necesite algo así, en un maletín llevo todo lo que necesito, que no son más que papeles y bolígrafos. Y como vampiro, mis colmillos son suficiente y siempre los tengo conmigo —añadió Börg en un intento de bromear.*

*—Hazme caso, lo necesitarás —insistió Margarita mirándolo muy seria por encima de su taza de exquisita porcelana inglesa.*

Börg hacía años que había comprendido que más valía hacer caso de los consejos de Margarita, por muy extraños que estos parecieran. Así que aprovechando una de sus múltiples visitas a Londres, se hizo un gabán en un sastre de su entera confianza, que no hizo ningún comentario ni ningún gesto ante la peculiar petición de su cliente. Ahora recordaba con cariño esos momentos, guardando sus armas en el gabán, junto con alguna que otra cosilla que podía serle de utilidad en un enfrentamiento con los elfos oscuros.

—Sigo pensando que debería acompañarte —afirmó Agatha irrumpiendo en la habitación con una despierta Rocío en brazos.

—No podemos ir los dos, alguien debe quedarse cuidando a nuestra hija —negó Börg besando a Agatha con pasión, para después acariciar las mejillas aterciopeladas de su pequeña que hacía gorgoritos satisfecha, con la tripita llena de leche y el pañal limpio.

—Micaela se puede quedar con ella —insistió Agatha, desasiéndose del influjo que los besos de su vikingo tenían en ella.

Daba igual el tiempo que pasase o las veces que la besara, siempre ocurría lo mismo. En cuando Börg posaba sus labios en los suyos, el mundo que les rodeaba desaparecía, sus pensamientos se centraban en lo mismo, el calor de sus manos en su cuerpo, en la fuerza arrolladora de su boca. Su reacción no podía ser otra que devorar con la misma intensidad sus labios, acariciar el cuerpo que la abrazaba y la sostenía. Cuando conseguía abrir los ojos y centrar su mirada en los ojos de hielo de Börg, veía en ellos la misma pasión y el mismo amor que su corazón sentía. El grito de protesta de su hija, que reclamaba atención y besos también, la hizo volver a la realidad.

—No podemos ir los dos, si nos pasara algo, Rocío se quedaría sola y tú no querrías eso, ¿verdad? —preguntó Börg apretando la nariz de su pequeña con afecto, mientras ella le sonreía con su boquita sin dientes.

—¡Chantajista! —exclamó Agatha a la vez que el timbre del portal sonaba.

—Debe ser Riv —apuntó el vikingo, cogiendo la bolsa de viaje que había preparado con algo de ropa.

No podía dejar que Agatha viera alguna sombra de duda en sus ojos. Riv y él mismo temían que Ícaro, al estar en su terreno, les tuviera preparada alguna sorpresa desagradable. A los elfos oscuros les ayudaban algunas hadas negras. En su último enfrentamiento, Ópalo, una de las más peligrosas hadas negras,

había sido hecha prisionera por los elfos del bosque, que la custodiaban en un lugar seguro, donde nadie pudiera hablar con ella y de donde no pudiera ser liberada por otras hadas negras. Agatha, junto con otras dos hadas blancas y un druida perteneciente a la raza de los elfos del bosque, había logrado quitarle su don de hada. Sin embargo, no se fiaban de su aparente inocencia. Con el sanguinario vampiro Tabilov habían bajado la guardia y lo habían pagado muy caro. Calista, la malvada vampira que había tratado de matar a Agatha en dos ocasiones, estaba muerta, pero otros vampiros podían decidir aliarse con el bando de Ícaro y ayudar a los elfos oscuros a ocultarse.

Börg se alegraba de contar con la ayuda de Jaime y Ana. Ambos eran vampiros. Él había culpado durante siglos a Börg por la muerte de su esposa y su bebé no nato, pero ahora todo estaba olvidado y perdonado. Había resultado ser culpa de Tabilov e Ícaro, en una sanguinaria maniobra para hacerse con el poder de todos los elfos, motivo por el cual habían asesinado también a los padres de Luna y trataban de secuestrar a Sofía. Ana, la mejor amiga de su hada, era una vampira. Se había convertido por amor al atractivo *highlander*, que poco o nada había podido hacer ante la testarudez y el infinito amor de la española. Ana no lo había dudado ni un instante, había dejado atrás su humanidad para compartir su eternidad con el hombre que la había enamorado. Eran una pareja perfecta, de igual modo que le gustaba pensar que Agatha y él lo eran. No en vano había esperado mil años para encontrar al amor de su vida, y siguiendo el proceso contrario al del escocés, había dejado atrás su inmortalidad para convertirse en un humano que viviría mientras su hada lo hiciera, en una vida bastante más longeva que la de una persona normal.

El vikingo sintió como puñales en su corazón la mirada de tristeza de Agatha al despedirse de él, y el abrazo de la manita de su hija, que con fuerza le sujetó el dedo unos segundos. Ícaro estaba listo si pensaba que iba a impedirle regresar junto a ellas, acabaría con él y ayudaría a los elfos del bosque a restablecer su poder, haciendo retroceder a los elfos oscuros hasta las cavernas del interior de la tierra de donde no deberían haber salido nunca.

Riv le aguardaba en el portal, apoyado indolente contra su moto, junto a Roc, su fiel y leal amigo, y Jaime y Ana en un coche. Riv lo miraba sin verlo, rememorando en su mente la despedida en casa de Luna.

*—Ha llegado el momento —anunció Riv, guardando la última de sus camisetas en su bolsa. Estaban en la cocina. Aún resonaban las risas de Sofía que se había ido al colegio acompañada de Micaela. Allí estaba a salvo, vigilada por su maestra que era una de las elfas del bosque encargada de su seguridad.*

*—La semana que vienen es la función de primavera en el cole —le dijo la pequeña al darle un beso de despedida antes de marcharse con su tía.*

*—Lo sé, cariño, no me la perdería por nada del mundo —le aseguró Riv con el corazón encogido—. Vas a ser el girasol más bonito de la función.*

*—¿Pero vendrás? ¿Verdad? —insistió Sofía que sentía que la despedida de su amigo el fotógrafo era algo más que lo que su mamá le decía.*

*—¿Quién te va a hacer las fotos si no? —dijo Riv para tranquilizarla, fingiendo una despreocupación que estaba lejos de sentir.*

A la niña le habían dicho que Riv había tenido una avería en su piso, y como Luna y él eran amigos, su madre lo había invitado a quedarse con ellas esas semanas.

«Tiene su tienda en frente, así le es más fácil ocuparse de ella», le había explicado Luna cuando la fue a recoger al colegio el lunes siguiente a que Ícaro la secuestrara.

Si a la pequeña le había parecido extraño, no lo manifestó. Aceptó la presencia de Riv en su casa como si fuera lo más normal del mundo. Era un compañero de juegos excelente, se sabía preciosos cuentos de princesas y duendes en los bosques, y lo que era más importante: con Riv en casa, el hombre malo que decía ser su papá no se acercaría.

*—Voy a echarla de menos —aseguró Riv cuando Sofía se marchó al colegio con Micaela.*

*—Estoy segura de que irá a verte a la tienda todos los días para que le sigas contando cuentos de los habitantes del bosque.*

*—No todo son cuentos, Luna, muchas son leyendas que mis abuelos me contaron de pequeño. A los nuestros les gustaría que fuerais las dos a visitarlos.*

*—Algún día. Te lo prometo. Cuando Ícaro ya no sea un peligro para Sofía, y la niña sea capaz de comprender que no es como los otros niños, iremos. Aunque no sé cuándo será eso, apenas logro entenderlo yo.*

*—Créeme, lo aceptará con más facilidad de la que crees. Verá que su mamá también lo es. Si visitáis el lugar donde tu madre nació, verá otros pequeños como ella. Somos los mayores los que lo complicamos todo, para los niños no hay diferencia entre razas o especies —explicó Riv colgándose la bolsa de viaje al hombro—. Bueno, ya estoy listo.*

*—Mantenme al tanto con las noticias —le pidió Luna.*

No lo expresaría en voz alta, pero el hecho de ver a Riv en la puerta, saliendo, que cuando volviera de su viaje a Galicia no regresaría con ellas era una espina dolorosa clavada en su corazón. Sus sentimientos hacia el elfo eran confusos. Le gustaba su compañía, se había acostumbrado a compartir sus días con él. Ante sus amigas había fingido que era un compañero de piso como cualquier otro.

*—No le busquéis tres pies al gato, es un amigo con el que debido a las circunstancias comparto piso.*

*—Pues cuando compartía piso con Natalia no me preocupaba el aspecto de mi cara al levantarme —afirmó Agatha recordando los años en que había vivido en un pequeño apartamento con la novia de Ruth, antes de que estas se conocieran y se enamoraran. A los pocos meses de irse a vivir ella misma con Börg, a la que había sido la casa de su abuela Margarita, Ruth había trasladado sus cosas al piso, para alegría de Natalia.*

*—No, si a mí tampoco —Luna nunca confesaría que se había llevado en secreto a su dormitorio un cepillo de pelo, unas toallitas desmaquilladoras para limpiarse la cara de legañas y babas, y un pequeño set de maquillaje, para darse un retoque rápido antes de salir de él e ir al baño.*

*—Ja, ja. El otro día cuando baje a buscar a Sofía con María, no eran ni las ocho de la mañana y ya tenías los ojos pintados.*

*—Era porque me tenía que ir a trabajar a la biblioteca —se defendió Luna.*

*—Era sábado —apuntó Macarena con voz no exenta de malicia y sorna.*

Desde la ventana vio cómo Riv le pasaba su bolsa a Jaime, que la guardó en el maletero del coche para a continuación subirse a su moto. Ana estaba sentada en el asiento trasero y, de copiloto, podía ver a Börg. Junto a ellos Roc esperaba subido en otra, miró hacia donde estaba Luna y la saludó con una inclinación de cabeza a la que ella respondió con la mano. En el instante en que arrancaban motores, se les unió una tercera moto con Natalia vestida de cuero negro de los pies a la cabeza. Por debajo del casco asomaba su rubia coleta, que descansaba sobre su espalda, hasta la altura de los hombros. Su novia Ruth, al igual que Agatha, no se había quedado demasiado conforme con la idea de quedarse en Salamanca en lugar de ir a luchar con el resto.

*—Soy una guerrera.*

*—Lo sé, cariño —dijo Natalia tratando de tranquilizar a su chica—. Por eso necesitamos que te quedes aquí protegiendo a Luna y a Sofía. Ícaro puede sospechar que vamos y aprovechar nuestra ausencia intentando volver a secuestrar a la pequeña. No sabemos si tiene espías en nuestro entorno. Te necesitamos aquí.*

*—Pues quédate tú y voy yo con ellos. Riv es mi general y puedo serle útil —sugirió Ruth enfadada—. ¡No es justo! Para ti toda la diversión y yo debo hacer de niñera.*

*—Habrá hadas negras que con sus hechizos ocultan la entrada a las cuevas donde los elfos oscuros se cobijan. Börg y Riv necesitan hadas blancas que contrarrestaremos el hechizo.*

Ruth se contuvo para no seguir protestando. Conocía a Riv y temía a Börg, si decían que debía quedarse, no admitían discusión alguna. Uno era su general y al otro, cuando se ponía en plan vikingo, era mejor no llevarle la contraria. Börg enfadado era terrible. Cambiando la expresión de su cara, decidió mostrarle a Natalia su mejor sonrisa.

*—Está bien, pero ten cuidado. No me fío de esos elfos oscuros.*

*—Yo tampoco —afirmó Natalia subiéndose la cremallera de la cazadora*

—. *No te preocupes, todo saldrá bien.*

Natalia acarició con ternura el rostro de Ruth. Cada mañana, cuando la veía tendida en la cama junto a ella, agradecía a la naturaleza y a los dioses la suerte que tenía. A sus casi setenta años había perdido la esperanza de encontrar el amor en su vida. Su juvenil aspecto, que hacía que no aparentara más de treinta, le facilitaba las conquistas casuales para un encuentro sexual sin compromisos, rápido y placentero. No se imaginaba que cuando Margarita le pidió que fuera la compañera de piso de su nieta Agatha, terminaría conociendo a Ruth. Marta, la tía de Agatha y su amiga común, Ana, abrieron sus tiendas bajo el nombre común de *Abuela Margarita*. Al ver cómo sus expectativas se desbordaban, decidieron contratar a alguien que les ayudara en ellas, de esa forma Ruth llegó a su vidas, y por ende a la suya. La joven elfa, de apenas veintiséis años, era madura y serena para su edad, mucho más que ella misma a sus setenta. Sabían que a su paso se volvían algunas cabezas suspicaces en sus familias, por la diferencia de edad y por su diferente raza: ella era un hada blanca y su chica una elfa del bosque. Sin embargo, puesto que el hada blanca más poderosa del mundo, Agatha, se había emparejado con un temible vampiro, los comentarios maliciosos tuvieron pronto su fin. Agatha no solo aprobaba su relación, sino que la alentaba, así que las hadas blancas más tradicionales tuvieron que acallar sus recelos.

Para Ruth tampoco había sido fácil. Estaba destinada a contraer matrimonio con un elfo del bosque de una familia de un clan afín al suyo, con idea de fortalecer la alianza entre ambos grupos. Ruth no solo no se casaría con él, sino que la había elegido a ella, a un hada blanca. Aunque las de su especie eran fieles aliadas de los elfos del bosque, sus razas no se emparentaban entre sí. Las hadas blancas buscaban sus compañeros entre los humanos y los elfos rara vez se emparejaban con alguien de otra raza. No contaban con que su chica era independiente y no dejaba que nadie manejara su destino. Como guerrera elfa, obedecía a su general Riverland en el combate, pero fuera de él, no permitía ninguna inferencia en su vida.

*—Lámame cuando sepáis algo —le pidió Ruth con una pizca de tristeza en sus preciosos ojos marrones.*

*—Lo hare —le prometió Natalia dándole un apasionado beso, indiferentes al carraspeo de un matrimonio mayor que pasaba junto a ellas.*

Natalia guardó su bolsa en el portaequipajes y arrancó la moto, dirigiendo su camino hacia la casa de Luna, que había sido el punto de reunión elegido. Al llegar, ya vio a Börg y a la pareja de vampiros aguardando en su coche. Adoraba a ese par de locos que eran Ana y Jaime. Algunas hadas blancas seguían siendo reticentes a tener amistad con los chupasangres, como les llamaban despectivamente, pero gracias a Margarita había comprendido que no todos se dejaban llevar por su instinto asesino y merecían vivir. Para ellas era fácil acabar con ellos, una gota de su sangre era letal para los vampiros, ella misma lo había comprobado en más de una ocasión. No obstante, por su larga relación de amistad con Börg, sabía que eran leales y buenos amigos, merecía la pena confiar en ellos.

De Jaime solo había oído hablar a Margarita como de un agradable y simpático vampiro que había conocido en Escocia a la vez que a Lincoln, el que había sido su marido. Ambos eran amigos y compañeros de trabajo, y aunque en un inicio los dos se habían sentido atraídos por Margarita, Jaime había dado un paso atrás al percatarse de la atracción que había entre la pareja. Nada le hubiera hecho pensar entonces, que décadas después sería otra española la que despertaría su corazón de la apatía. No tuvo opción, en cuanto Ana fijó sus ojos en Jaime tuvo claro que el *highlander* era para ella. A pesar de sus reparos iniciales, el vampiro había comprendido que la joven era el amor de su vida, haciendo que el hecho de perder su humanidad y convertirse en una vampira fuera algo natural en su relación. Al verla llegar, Ana sacó la cabeza por la ventanilla y le preguntó.

—¿Lista para cazar elfos oscuros?

—He nacido para ello.

## Capítulo 14

Riv conducía con la vista fija en la carretera, pero la mente a kilómetros de allí, en un pequeño piso que había dejado horas antes, donde una pelirroja de ojos verdes le había robado la última pizca de amor propio que tenía. En cuanto Ícaro fuera historia, no iba a permitir que el elfo continuara caminando sobre la tierra ni un día más de lo necesario, volvería a por ella. Esta vez lo haría, la conquistaría poco a poco, no de forma alocada y sin valorarla como había hecho en su juventud en la universidad. La forzada convivencia de esos días le había valido para conocer sus gustos, cuáles eran sus caprichos, y cuáles los detalles que podían ablandar su corazón. Porque no se engañaba, sabía que habían recuperado la amistad que tuvieron de jóvenes, pero ni por asomo estaba cerca de conquistar su corazón. Por el contrario, él se lo daría sin titubear, junto a cada célula de su ser; Luna lo era para todo él y Sofía era su pequeña. Cuando la recuperó de las garras de Ícaro y la tuvo contra su pecho, agarrada a su camiseta con firmeza, temiendo que la alejaran de él, lo supo. Aquella pequeña elfa era parte indisoluble de su vida.

—Riv —le susurró una voz por el intercomunicador. Era uno de los elfos del bosque bajo su mando que vigilaban el lugar donde los elfos oscuros se ocultaban junto con las hadas negras.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Riv con nerviosismo.

—Estamos bastante seguros de haber descubierto la entrada a las cuevas. Está al final de un sendero, detrás de una presa, junto al molino. Parece que hay unos matorrales espesos que no se pueden cruzar, pero creemos que es un hechizo de las hadas negras. Los senderistas no se aproximan allí, hay algo invisible que les hace desviarse del camino unos cinco metros antes. Con los animales pasa lo mismo, hay una especie de barrera intangible, hemos

observado cómo los pájaros detienen su vuelo y se dan la vuelta. Un grupo de excursionistas llevaba un perro, un pastor alemán, estaba olfateando el suelo y, al llegar a determinado punto, regresó corriendo junto su dueño con el rabo entre las piernas.

—¿Os habéis acercado a la entrada?

—No, General, no queremos revelar nuestra posición, observamos lo que ocurre a cierta distancia.

—¿Habéis visto elfos oscuros o hadas negras?

—A simple vista no podemos reconocerlos. Si son elfos, ocultan sus orejas con hechizos como nosotros, y a las hadas no las distinguimos de mujeres normales. Creemos que en un arce están escondidos tres de ellos tal y como le dijeron al General Börg, a las hadas no las hemos visto.

—En un par de horas estaremos allí, un hada blanca viaja con nosotros, ella sí puede distinguir a las hadas negras del resto.

—Os esperamos.

Riv les contó al resto, que esperaban impacientes las noticias, lo que sus elfos habían averiguado.

—Me alegro de que no mintiera el elfo oscuro. Sería una pena tener que cavar una tumba en el jardín de Roc para ocultar su cadáver —afirmó Börg sin chispa de humor en su comentario. Ana abrió la boca para decir algo, pero Jaime le sugirió con un gesto que no dijera nada. Mientras fueran de utilidad, los dos elfos oscuros que habían atrapado permanecerían en el sótano del chalet de Roc, vigilados por dos elfos del bosque. Si no les habían mentido, y su información les ayudaba a atrapar a Ícaro, Börg y Riv les habían prometido dejarles con vida, recluidos con un clan de elfos del bosque en la estepa rusa. Los dos elfos oscuros habían dejado clara su intención de colaborar. Si Ícaro los encontraba, su muerte sería rápida; por el contrario, si Börg decidía acabar con ellos sería un proceso largo y doloroso por el que no tenían ninguna intención de pasar. Riv les había prometido que nadie les encontraría en Siberia y ellos habían creído al general de los elfos del bosque sin dudar.

Para no despertar sospechas se alojarían en una casa rural, cercana a la zona que querían investigar, haciéndose pasar por un afable grupo de amigos que habían ido al lugar en busca de tranquilidad y paz para alejarse de la rutina diaria. Emplearon el resto del viernes en acomodarse y dar una vuelta por los alrededores para reconocer la zona donde estaban. Podía ocurrir que debieran huir de la casa de forma precipitada, por un camino menos transitado

que la carretera principal, y sería de utilidad tener una ruta alternativa. Además, Börg quería tener un escondite para las armas en caso de necesidad.

—Si nos encuentran, puede venirnos bien —afirmó el vikingo con el beneplácito del resto.

—¿Iremos esta noche al Bosque da Fervenza para ver la entrada de las cuevas? —preguntó Ana impaciente.

—No —respondió Riv—. De noche estaríamos en desventaja, iremos mañana a primera hora, como unos senderistas más.

—Jaime y yo podemos ser muy silenciosos y movernos muy rápido —insistió Ana.

—Y las hadas negras también. En un segundo pueden lanzarte un dardo con una gota de su sangre y estarías muerta en menos de dos minutos —añadió Natalia—. Es mejor esperar a mañana.

Ana hizo lo que le decían, pero nada conforme con la idea; al propio Jaime le costó apaciguar la excitación de su vampira.

—De día nos verán —le cuchicheó Ana a Jaime tendidos en la cama que compartían en una de las habitaciones—. Y si hace mucho sol, ni tú ni yo podremos acercarnos.

—Créeme, nos verían igual esta noche y levantaríamos más sospechas. Mañana, con nuestras mochilas y nuestras gorras, nos uniremos al resto de excursionistas de la zona.

—Pero el sol...

—Las predicciones son de lluvia, no te preocupes.

Ana no era la única a la que le costaba dormir; lejos de allí, en Salamanca, Luna permanecía sentada en un sillón terminando un encargo: una muñeca para una niña cuya madre compraba en la tienda de Marta. Había tenido que recoser dos veces el vestido porque su mente se empeñaba en pensar en un elfo de piel canela y ojos turquesa. Lamentaba haber sido tan fría al despedirse de él, no le gustaba lo débil e insegura que se mostraba cuando Riv estaba a su lado. Su resolución de no enamorarse se resquebrajaba al oler su colonia, al sentir sus ojos mirándola, al escuchar su voz. Sin embargo, al recordar a esos mismos ojos mirándola desde el espejo del mugriento servicio donde, con los pantalones en los pies, empotraba sin descanso a otra, volvía a sentir la rabia y la impotencia que sintió aquella noche. No, nunca más se enamoraría de Riv. Si la había engañado una vez, podía hacerlo de nuevo.

\*\*\*

Eran poco más de las ocho cuando Roc, Riv, Natalia y Börg desayunaban en la cocina de la casa rural. Ana y Jaime habían salido a dar una vuelta, que era el eufemismo utilizado para no decir que habían salido a buscar sangre de algún animal con el que Ana pudiera alimentarse, y de algún excursionista madrugador, del que pudiera hacerlo Jaime.

—No tengo que recordarte que seas discreto, no necesitamos alarmar a los aldeanos con ataques de «animales».

—Tranquilo, Börg, les borraré la mente después, y no beberé más de lo necesario —aseguró Jaime antes de salir con Ana—. Al fin y al cabo, algo me dice que podre beber de algún elfo oscuro más tarde.

Riv había escuchado la conversación, y aunque la idea de que un vampiro bebiera de un elfo no le hacía muy feliz, estaba más que dispuesto a mirar para otro lado ese día. Para los vampiros, la sangre de las hadas era venenosa, pero con la de los elfos ocurría lo contrario: era como un elixir delicado a su paladar, y además aumentaba su poder y su vigor de forma exponencial. Dado que no sabían lo que se iba a encontrar, tener a un vampiro con sus sentidos agudizados era una inestimable ventaja. Ana era un caso diferente, el sabor de la sangre élfica era parecido al de la humana, pero mucho más adictiva. Puesto que ella quería seguir sin alimentarse de personas, seguiría su dieta animal durante aquellos días también.

Cuando Ana y Jaime regresaron a la casa rural, el resto ya les aguardaba con sus mochilas al hombro. Poniéndose una gorra con una gran visera como complemento a su atuendo, los dos vampiros cogieron sus cosas dispuestos a seguir a sus amigos. Durante los primeros kilómetros no vieron nada sospechoso, una pareja de senderistas alemanes, un grupo de cuatro franceses y algún lugareño paseando por el bosque. Sin embargo, al llegar a la zona en la que sospechaban que se ocultaba la entrada a las cuevas, todo cambió.

—¿Lo oís? —preguntó Natalia.

—No oigo nada —negó Jaime.

—Eso mismo —dijo Riv—. Este es el lugar.

Un elfo del bosque salió a su encuentro en respuesta al mensaje que Riv le había enviado minutos antes.

—General —Riv respondió al saludo del elfo con un abrazo. Era uno de sus

hombres de confianza más queridos. Juntos habían sido entrenados en el arte de la lucha y el espionaje, tiempo atrás en Escocia. Su compañero había resultado ser muy hábil a la hora de camuflarse con el entorno, sin que el enemigo lo detectara. Al saber que Ícaro había buscado refugio con los elfos oscuros, no había dudado en avisar a su antiguo camarada, que había acudido a la llamada acompañado por su equipo, con el que siempre realizaban todas las misiones—. Mis elfos están escondidos vigilando la entrada.

—¿Dónde podemos dejar las mochilas? —preguntó Börg. No quería cargar más que con lo imprescindible. Llevaba la espada en una funda sujeta a la espalda, oculta por una cazadora, y el hacha en un bolsillo interior de esta, no necesitaba más.

—Por aquí.

El elfo del bosque les condujo hasta una trampilla que ocultaba una oquedad excavada en el suelo, donde guardaron las mochilas y todo lo que les pudiera molestar.

—Vale, ¿y ahora cómo entramos? —quiso saber Ana que empezaba a perder la paciencia.

—Hemos intentado acercarnos —explicó el elfo—, pero a unos centímetros de esa piedra —dijo señalando una roca grisácea erosionada por el paso del tiempo—, comenzamos a notar un malestar que nos impide caminar. Se revuelve el estómago, te pican los ojos y sientes que la cabeza te va a estallar.

—Es un hechizo de hada negra —afirmó Roc.

—Entonces es cosa mía —anunció Natalia convencida de que podría contrarrestarlo.

La guapa rubia se giró balanceando su coleta según caminaba en dirección a la roca. El elfo del bosque la miró apreciativamente con creciente interés, hasta que sintió un codazo en sus costillas de Roc.

—Gail, ni lo intentes.

—Ya sé que es un hada blanca, no tengo nada en contra con fraternizar con otras especies —afirmó con picardía el elfo.

—Siento decirte que la vampira que va a tu lado tendría más posibilidades de acostarse con ella que tú.

El elfo enmudeció, la bella hada blanca lo había impresionado. ¡Qué se le iba a hacer, si no podía enrollarse serían amigos! Dando una par de zancadas largas se puso a su altura.

—Sabes que están vigilándonos, ¿verdad?

—Por eso me acercaré solo con Ana, pensarán que somos dos chicas haciendo una ruta de senderismo demasiado dura para ellas, que necesitan un descanso, y la roca es un buen lugar para hacerlo.

—Puede funcionar —asintió Börg—. Estaremos vigilando, tened cuidado.

Con tranquilidad, como si tuvieran todo el tiempo del mundo se sentaron junto a la roca. Ana fingió que una bota le hacía daño y se la quitó, parecía que la estaba examinando por dentro, pero en realidad estaba atenta a lo que les rodeaba. Había visto a dos elfos oscuros subidos en un árbol a su derecha, y por el olor sabía que había otro a su izquierda.

—Hay al menos tres elfos observándonos —susurró Ana a Natalia, a la vez que se volvía a calzar.

—Y dos hadas negras detrás de nosotras.

Con disimulo hicieron las señas acordadas al resto para que tomaran posiciones. A un silbido de Roc imitando a un ave cantora del bosque, cayeron sobre los vigilantes que estaban más pendientes de los movimientos de las dos falsas excursionistas que de lo que ocurría en su entorno. Jaime noqueó de un golpe certero en la nuca a las dos hadas negras, temía que hicieran uso de la cerbatana que llevaban adherida a la pierna, y lanzaran algún dardo impregnado en su sangre a Ana. Börg, Riv y Roc se encargaron de los elfos oscuros y Gail acudió a ayudar a Natalia con el hechizo.

—Deberías alejarte, el hechizo negro te dañará —le advirtió Natalia al verlo a su lado.

—El contra hechizo gastará toda tu energía vital, necesitarás ayuda si vas a hacerlo tu sola. Ella está muerta —afirmó Gail señalando a Ana—, no puede ayudarte, yo sí.

—Es muy peligroso —dijo Natalia mirando a los ojos del elfo del bosque, en los que solo podía leer lealtad. Para contrarrestar el hechizo negro emplearía toda su fuerza y su energía, si tomaba prestada la del elfo, podría recargarse como si fuera una batería élfica.

—¡Eh, que te estoy oyendo! —exclamó Ana enfadada por el comentario del elfo—. Te advierto que esta muerta está muy viva.

—Ana, necesito energía vital para fortalecerme mientras hago mi magia, tendrás que cuidar del elfo hasta que se recupere. Esa será tu misión.

—Puede haber más hadas negras dentro, Ana —añadió Börg aproximándose al grupo—. Si te pasara algo, Agatha no me lo perdonaría.

—Vamos, colmillitos —bromeó Gail—, a mí tampoco me hace gracia tener

una vampira de niñera.

—Tranquila, cariño, seguro que algún elfo intenta escapar y tendrás oportunidad de darle su merecido —la tranquilizó Jaime.

—Lo haré —consintió Ana disgustada, ella quería bajar a las cuevas y pelear con el resto. Esperaría fuera con Gail, pero en cuanto sacaran a Ícaro de allí dentro, le diría lo que pensaba sobre tratar a las mujeres como objetos y secuestrar niñitas el día de su cumpleaños.

—Jaime, tu entrarás, pero te quedarás cerca de la abertura. Lo mismo que pasa con Ana se aplica para ti, la sangre de las hadas es venenosa para vosotros, y no debe escapar nadie.

Ana no pudo contener su sonrisa de triunfo al ver la cara de fastidio de Jaime. ¡Ja! A él le hacía tan poca gracia quedarse sin luchar como a ella, pero si Börg les decía que lo hicieran, lo harían.

Natalia se acercó con cautela donde la distorsión de los elementos se empezaba a apreciar por el hechizo negro. El elfo del bosque se quedó a prudente distancia para notar lo menos posible los efectos perniciosos. Natalia extendió sus manos y murmuró unas palabras en un idioma que a Jaime le recordó a un antiguo dialecto escocés, y a Börg a la lengua en la que hablaban los druidas que le habían convertido en vampiro hace mil años. Fue repitiendo la letanía una y otra vez, cada vez con voz más fuerte. Al principio no parecían notar nada, pero, al rato, vieron cómo las hojas del suelo se levantaban y comenzaban a girar alrededor de la figura del hada. Las ramas de un espeso matorral cercano fueron separándose mostrando una abertura negra detrás de ellas. De repente, las ramas se volvieron a cerrar, Natalia se debilitaba, entonces notó la mano de Gail sobre su hombro, y a través de su tacto absorbió su energía, sintiendo cómo su propia fuerza vital se recuperaba. Con decisión repitió las palabras del hechizo blanco, notando cómo el hechizo negro disminuía de intensidad hasta desaparecer.

En frente de ellos tenían la entrada a una cueva, excavada en la misma pared rocosa aprovechando una grieta que la propia naturaleza había creado. Natalia sonrió al escuchar el canto de un pájaro cercano y al ver cómo Roc tenía que espantar un insecto que zumbaba a su alrededor. Sin duda el hechizo negro ya era historia. Con pesar se volvió para ver a Gail que yacía inconsciente a sus pies. Estaba vivo, pero necesitaría descansar unas horas para poder recuperarse. Era una pena que Agatha no estuviera con ellos. La poderosa hada blanca le habría sanado en unos minutos. Ana, ayudada por Jaime, lo

levantó del suelo y lo colocó con cuidado cerca de la roca, apoyando su cabeza sobre sus piernas a modo de almohada.

—¿Y ahora? —preguntó Roc.

—Vamos a por Ícaro —anunció Börg muy resuelto, internándose en la oscuridad.

## Capítulo 15

Jaime se quedó apoyado en la entrada, vigilando el interior de la cueva por donde Börg, Riv, Roc y los tres elfos del bosque del equipo de Gail, junto con Natalia, habían comenzado a caminar, a la vez que se aseguraba de que nadie molestara a Ana y al inconsciente Gail. El vikingo abría la marcha, caminando con asombroso silencio para su envergadura, seguido del hada blanca y los elfos. Las paredes de piedra gris estaban cubiertas de musgo y líquenes, rezumando humedad en numerosos lugares. El aire era denso y espeso al principio del camino, para irse aligerando a medida que se adentraban y la angosta galería se abría, ensanchándose hasta permitir a dos personas caminar a la par. La oscuridad no era total, puesto que la luz se filtraba por grietas ocultas en sus paredes y en el techo. Durante los primeros metros, Börg iba agachado, pero poco a poco logró ir recuperando la verticalidad. En un recodo del camino, el vikingo levantó su mano derecha e indicó al resto del grupo que se detuvieran.

—¿Lo oyes? —le preguntó a Natalia en un quedo susurro.

—Sí.

Una especie de runrún llegaba hasta ellos. Provenía de unos metros más adelante, quizás a mayor distancia aún, si el sonido era amplificado por la acústica de las paredes rocosas. De pronto oyeron unas voces acercándose. El grupo se pegó contra la pared, aguardando en silencio.

—Te digo que he oído algo —escucharon que decía una voz aguda.

—Echemos un vistazo, pero son ganas de perder el tiempo, los vigilantes del exterior no nos han avisado de nada inusual —añadió otra voz más grave.

—Me ha parecido escuchar un chasquido, como de ramas desplazándose.

—Más te vale tener razón. Ícaro va a designar a los elfos que deben ir a por

la niña, y quiero ser uno de ellos.

—¿Y la madre? —preguntó con curiosidad la voz aguda.

—Ícaro ha dicho que no es necesario que la traigamos, cualquier elfa oscura podrá encargarse de la chiquilla. Tenemos carta abierta para hacer lo que queramos con ella —respondió el de la voz grave con tono de lujuria y deseo. Durante la vigilancia a la que la habían sometido los elfos oscuros, sin que ella lo supiera desde hacía tres años, le habían tomado numerosas fotos. La pelirroja era un bombón. Era preciosa, toda una princesa elfa del bosque a la que más de un elfo oscuro estaría encantado de doblegar y hacer suya.

—Oh, ¡tengo que estar en esa comisión!

—Algo me dice que no lo estaréis —dijo Riv muy enfadado, pasando a la velocidad del rayo junto a Börg y Natalia, seguido de Roc y del resto de los elfos del bosque, a los que las palabras de los elfos oscuros les habían gustado tan poco como a su general.

Riv fue rápido y letal, de un certero golpe dejó inconsciente al de la voz aguda, sin que su amigo pudiera hacer nada por ayudarlo, ya que Roc y otro elfo del bosque le clavaron sendos puñales en el tórax, matándolo al instante.

—¡Quieto! —exclamó Börg agarrando el brazo de Riv en el que sujetaba su propio puñal, que iba directo al corazón del elfo oscuro—. Puede sernos útil.

—¿No has oído lo que ha dicho de Luna? —preguntó Riv furioso.

—Sí que lo he oído, y si dijeran lo mismo de Agatha tendría las mismas ganas que tú de hacerlo picadillo, pero no sabemos que hay delante de nosotros y quizás lo necesitamos. Amordazadle y llevadlo junto a Jaime. Intentad ser silenciosos, ya hemos hecho demasiado ruido —advirtió Börg dirigiéndole a Riv una mirada de reproche. Para los oídos humanos habían sido silenciosos, pero los elfos y las hadas tenían el sentido de la audición más desarrollado, y temía que la escaramuza no hubiera sido tan silenciosa como ellos creían.

Un elfo del bosque se echó al hombro el cuerpo inerte del elfo oscuro y lo llevó hasta el vampiro, mientras los otros seguían avanzando. El murmullo que habían escuchado al principio seguía aumentando de intensidad, a la vez que una luminosa claridad se dibujaba al fondo de la galería por la que discurrían.

—Me acercaré yo solo, esperad aquí mi señal —ordenó Riv ante el beneplácito de Börg.

Con cautela, el elfo se aproximó al recodo del que parecían provenir el murmullo y la luz. Resguardándose tras una saliente, observando a la vez que

intentaba no ser visto, Riv asomó la cabeza con cautela. Unas máquinas oxidadas, custodiadas por dos elfos, ocupaban toda una pared. Estaban cubiertas de interruptores e indicadores, el murmullo parecía provenir de allí. Por el aspecto, Riv supuso que era desde donde controlaban las luces que veían en el techo. Encima de la cabeza de los dos elfos oscuros había una luz mortecina, de la que partía un cable hacia el otro lado del pasillo, allí se bifurcaba en otros dos. Cada cinco o seis metros, en el techo se podía ver una de las amarillentas luces. Riv estaba seguro de que si agudizaba el oído, entre el zumbido eléctrico y las voces, podía distinguir un suave rumor de agua corriendo. Debía de haber alguna corriente de agua subterránea de la que los elfos oscuros se habían apropiado para abastecerse e iluminar las galerías, a costa del bosque y sus habitantes. Eso era algo muy propio de los elfos oscuros, odiaban a los humanos por destruir la naturaleza; pero al contrario que los elfos del bosque que buscaban vivir en comunidad, hombres, elfos y cuanto ser poblaba la naturaleza, ellos solo miraban por ellos mismos, a costa del resto sin importarles destruir su entorno. Si en un bosque se agotaban sus recursos, se iban a otro hasta que esquilaban sus reservas, y así sucesivamente. Eran dañinos y peligrosos, si las hadas blancas y los elfos del bosque no los frenaran y los controlaran, habrían acabado con el mundo años atrás sin pararse a pensar que eso suponía el fin de su propia existencia. Por el óxido que veía en las planchas de metal, esas máquinas llevaban allí más de cien años. Era una tecnología obsoleta, parcheada para que continuara funcionando un tiempo más. Con una señal, le indicó al resto que había dos vigilantes, Roc asintió, pero Natalia les hizo una seña para que la dejaran a ella. Sacó una cerbatana del bolsillo de su chaqueta, y apuntó al cuello de los elfos oscuros.

—¡Me ha picado un mosquito! —exclamó uno de ellos, dándose un manotazo donde había notado el picotazo.

—¡Y a mí, otro!

No tuvieron oportunidad de decir nada más antes de caer inconscientes al suelo.

—No os molestéis en atarlos, para cuando despierten nos habremos ido — le indicó Natalia a Roc que ya sacaba unas bridas de un bolsillo para atar las muñecas de los elfos.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó una voz desde la entrada de una de las galerías donde se bifurcaba el pasillo. Por su aspecto era una de las

hadas negras que trabajaba con los elfos oscuros. Al percatarse Natalia del movimiento de las manos de la inesperada visitante, supo que se preparaba a lanzar un hechizo, que con rapidez contrarrestó, desvelando su presencia al hada oscura que, mirándola un instante con sorpresa, se giró y corrió para alertar al resto.

—¡Al cuerno con la cautela! ¡Vamos! —exclamó Riv ordenando a los otros que corrieran tras el hada negra. Si lograba alertar a un número alto de elfos y hadas, tendrían poco que hacer.

El hada negra corría como una gacela, les sacaba varios metros de distancia. Börg y los otros la seguían, descuidando observar por donde iban, si lo hubieran hecho habrían visto cómo elfos oscuros ocultos en pequeñas oquedades de las paredes, disimuladas por salientes, los veían correr sin hacer nada por detenerlos. Su alocada persecución los llevó a un recinto en forma circular en el que parecían desembocar varias galerías. El hada negra se detuvo con brusquedad y se giró para mirarlos con una sonrisa traviesa. En ese momento, se dieron cuenta de que habían caído en una trampa: había resultado demasiado fácil entrar en las cuevas. Para confirmar sus sospechas, unos ojos de miel, llenos de malignidad, aparecieron tras el hada negra. Era Ícaro, que con una malsana mezcla de rabia y diversión los observaba.

—¿De verdad creíais que no nos daríamos cuenta de que habíais roto el hechizo? ¿Tan tontos nos creéis? —les preguntó Ícaro, a la vez que un número creciente de elfos oscuros y hadas negras los rodeaban.

—Pues ya que lo dices...—comenzó a decir Roc, a quien Riv silenció de un codazo en las costillas.

—Por lo que veo sigues igual. No te importa sacrificar a tus guerreros para lograr tu propósito —dijo Riv recordando a los dos elfos que les habían salido al paso al entrar en las cuevas, y a los otros dos que Natalia había drogado.

—Saben que son un medio para un fin.

—Tu propio beneficio.

—Es mi legítimo derecho reinar sobre los elfos oscuros, y puesto que mi hija descende de la realeza de los elfos del bosque, y es muy pequeña para gobernar, en mis manos está el control de ambos grupos.

—Te olvidas de su madre. Luna es la destinada a ocupar el trono, y en su ausencia un regente y sus consejeros lo hacen por ella.

—No me olvido de esa elfa que ha decepcionado a su especie. Es un

estorbo para mis propósitos —afirmó Ícaro para espanto de Riv—. Ha decidido no estar conmigo, así que está contra mí.

—Entonces solo me dejas una opción —declaró Riv, haciendo una seña a Börg que se encogió de hombros. Los dos generales sabían que el momento de hablar había terminado. Con Ícaro no valían las palabras, había sido capaz de asesinar a su propio padre para hacerse con el poder, no se iba a detener ante nada ni ante nadie. Era la hora de pelear y terminar con toda aquella larga disputa. Sabían que estaban en minoría y que no saldrían de allí sin bajas, pero si no se enfrentaban a Ícaro en esas cuevas, él no los dejaría pasar. Cuando estuvieran más confiados, relajados con sus familias y amigos, los elfos oscuros y las hadas negras les atacarían, destruyendo no solo sus vidas, sino las de todos los seres que poblaban la tierra. No podían permitir que eso ocurriera.

De un rápido movimiento, Riv sacó el cuchillo que llevaba oculto en la manga y se lanzó sobre Ícaro, aunque este no se dio cuenta de lo que sucedía, uno de los elfos de su guardia sí lo hizo y se interpuso entre el cuchillo e Ícaro, deteniendo la puñalada mortal. Börg desenvainó su espada e hizo frente a cuatro elfos oscuros que lo rodeaban, a la vez que Natalia le devolvía el golpe a un elfo oscuro que la había atacado por la espalda. Roc vio venir hacia él a dos hadas negras, con las manos extendidas murmurando algún hechizo. Eran más temibles que los elfos oscuros, porque no peleaban con su cuerpo, sino con su poder, siendo este mucho más letal y difícil de vencer. Roc se temió lo peor, sin embargo, uno de los elfos del bosque que les acompañaban fue más rápido que ellas y con su espada las hirió mortalmente, impidiéndoles terminar de lanzar el hechizo.

Era una lucha desigual: por cada elfo oscuro o hada negra que derrotaban llegaban dos más. Creían que aquellas cuevas eran un refugio temporal para Ícaro y sus compinches, pero nada más lejos de la realidad. Era su cuartel general, donde se estaban agrupando para, desde allí, hacerse con el control del orbe. Natalia comenzaba a sentir los primeros síntomas de cansancio, debía luchar con su cuerpo usando sus puñales y sus artes de defensa, sin dejar de contrarrestar los hechizos que las hadas negras usaban contra sus amigos. Ella era la única capaz de hacerles frente, pero a medida que lo hacía su cuerpo se desgastaba y se debilitaba.

Roc, desde el otro lado del recinto, se percató de lo que le ocurría al hada blanca. Para empeorar la situación, Natalia había dejado de vigilar su

retaguardia, y un par de elfos oscuros se acercaban a ella sin que se diera cuenta. Roc intentó impedirlo acercándose hasta el lugar donde el hada se defendía lo mejor que podía, esquivando elfos oscuros que peleaban con elfos del bosque. En su afán por ayudarla, no vio al hada negra y al elfo oscuro que se acercaban por sus laterales. Un elfo del bosque quiso avisarle, pero el elfo oscuro le clavó una flecha en la garganta, que le atravesó el cuello de lado a lado. Fue lo último que Roc vio antes de la que la oscuridad cubriera su mente.

Natalia escuchó el grito de angustia que Riv emitió al ver cómo atrapaban a su amigo, dio un paso en esa dirección, pero un golpe en la nuca la dejó sin sentido, haciendo que cayera al suelo de la cueva.

—¡Vámonos! —grito Börg agarrando el brazo de Riv para sacarlo de aquella pelea a todas luces perdida.

—No voy a abandonar a mi amigo.

—No hay otra opción. ¡Tenemos que salir de aquí ya!

Riv seguía indeciso, si bien al ver cómo otro de sus amigos, un elfo del bosque, era apresado por varios elfos oscuros, cedió ante el agarre del vikingo y emprendió la huida con él. No sería fácil, los rodeaban en gran número y no parecían muy dispuestos a dejarlos escapar. Desde un saliente rocoso, más elevado que el resto, Ícaro observaba con agrado la situación. Esos miserables habían ido hasta su hogar para matarlo, pues bien, lo habían subestimado y lo iban a pagar con sus vidas.

## Capítulo 16

**B**örg y Riv luchaban espalda contra espalda en una danza sincronizada, buscando el modo de llegar hasta la salida.

—¿Ya habéis empezado la fiesta y no me avisáis? —preguntó Jaime a pocos metros de ellos. El elfo del bosque había llegado junto a la entrada de las galerías con el cuerpo inconsciente del elfo oscuro. Cuando le dijo que iba a regresar a la gruta interior, el vampiro no lo dudó y decidió seguirle, a pesar de las protestas de Ana.

—¿Otro cuerpo inconsciente? ¿Pero por quién me habéis tomado? No he venido a velar bellas durmientes, he venido a luchar —se quejó Ana arrastrando el cuerpo del elfo junto al de Gail.

—Lo sé, cariño, pero alguien debe quedarse cuidándolos.

Jaime siguió al elfo del bosque por las galerías sabiendo que si salía bien de la lucha, que se estaba desarrollando más allá de esas extrañas maquinas eléctricas, tendría que enfrentarse a Ana que no estaba muy contenta quedándose al margen. Jaime quería protegerla, si la vampira estaba a su lado luchando, él estaría más preocupado en lo que le pudiera pasar a ella que en su propia seguridad. Aunque se enfadara con él, la quería fuera de allí.

—No te quejes, te hemos dejado unos cuantos —afirmó Börg al ver a Jaime y al elfo del bosque. Con ellos tal vez tuvieran una posibilidad de salir de allí.

Con esfuerzo, y llevándose más de un golpe y un corte, fueron logrando acercarse a la sala de maquinas y desde allí consiguieron llegar al exterior. No sabrían que harían fuera, tenían que huir llevándose los cuerpos de Gail y el elfo oscuro a la vez que seguían luchando. En el exterior no estarían en tan clara desventaja, pero seguían estando en una preocupante minoría.

—Vamos, vamos —les instaba Ana desde la puerta—. Corred hasta la roca.

¡Rápido!

Los guerreros hicieron lo que Ana les decía, viendo con espanto cómo un grupo cada vez más numeroso de elfos oscuros y algún hada negra los seguía hasta la luz del día. Sin embargo, al llegar junto a la roca, algo extraño ocurrió. Una especie de muro invisible parecía erguirse entre ellos y sus perseguidores. Riv y los otros pudieron atravesarlo y, sorprendidos, veían cómo los elfos oscuros se estrellaban contra él. Las hadas negras intentaban infructuosamente lanzar hechizos para destruirlo, pero no lo lograban.

—¿Y esto? —preguntó Börg asombrado.

—Ha sido cosa de Natalia. Es una barrera permeable que impide que quien quiera hacernos daño pueda atravesarla —explicó Riv, sintiendo alivio al ver cómo los golpes de los elfos oscuros y los hechizos de las hadas negras, nada podían hacer contra el hechizo protector de Natalia.

—¿Y él? —inquirió curioso Jaime señalando con un gesto al elfo oscuro que yacía maniatado en el suelo.

—Esta inconsciente, así que no muestra ningún signo de querer hacernos daño y por eso hemos podido atravesar la barrera con él. Tendremos que estar atentos cuando despierte —añadió Riv echando una mirada furtiva a su rehén.

—¿Las hadas negras no pueden contrarrestarlo con su magia?

—No, Ana. La magia de Natalia es más poderosa que la suya.

—Pero ahora la tienen ellos —se lamentó Börg.

—Y a Roc y a mi buen amigo, pero les rescataremos —afirmó Riv muy convencido de lo que decía.

—No podemos volver a entrar en las galerías. Miradlos, no nos dejarán pasar —se lamentó Jaime observando cómo varios elfos oscuros se habían quedado vigilándolos junto con un par de hadas negras, mientras que el resto había regresado al interior. Los elfos oscuros tenían la piel pálida, eran enjutos y con gesto mal encarado. Riv le había explicado que solían vivir en cuevas y en las zonas más sombrías de los bosques. Huían de la luz del sol, no porque les hiciera daño, sino porque gustaban de la noche y la oscuridad. Los elfos del bosque, por el contrario, eran de piel canela, rostro bello y afable y constitución esbelta. Las hadas negras eran más similares a las hadas blancas, pero si las mirabas a los ojos podías diferenciarlas. Las negras tenían ojos oscuros, y sus labios permanecían en un rictus constante de desprecio y frialdad. Las hadas blancas eran luz. Su buena amiga Agatha era la luminosidad personificada, algo que hacía extensible a cuantas personas,

plantas y objetos la rodeara. Incluso él y Ana, que eran vampiros, no eran inmunes a ella.

—Se está despertando nuestro huésped —anunció el elfo del bosque que había ayudado a sacarlo de las galerías.

—Es cosa mía —dijo Riv al ver que Börg se acercaba a él—. Tiene que haber otra entrada o varias a esas galerías.

—Cierto. Son demasiados allí dentro —conjeturó Börg—. Tienen que llevar comida para todos de alguna manera que pasen desapercibidos. Aunque aquí los intrusos sean alejados por el hechizo de las hadas negras, un camión con comida para tantas bocas llamaría demasiado la atención.

—Ícaro tiene gustos caros, no se conformará con raíces y plantas. Le gusta la carne y las frutas frescas.

—De acuerdo, inténtalo; y si no, me dejas un ratito con él.

—Descansa, General Börg, no será necesario.

Riv había dicho el nombre de su amigo vikingo en voz lo suficientemente alta como para que el elfo oscuro lo oyera. No podía menos que reconocer a Börg, la sola mención de su nombre asustaba a todos los que conocían su historia y mucho más a los que habían conocido a Tabilov. Pensaban que si había sido lugarteniente del temible vampiro, no podía irle a la zaga en crueldad y maldad. Ninguno de ellos sospechaba la ternura y el amor que llenaban su corazón. Si estaba allí luchando codo con codo con los elfos del bosque era por amor a su hada blanca y a su pequeña. Pero eso era algo que su prisionero no tenía por qué saber.

Acercándose al elfo oscuro, Riv agarró las cuerdas que lo sujetaban y lo arrastró hasta quedar ocultos de la vista de todos, tanto de sus amigos como de sus enemigos.

—Bien —comenzó a decir Riv, agachándose junto al elfo—. Te voy a quitar la mordaza que te han puesto mis amigos —continuó, conteniendo la risa al ver el calcetín rosa que Ana debía de haberle metido en la boca—. Cuando lo haga quiero que respondas a lo que te voy a preguntar ahora. Como imaginas, no tengo tiempo que perder, si no me respondes lo que quiero dejaré que Börg se encargue de ti, o tal vez se lo diga a alguno de mis amigos vampiros. ¿Tú sabes si los elfos pueden ser vampiros? ¿A lo mejor podemos averiguarlo?

—Nofff —negó el elfo intentando que su voz sonara tras la mordaza, agitando desesperado la cabeza de lado a lado.

—Me parece que nos vamos a entender, me alegro. Quiero saber por dónde

se puede entrar en las galerías de forma discreta, sin que tus amigos nos vean. Tú te quedarás fuera con mi amiga Ana. Ella es una vampira, y si no salimos de allí sanos y salvos estoy seguro de que le encantará alimentarse de ti. —El elfo desconocía que Ana sería incapaz de darle siquiera un mordisquito, por el contrario el miedo que reflejaban los ojos del elfo oscuro era real y tangible.

Riv procedió a quitarle el calcetín de la boca, y haciéndolo a un lado miró al elfo esperando su respuesta.

—Hay dos entradas: una está a un par de metros de aquí y la otra algo más alejada. Las usamos para introducir alimentos y otras cosas que necesitamos. Está oculta en los restos de un refugio abandonado.

—¿Vigilancia?

—Un elfo oscuro en cada una, que suele estar poco atento. Es un puesto de vigilancia muy aburrido, y si te toca, sueles ponerte a jugar con el móvil o te llevas compañía.

—Entiendo —afirmó Riv pensando que los elfos oscuros nunca habían destacado por saber obedecer y seguir las reglas y las normas que protegían y beneficiaban a su comunidad. Eran por naturaleza egoístas, muy de ir a lo suyo y buscar su propio interés. No obstante, era precisamente por ello por lo que nunca habían logrado su objetivo de controlar la raza élfica por entero. Algo que por desgracia había cambiado gracias al ambicioso de Ícaro—. ¿Hechizos?

—No, ninguno. Las hadas negras no están muy dispuestas a hacer un hechizo si no reciben algo a cambio.

—Hicieron el de la entrada.

—Eso fue porque Ícaro amenazó con echarlas de las cuevas si no lo hacían. Hay un grupo de nueve.

Roc había terminado con dos de ellas, y estaba seguro que había visto a una tendida en el suelo antes de huir. Con sus hechizos y su sangre venenosa para los vampiros, eran más peligrosas que una flecha de los elfos oscuros que era algo físico que podían esquivar.

—General —lo llamó el elfo del bosque sin asomar la cabeza.

Volviendo a colocar el calcetín en la boca del elfo oscuro, Riv se puso de pie y camino hacia su amigo.

—He llamado pidiendo refuerzos, pero tardaran un par de horas en llegar.

—No tenemos ese tiempo —negó Börg pensando en sus tres amigos prisioneros en manos de Ícaro. No quería pensar en que ya podían estar

muerdos, prefería imaginar que estaban retenidos como moneda de cambio para obtener algo por ellos o sacarles información igual que ellos hacían con sus prisioneros—. ¿Te ha dicho algo?

—Hay otras dos entradas, una cerca de aquí.

—¿A qué esperamos? —preguntó Jaime.

Guiados por el elfo oscuro fueron hacia allí, llevando entre Riv y el otro elfo del bosque a Gail que empezaba a recuperar la consciencia, pero aún estaba perdido en una especie de duermevela.

—Ana, tú...

—Ya, ya —contestó la vampira impaciente al vikingo—. ¿Y por qué no queda otro en mi lugar? Yo también puedo pelear.

—Por supuesto, cariño, pero me quedo mucho más tranquilo si te quedas con Gail y con nuestro prisionero.

—Además te necesitamos —intervino Börg—. Si tardamos en salir tendrás que explicar a los refuerzos que vengan cómo llegar hasta nosotros.

—Y tienes permiso para beber su sangre y transformarlo en vampiro —añadió Riv haciendo un guiño a una sorprendida Ana que no entendía nada de lo que le decía el elfo del bosque.

Estaba más que harta de tanta testosterona. Ni hombres ni elfos ni vampiros, todos eran igual de paternalistas. Se quedaría con Gail porque le daba pena como estaba por haber ayudado a su amiga Natalia, pero en cuanto se recuperara las cosas serían diferentes. Con aprensión, vio cómo los cuatro guerreros desaparecían por la entrada a las galerías: una trampilla de madera disimulada por unos helechos. Jaime le lanzó un beso antes de desaparecer por esta.

Una escalera de madera, que había conocido mejores épocas los llevó hasta unos dos metros bajo tierra. El suelo estaba cubierto de barro y charcos, los días anteriores había llovido y la trampilla no debía de ajustar tan bien como debería. Jaime notó cómo los zapatos se le llenaban de agua y maldijo para sus adentros.

—Quietos —susurró Jaime. Con su agudo olfato, había captado un olor a sudor que debía de provenir de algún elfo que debía de estar vigilando delante de ellos.

Con sigilo se acercaron y vieron cómo un elfo oscuro dormitaba apoyado contra la pared. Antes de darle oportunidad a despertarse, lo maniataron y lo amordazaron, quitándole el arma de las manos, un burdo cuchillo de hoja

mellada.

—Lástima, de acero toledano —afirmó Börg mirando con atención el arma—. Estos elfos no saben ni cómo conservar en buen estado sus armas.

—Según nuestro amigo de fuera, dentro de un par de metros el pasillo se bifurcará en dos. Un túnel lleva hasta las mazmorras, donde esperemos que estén nuestros amigos aún con vida, y el otro pasa junto a la cueva donde almacenan los alimentos y la armería —explicó Riv.

—Nos dividiremos. Jaime y tú —ordenó Börg al elfo del bosque— iréis a por Natalia y los otros. Riv, nosotros intentaremos ganar tiempo y encontrar a Ícaro.

Todos asintieron e hicieron lo que el vikingo había dicho, sin decir en voz alta lo que todos pensaban: estaban en minoría, si lograban salir con vida de allí sería un milagro.

Jaime y el elfo siguieron el túnel que descendía varios metros dentro de la tierra. La sensación de humedad y el olor a rancio iba en aumento. Pronto vieron una luz amarilla mortecina al fondo y escucharon unos quejidos. El elfo del bosque, incapaz de quedarse detrás de Jaime, inició una alocada carrera hacia el lugar de donde parecía llegar el sonido. Cuando el vampiro lo alcanzó, lo vio arrodillado junto a una reja de hierro, cogiendo una mano del elfo del bosque que yacía en el suelo con una fea brecha en la cabeza.

—Leo, cariño, ¿estás bien? —preguntó el elfo que estaba fuera.

—Tec, no deberías haber venido.

—No podía dejarte solo —dijo Tec besando la mano de Leo, que le sonreía con cariño desde la bruma de la inconsciencia que el golpe en la cabeza le había causado.

—Leo tiene razón, no deberías haber venido —afirmó Roc, saliendo de la oscuridad en la que contemplaba el recuento de los dos amigos, desde una celda situada enfrente de la de Leo—. Son muchos, no hay nada que podamos hacer.

—Abriremos las cerradura —dijo Jaime dando un fuerte golpe a la oxidada cerradura, con el que solo logró que soltaran chispas.

—No lo lograrás, un hada negra la ha hechizado. Solo otra hada puede abrirla, por eso estamos aquí solos, sin vigilancia —les explicó Roc.

—Creía que las hadas negras solo hacían hechizos a cambio de algo.

—Y así es, Jaime. Ícaro les ha dado a Natalia. Quieren extraerle su magia para fortalecer la suya.

—¿Dónde la tienen?

—No lo sé, se la llevaron por el otro túnel.

—Börg y Riv han ido por él, me uniré a ellos y buscaré a Natalia.

—¡Voy contigo! —exclamó Tec poniéndose de pie—. Encontraré a un hada y deshará el hechizo.

—Pues aquí nos tienes —dijo una voz femenina a su espalda—. Mira que monos, han venido ellos solitos a las celdas, nos han ahorrado las molestias de traerlos hasta aquí.

Eran dos hadas negras que los miraban con superioridad desde la entrada a la zona de las celdas. Jaime y Tec se posicionaron dispuestos a luchar, pero una de las hadas fue más rápida y lanzó un dardo al vampiro. Al recibir el picotazo, Jaime sintió un dolor que le paralizó todo el cuerpo, convirtiéndolo en una estatua de carne y hueso, incapaz de moverse. Antes de que le hiciera efecto en su totalidad, pudo ver cómo Tec caía al suelo por efecto de otro dardo.

—Es una droga paralizante hecha con una gota de mi sangre diluida —explicó sonriendo el hada negra que había lanzado el dardo—. No te matará como si hubiera sido pura, pero te mantendrá en este estado para siempre. Podrás ver y oír lo que pasa a tu alrededor, sin poder intervenir. Tu cerebro seguirá funcionando atrapado en la jaula de tu cuerpo. Verás cómo traemos aquí a tus amigos hasta que Ícaro decida qué quiere hacer con ellos. Pero a tu mujer, sí, no me mires así, sé que amas a esa maldita vampira que está ahí fuera, la traeré delante de ti y le daré a beber de mi sangre, la verás morir sin poder hacer nada.

—Igual que nosotras vimos morir a nuestra reina Ópalo a vuestras manos.

Entre las dos hadas negras metieron a Tec en otra celda, repitiendo en la cerradura el mismo hechizo con el que habían sellado las celdas de Roc y Leo. Salieron rápidas de allí, para regresar al lugar donde sus cuatro compañeras trataban de extraer la magia al hada blanca, que se resistía de forma digna de admirar, si no fuera su enemiga. Antes de entrar en la cueva donde la tenían, cuya entrada estaba disimulada con una estantería en la armería, escucharon cómo se desarrollaba una nueva pelea no lejos de allí. Aquello no era asunto suyo. Se habían encargado de dos de ellos a cambio de desentenderse de lo que ocurriera después, ya tenían lo que querían: Natalia.

Börg se había desprendido de la cazadora y luchaba con los brazos descubiertos. En una mano blandía con precisión la espada que le había

acompañado desde sus lejanos años de guerrero vikingo, y en la otra, el hacha de manga corta que ya le había salvado una vez la vida gracias a Agatha. ¡Su hada! Si tenía que morir allí, sus últimos pensamientos serían para ella y su pequeña. No se lo pondría fácil a aquellos elfos oscuros, pelearía hasta su último aliento.

Riv también había dejado su cazadora en el suelo, junto con la medalla que mantenía ocultas sus orejas de elfo. Pero no era solo eso lo que había quedado revelado al quitarse la medalla y desaparecer su hechizo ocultador: unos intrincados tatuajes en unos increíbles tonos verdes y marrones habían aparecido en sus brazos, haciendo comprender a los elfos contra los que luchaba su linaje y su grado de general. Solo había una cosa que le parecía rara: a Ícaro no lo veía por ninguna parte. Era extraño que no estuviera contemplando cómo acababan sus elfos con ellos. Porque eso estaba claro, aunque estaba luchando junto con el guerrero más fiero de todos los tiempos, ellos dos cada vez estaban más agotados, mientras que los elfos oscuros se sucedían uno tras otro bajo su espada. Eran cuarenta contra uno, imposible pensar en ganar. Solo esperaba que estuvieran logrando ganar tiempo para que Jaime liberara al resto.

## Capítulo 17

Ana daba vueltas inquieta, Gail se mareaba solo de verla. Sus miembros comenzaban a responderle, pero no podía pensar con claridad. Junto a él, un elfo oscuro permanecía tendido, con los brazos y las piernas atadas con firmeza y un calcetín rosa en la boca, que estaba seguro de que pertenecía a la vampira.

—Ya tenían que haber vuelto —repetía la joven nerviosa, mirando con odio al elfo que cerraba los ojos asustado cada vez que ella se le acercaba.

—Tendremos que esperar a que lleguen los refuerzos —dijo Gail poniéndose de pie con inseguridad—. En menos de una hora estarán aquí.

—Puede ser tarde, para entonces estarán todos muertos.

—Ana, tenemos que esperar —replicó el elfo, sujetándola por los hombros—. Todavía estoy algo mareado, y no te sería de gran ayuda ahí abajo. ¡Tú sola no puedes bajar a las galerías! —exclamó Gail al ver que Ana no asentía a sus palabras.

—¿Quién te ha dicho que voy a bajar sola? —le preguntó Ana, sonriendo al escuchar las ruedas de un coche que se aproximaba hasta donde ellos estaban.

—Espera, no sabemos quiénes son. Pueden ser más elfos oscuros o algún hada negra.

Con desesperación, Gail vio cómo aquella insensata salía de su escondrijo para hacer señas agitando los brazos al conductor del coche rojo que se acercaba. Extrañado, pensó que no era el más adecuado para adentrarse en un camino lleno de barro y charcos, ni para pasar desapercibido entre los habitantes de la zona. El coche se detuvo y, al abrirse las puertas, bajaron de él cuatro mujeres vestidas con unos tacones imposibles y unos conjuntos más propios para salir de fiesta que para ir de excursión al bosque. Entre ellas

destacaba una pelirroja de ojos verdes, a la que reconoció enseguida: era Luna, la princesa elfa. A su lado estaba Ruth, una elfa con la que había compartido días de entrenamiento en Escocia. Una tercera mujer rubia, más bajita, miraba a su alrededor con sus enormes ojos azules. Desprendía un aura vibrante y magnética que podía sentir desde donde estaba. A la que no conocía era a la cuarta mujer, que parecía salida de una leyenda de Amazonas. Podía ver en ella a una astuta guerrera, que observaba y analizaba su entorno de un rápido vistazo, deteniendo su mirada en él.

—¡Cuánto habéis tardado! —se quejaba Ana a la rubia, que no podía ser otra que Agatha, el hada blanca cuya pareja era el general vikingo.

—¿Tardado? En cuanto nos ha llegado tu mensaje nos hemos subido al coche. Ni siquiera nos hemos cambiado.

—Por cierto, Agatha, ¿qué hacéis tan arregladas?

—Después de pasar ayer todo el día penando por las esquinas, preocupadas por vosotros, sin poder hacer nada a kilómetros de distancia, a Ruth se le ocurrió que podíamos salir a tomar una copa para despejarnos. Y no llevábamos ni cinco minutos juntas cuando nos llamaste.

—¿Y las niñas?

—Están seguras con Hércules y Lino —respondió Atenea por ella, acercándose hasta Gail.

—En realidad mi abuela Micaela también se ha quedado con ellas. Están en el piso de Macarena y Julián, con los «niñeros» cuidándolas.

—¡Niñeros! Si ellos son canguros, yo soy la Cleopatra. Esos cuerpos y esos músculos no salen de acunar bebés llorones —afirmó Ana mirando a Atenea con detenimiento. Ella era otra de las supuestas niñeras, y más bien tenía aspecto de heroína de videojuego.

—Dejaros de cháchara —las riñó Ruth—. ¿Dónde están los otros? ¿Y qué le ha pasado a Gail?

Ruth se acercó preocupada a su amigo que estaba pálido y con los ojos vidriosos, tenía aspecto de estar recuperándose de una gripe. Ana les contó lo que había ocurrido desde que habían salido de Salamanca el día anterior. Ruth sintió que le arrancaban parte de su ser al saber que Natalia había sido hecha prisionera. No era la única, Agatha no pudo contener las lágrimas cuando supo que desde hacía tres horas no sabían nada de Börg y el resto de sus amigos.

—Deja que te vea, Gail —pidió Agatha con una sonrisa, secándose las lágrimas, al elfo del bosque que algo dubitativo se acercó al hada blanca. Al

extender sus manos hacia él, comenzó a notar un ligero cosquilleo bajo su piel, como si un millar de hormigas la recorrieran. No era incómodo, en realidad, era más bien agradable. A medida que el cosquilleo aumentaba, su vitalidad se recobraba. Sus piernas ya no temblaban bajo su peso, y la cabeza ya no la tenía tan embotada—. ¿Mejor? —preguntó cariñosa Agatha.

—Sí, muchas gracias.

—¡Cojamos las armas! —ordenó Atenea dirigiéndose al coche.

—¿¿Armas?? —preguntaron Ana y Gail al unísono.

—Cuatro cosillas —respondió Agatha quitándole importancia con un gesto de la mano—. Lo que teníamos en el coche y un par de arcos más que Ruth tenía en casa.

Del maletero comenzaron a sacar arcos, flechas, cuchillos, lanzas, espadas cortas y hachas que fueron sujetando a su cuerpo con tiras de cuero. Ana y Gail las contemplaban atónitos, vestidas de fiesta, pero armándose hasta los dientes.

—¿Vosotras a qué clase de gimnasio vais? —preguntó Ana al ver cómo su amiga Agatha daba vueltas en su mano a una daga, con soltura.

—A uno donde nos enseñan a defender lo nuestro —contestó Luna colocándose un carcaj a la espalda lleno de flechas negras—. ¿Me pasas la espada corta, Atenea? Gracias.

—Agatha, estoy muy enfadada.

—Lo siento, Ana, pero si os decíamos lo que estábamos haciendo, hubierais intentado disuadirnos.

—¿Disuadiros? Estoy enfadada porque no me lo dijisteis para unirme a vosotras —afirmó Ana molesta.

—Tú eres una vampira —afirmó Ruth, intentando calmar a su amiga—. Las armas de los elfos no pueden matarte, solo lo haría una gota de sangre de un hada, y contra eso no hay entrenamiento posible —concluyó la elfa encogiéndose de hombros.

—¿Y para mí hay algo? —preguntó Gail asomándose al maletero como un niño a un tarro de caramelos.

—¿Qué tal esto? —contestó Atenea tendiéndole una lanza y un hacha.

Gail sonrió, la preciosa amazona que tenía delante le estaba dando justo algo con lo que tenía pocos adversarios que le igualaran su destreza: una lanza. Armado con ella, era capaz de ejecutar una danza mortal y bella por igual. Siguiendo a las dos elfas, con la vampira detrás de él y el hada a la

cabeza junto con la mujer a la que llamaban Atenea, se dispuso a rescatar a sus amigos.

«Se llama igual que la diosa griega de la guerra. Mejor no pregunto, pero aquí hay algo raro», pensó Gail observando al grupo variopinto de guerreras con las que iba a luchar. Esperaba que sus amigos siguieran vivos, aunque solo fuera por ver la cara de ellos cuando las vieran a ellas.

—La entrada secreta está por ahí, junto donde veis a ese elfo oscuro envuelto como una longaniza —explicó Ana—. Si entramos todas, tendremos que dejarlo sin vigilancia.

—No te preocupes, no se moverá —aseguró Agatha lanzando un hechizo inmovilizador al elfo, que aún sin el hechizo no tenía intención de moverse de donde estaba. Viendo a aquellas mujeres, estaba más seguro allí tendido.

—¿Entrada secreta? —protestó Atenea—. Paso de arrastrarme por un túnel, iremos por la puerta y quien trate de impedirnoslo, ya cambiará de idea.

Nada más entrar en la cueva, dos elfos oscuros salieron a su encuentro. Al verlas sonrieron libidinosos, pero antes de que pudieran hacer ningún ruido, Ruth y Luna les golpearon con sus hachas, que habían lanzado en perfecta sincronía. Pasaron junto a las extrañas máquinas y siguieron caminando por las galerías. Hasta ellas llegaba un ruido de entrechocar de espadas, gritos de lucha. Al volver un recodo, vieron cómo Börg luchaba contra tres elfos, sangrando con profusión por varios cortes. A la vez, Riv estaba siendo arrinconado contra una pared por dos elfos oscuros, sin darle posibilidad de escapatoria.

—Vamos, chicas, es hora de demostrar lo que habéis aprendido —las animó Ruth corriendo a ayudar a Riv, seguida de Luna.

Agatha y Ana fueron en ayuda de Börg, mientras Gail y Atenea se centraban en dispersar al resto de elfos, que como una manada alentaban a sus compañeros a herir mortalmente a Börg y a Riv.

—¡Agatha! —exclamó el vikingo sorprendido al ver aparecer entre los elfos que lo atacaban, el rostro de la mujer que tanto amaba. Sin poder creer lo que veía, armada con una daga corta y una espada tan larga como su brazo, su hada blanca logró desarmar y derrotar a uno de los elfos oscuros, en un instante.

—La próxima vez que por un subidón de testosterona me digas que me quede en casa cuidando a nuestra hija, mientras tú vienes a luchar, te recordaré lo bien que se os ha dado esta vez.

—Pero, cariño... —trató de explicarse Börg, sin dejar de defenderse con la espada de otro elfo que había ocupado el lugar que había dejado el elfo al que Agatha había vencido.

—¡No hay peros! —exclamó Agatha, cortando con su daga el brazo de uno de sus atacantes—. Si tú luchas, yo lucho. Si tú peleas, yo peleo. Si tú amas, yo amo.

Börg miró con infinito amor a la mujer rubia que sin dudarle un segundo se situaba a su lado, para luchar junto a él. Con fuerzas renovadas, Börg se irguió y gritando con fiereza retomó la posición perdida, antes de que lo arrinconaran aquellos tres elfos.

Riv contemplaba maravillado a la princesa elfa que luchaba a su lado sin amilanarse. Lanzaba flechas a la vez que se defendía con un hacha, algo que no había aprendido mirando un tutorial de Youtube. Llevaba un vestido negro que se le ajustaba como una segunda piel, y unas botas de tacón con las que su mente jugaba con él, haciéndole imaginar lo que sería verla vestida solo con ellas. ¿En qué estaba pensando? Tenía que centrarse en salir vivo de allí y buscar a Roc y los otros, donde quiera que estuvieran.

Luna sentía que era capaz de luchar como si toda la vida lo hubiera hecho. No tenían que pensar, su brazo actuaba. El duro entrenamiento al que Ruth y Atenea las habían sometido todos aquellos días parecía surtir efecto. No lo iba a confesar, pero estaba aterrada. Aquellos elfos oscuros eran malignos, buscaban matarla. Ella, por el contrario, solo buscaba defenderse, pero no podía seguir haciendo eso solo si querían tener una oportunidad. No veía a Ícaro, no estaría lejos, él era cosa suya. Se había burlado de ella dos veces y había secuestrado a su hija. Nunca se lo perdonaría.

Börg observaba consternado cómo el flujo de elfos oscuros que llegaban desde las galerías más subterráneas iba en aumento. Agatha, con su poder, podría paralizar a unos cuantos, pero para ello tendría que dejar de pelear y no se lo podía permitir. Si lo hacía, él solo no sería capaz de defenderlos a ellos dos. Buscó a Ana con la mirada, la había visto llegar con las otras guerreras, si bien ya no la veía. Suponía que habría ido en busca de Jaime, al que tampoco había vuelto a ver desde que se marchó con Roc hacia las celdas. Esperaba de todo corazón que estuvieran bien. Aunque dos veces habían logrado frenar a sus atacantes e intentado ir en su busca, no habían podido alcanzar su objetivo. Se habían visto obligados a ocultarse, para reponer fuerzas e intentar taponar las heridas que llenaban sus cuerpos. Riv llevaba

una bolsa con un emplasto hecho de plantas y barro que al menos, durante unos minutos, cortaba las hemorragias y taponaba las heridas. Si no se movían demasiado las cerraba por completo, algo que no podían permitirse porque la lucha continuaba y debían seguir peleando. Al otro lado de la gruta, veía a Ruth y a Atenea luchar. Si tan solo pudiera hacerles entender que su única opción de ganar era rodear a Agatha, a modo de escudo defensivo, para que pudiera lanzar alguno de sus hechizos, tendrían alguna posibilidad.

—¡Riv! —gritó Börg intentado que Riv o Luna lo vieran y se acercaran a ellos. Los elfos oscuros luchaban con inteligencia y procuraban separar a sus oponentes, para que no pudieran ayudarse entre sí.

Luna se percató de que el vikingo los llamaba y le hizo una señal a Riv, que impotente, se encogió de hombros. Gail estaba cerca de ellos, pero cada vez que lograba aproximarse a sus amigos, algún elfo oscuro se ponía en su camino. Nervioso, vio cómo Riv perdía su hacha, estaba debilitado y cansado por las horas de lucha. Luna, al verlo, no lo dudó, se colocó delante de él a modo de escudo. No lo tendrían fácil, pero al menos si no lo lograban, se llevarían por delante a unos cuantos de aquellos indeseables elfos.

## Capítulo 18

**B**örg se apoyó un segundo en la pared que tenía detrás, buscando dar un descanso a su castigado cuerpo. Atenea había logrado acercarse a ellos, y junto con Agatha peleaban en perfecta sincronía. Algo le decía que la diosa era la responsable de que Luna y Agatha estuvieran luchando sin pestañear como dos auténticas guerreras. Estaba orgulloso de Agatha, ya no tenía nada que ver con aquella rubia de ojos tristes que se derrumbó al morir su abuela. Era una mujer fuerte y capaz de enfrentarse a todo. Su don de hada no había hecho otra cosa sino dejar salir todo lo que hasta entonces había permanecido oculto en su interior.

—¡Börg, mira! —gritó Agatha para hacerse oír por encima del fragor de la lucha.

El vikingo dirigió sus ojos en la dirección que le indicaba su hada, un grupo de elfos oscuros parecía rebelarse contra sus mismos congéneres. Al fijarse con detenimiento vio unas ligeras diferencias entre ellos, su piel no era tan pálida y sus rasgos se asemejaban algo más a los elfos del bosque. Riv, al notar una disminución en el número de atacantes, buscó con la mirada que lo había motivado.

—¿Quiénes son? —preguntó Luna.

—¡La resistencia oscura! Muchos piensan que son un mito —respondió Riv sin creer lo que veía. Había oído hablar de un grupo de elfos oscuros que se oponían a las ideas de destrucción y primacía de Ícaro y los suyos. Se suponía que se ocultaban en algún lugar de los bosques de Rumania, manteniéndose a distancia de ambos bandos. No obstante, nadie que él conociera los había visto, así que Riv no terminaba de creerse que existían. ¡Y allí estaban! ¡Eran más de veinte!

—Gail, ¿los has visto? —le preguntó al elfo del bosque que con la llegada de los nuevos guerreros había logrado acercarse hasta Riv y Luna.

—No quise decirte nada antes. Al saberse los movimientos de Ícaro, intentamos contactar con ellos. Les dejamos mensajes en los lugares donde suponíamos que solían estar, pero no sabíamos si contestarían.

—Pues han venido —comentó Luna observando con curiosidad a los recién llegados.

—Y no solos —anunció Ruth que también había conseguido acercarse a ellos.

Unos diez elfos del bosque parecían haber llegado junto con los elfos de la resistencia oscura. ¡Ahora sí que tenían una oportunidad!

—Rodead a Agatha —ordenó Börg, sangrando con profusión de un corte en el costado que le dificultaba respirar—. Tenemos que conseguir que no se acerquen a ella durante unos minutos para que pueda hacer su magia.

—Cariño, no necesito más que un minuto —pestañeó coqueta Agatha, besando a su vikingo.

Atenea puso los ojos en blanco al verlos, la rubia había peleado como una auténtica amazona, pero seguía sin tomárselo con seriedad. Quizás por eso le caía tan bien.

Agatha dejó las armas en el suelo, cerró los ojos y trató de aislarse del entrec chocar de espadas y los gritos de dolor. Sus sentidos se fueron afinando, captando los diferentes sonidos y olores. Para el hada blanca, cada especie sobre la tierra tenía su propio olor, sus propios sonidos, su propia esencia. Si se concentraba, era capaz de distinguir una de otra. Como en ese caso, en que buscaba las características que distinguían a los elfos oscuros de los elfos del bosque, e incluso de esos elfos oscuros que acaban de llegar que olían a mimosas. Los que buscaba olían a tierra, a moho y a suciedad, captó la sutil vibración de sus corazones y se unió a su compás, ajena a lo que la rodeaba. Luna echaba fugaces miradas a su amiga, sin dejar de pelear. Desde que sabía la verdad de cuanto la rodeaba, había visto al hada blanca realizar pequeñas cosas, como curar heridas a Sofía y a los hijos de Macarena, hacer reverdecir una planta que se le había olvidado regar, cosas así. Nada como lo que estaba presenciando. En torno a su figura, un suave resplandor había aparecido, en un suave tono azulado.

—Tranquila, no le pasará nada —le aseguró Riv.

Luna veía la mirada preocupada de Börg y no estaba tan segura de ello.

Entonces ocurrió algo extraño: los elfos con los que peleaban, bajaron sus armas y, llevándose una mano al corazón, cayeron al suelo, sobre los cuerpos de sus compañeros y los charcos de sangre mezclada con barro. Solo ellos quedaron en pie junto con los elfos oscuros que los habían ayudado. Los guerreros se quedaron con sus armas en posición de ataque, observando sorprendidos cómo el elfo oscuro que los estaba atacando dejaba de hacerlo.

—¿Los has matado? —preguntó asustada.

—No. Aún en el mal puede haber algo bueno por pequeño que sea. Están inconscientes, nada más.

—¿Eres el hada blanca de la que tanto hablan? —preguntó uno de los elfos oscuros recién llegados. Ruth y Börg, al verlo acercarse, instintivamente se colocaron delante de Agatha. No se fiaban, en un elfo oscuro no se podía confiar.

—Tranquilo, cariño, no me hará nada —afirmó poniendo su mano sobre el brazo de su amado. Sonriendo, miró al elfo que le había hablado y respondió a su pregunta—. Supongo que sí. Me llamo Agatha, ¿y tú?

Para espanto de sus amigos, Agatha tendió su mano hacia el elfo, que sin quitar la vista del gigante rubio con malas pulgas que protegía al hada, dejó la espada en el cinto para devolverle el saludo.

—Soy Flavour —respondió el elfo. Era alto, musculoso, con penetrantes ojos marrones y el pelo castaño. A Agatha le recordó a Rollo, uno de los protagonistas de la serie *Vikingos* que le gustaba ver, a pesar de las protestas de Börg por la poca exactitud de algunos hechos que narraban, a lo que Agatha le respondía: «Si quiero verosimilitud, leo un libro de historia. Quiero entretenerme un rato sin más.»

—Este gruñón que tengo a mi lado es Börg, y el elfo que está a mi derecha es Riv. Ellas son Luna y Ruth, que como ves son elfas.

Luna no se había dado cuenta, pero había perdido la medalla en la contienda, y sus orejas lucían puntiagudas, mostrando su verdadera personalidad élfica. Al escuchar el comentario de su amiga, palpó su cuello y ahogó un grito de disgusto al descubrir su pérdida.

—Creo que has perdido algo —le dijo Riv, sonriéndole, a la vez que le tendía su medalla con una mano llena de arañazos.

—¡Oh! —Luna no era capaz de hablar. El talismán le recordaba a sus padres, era lo que la unía a ellos. Significaba mucho para ella, y perderlo habría sido como perder lo que le quedaba de ellos. Sin embargo, no se lo

puso. En esas cuevas, tras la pelea, había algo que la hacía sentir una elfa, y esa sensación la instaba a no ponerse aún la medalla. Así que, devolviendo la sonrisa a Riv, se la guardó en un bolsillo y lució sus orejas con orgullo, admirando por primera vez los intrincados tatuajes de los brazos de Riv.

«Tengo que verlos más de cerca», pensó Luna imaginándose dentro de una ducha con Riv, enjabonando los tatuajes para quitarles el barro y la sangre. Esos pensamientos hicieron que se ruborizara al mirar a Riv a los ojos.

Gail y Atenea se mantenían a prudencial distancia, vigilando con los elfos del bosque que habían llegado desde Portugal a ayudarles.

—¿Quién ostenta el mando? —preguntó Flavour dudoso al mirar la mezcla ecléctica de guerreros reunidos.

Riv titubeó mirando a Börg, ya que el vikingo era, tanto por su edad como por su experiencia en mil batallas, el líder del grupo por naturaleza propia. Este le hizo una pequeña indicación con la cabeza instándole a responder al elfo oscuro. Estaban en tierra élfica, rodeados de decenas de elfos, el líder tenía que ser uno de ellos si querían tener la posibilidad de aglutinar tan diversas voluntades. Riv se decidió y dando un paso adelante comenzó a hablar.

—Soy Riverland, general de los elfos del los bosques. Ella es la princesa Luna, de la dinastía de los primeros elfos que poblaron la tierra.

Para sorpresa de la propia Luna y sus amigos, todos los elfos allí presenten se arrodillaron ante ella, demostrándole pleitesía y respeto. Agatha miró con atención a su amiga, y en su brazo, por encima del codo, distinguió un tatuaje que no había visto antes.

—¡Luna! ¡Tu brazo!

—Son los tatuajes que la distinguen como soberana de todos los elfos, tanto del bosque como los oscuros —explicó Ruth.

—No estaban antes —negó Luna asustada, pasando la mano por ellos, con miedo.

—Siempre han estado ahí —le dijo Riv—. La medalla los ocultaba, al igual que tus orejas.

—Eso no es posible, cuando me quité la medalla aquel día con Ruth no tenía nada, estoy segura. Llevaba una camiseta sin mangas para el entrenamiento; bueno, para el gimnasio, quiero decir —rectificó Luna ante el poco discreto pisotón que Agatha le había dado, que nerviosa sonreía a Börg.

—Estás en territorio élfico, y algo me dice que durante la lucha has tomado

conciencia de lo que eres en realidad. Una elfa, y no una elfa cualquiera. ¿Me equivoco? —le preguntó Riv orgulloso por la bella elfa que tenía delante. Se había convertido en una excelente guerrera para poder defender a su hija, y durante el entrenamiento y la lucha que acaban de disputar, su verdadero ser había tomado el control. Estaba más bella que nunca, con la coleta deshecha, dejando que sus rizos pelirrojos se escaparan sin control. Las botas llenas de barro, el vestido con numerosos jirones, sudorosa y cansada, pero a pesar de ello, destacaba entre todos ellos por su porte y su gracia. La amaba, hasta la última gota de sangre que corría por su venas, hasta la más pequeña célula de su cuerpo lo sabía, era ELLA, siempre lo había sido.

—Tendrás que explicarme lo del gimnasio, Agatha —afirmó Börg mirando a su hada. Antes, esa mirada de hielo la hubiera asustado, pero en ese momento le parecía de lo más tierna, aunque ninguna de sus amigas compartiera su opinión.

—Sí, cariño, y tú me explicarás cómo fuisteis tan tontos de meteros solos en la boca del lobo.

Flavour asistía en silencio al intercambio de palabras entre aquellas dos singulares parejas. Él no había tenido nunca lo que veía en ellas: amor, puro y sincero amor. Los dos elfos no parecían estar emparejados, no veía en sus cuerpos los tatuajes que durante la ceremonia de unión eran grabados en sus brazos. Algo le decía que aquellos dos aún no sabían lo que querían.

—Veamos —comenzó a decir Riv, aclarándose la garganta y evitando mirar a Luna para no distraerse—, está claro que vosotros sois miembros de la resistencia oscura.

—Así es.

—Creía que vuestra norma era no implicaros en las disputas entre nosotros y vosotros —intervino Ruth ganándose una mirada de reproche de Gail.

—Algunos de nosotros no hemos sido capaces de mantenernos al margen. Ícaro y los suyos no solo quieren acabar con el hombre, sino con la naturaleza. Si siguen con su uso indiscriminado de las fuentes naturales, sin importarles el daño que puedan hacer a nuestro ecosistema, no quedará nada. Esas máquinas que he visto al entrar me hacen pensar que están usando alguna corriente de agua subterránea para tener la luz artificial que alumbra estas galerías. Lo que implica que están poniendo en peligro la vida que pueda haber en esa corriente, y la de todas las especies que beben de ella.

—Por no hablar de lo que deben estar contaminando —añadió Luna—.

Están oxidadas, seguro que están vertiendo un montón de sustancias nocivas en ella.

—Algunos elfos oscuros hacen eso —dijo Flavour pesaroso—. Llegan a un lugar, lo colonizan y extraen todos los recursos que pueda haber en él. Cuando ya no queda nada, van a otro lugar y vuelven a empezar el ciclo. Muchos elfos oscuros no estamos de acuerdo con esa forma de vida. Queremos vivir lejos de los hombres y de los elfos del bosque, a nuestro aire y sin interactuar con ellos, pero no compartimos su idea de destrucción. —Flavour hizo una pausa, buscando el consenso de sus compañeros, el resto de elfos oscuros que habían ido con él, estos asintieron al oír sus palabras.

—Me alegra saberlo y agradezco vuestra ayuda. No pudo llegar en mejor momento. Hay trabajo por hacer —continuó Riv, dirigiéndose al resto—. Agatha, ¿cuánto tiempo permanecerán inconscientes?

—No creo que mucho más.

—De acuerdo, los elfos oscuros de la resistencia y los elfos del bosque que acabáis de llegar ayudareis a Gail a atar e inmovilizar a todos los que podáis. Según el elfo oscuro que atrapamos, hay unas celdas donde puede que tengan a Roc, Leo y Tec. Luna y Flavour, ¿me ayudáis a buscarlos?

—Claro —aseguró Luna.

—Por supuesto —corroboró Flavour. Riv no dudaba de sus palabras, pero prefería tener cerca al elfo oscuro, para poder controlarlo mejor.

—Voy a buscar a Natalia —anunció Ruth.

—Iremos contigo —afirmó Börg, ahogando un grito al sentir la mano de Agatha tocando sus heridas, a medida que las iba cerrando. La del costado era especialmente dolorosa. Estaba seguro de que la lanza con la que lo habían herido estaba impregnada de algún veneno, ya que se sentía algo indispuerto.

Nada más tocar la herida, Agatha supo que había veneno en ella. Podía sentir su energía negativa. Se concentró y realizó un hechizo que había leído en el cuaderno que su abuela Margarita le había dejado al morir, custodiado por Börg. Al ver la cara de alivio del vikingo, supo que lo estaba haciendo bien.

—¿Ves? Esto te pasa por venir tú solo a pelear.

El resto de los guerreros disimuló una sonrisa al ver a la pequeña hada rubia reprendiendo al gigante vikingo que giraba los ojos con resignación. Cogiéndola de la mano, siguieron a Ruth en busca de Natalia. Nadie sabía nada de ella ni de ninguna de las otras hadas negras. Habían desaparecido sin más.

Atenea, junto con dos elfos del bosque, fue a custodiar las dos entradas que conocían. Cada uno de los elfos se encargó de una de las entradas secundarias, y Atenea, de la principal. No querían verse en desventaja de nuevo por la llegada de refuerzos inesperados para el bando de Ícaro. Gail la vio partir, sin poder disimular su admiración y su deseo a partes iguales. La diosa era la mejor guerrera que había visto nunca, algo que despertaba su libido como pocas féminas lo habían hecho antes.

## Capítulo 19

Riv, Luna y Flavour, junto con dos elfos oscuros, fueron hacia las celdas, encontrando a elfos inconscientes en el suelo. Flavour dio orden a los suyos de que los maniataran y así asegurarse de que, si despertaban, fueran inofensivos. Al llegar a la zona de las celdas, el olor a orín y excrementos les azotó como un manotazo. Tras las primeras rejas no vieron a nadie, pero en las siguientes encontraron a sus amigos. Roc, estaba despierto, con Jaime tendido a su lado, inconsciente. Leo y Tec estaban en otra celda, el primero con sangre seca por su cara y en su ropa. Ana estaba arrodillada en el suelo, tocando con su mano la cara de Jaime, llorando desesperada.

—No reacciona —sollozó al ver a sus amigos—. Está rígido y no parece reconocermme.

—Sí te oye, Ana, pero la droga que le han dado está hecha con sangre de hada negra y tiene un efecto paralizante.

—¿Cómo lo curamos? —preguntó Flavour.

Roc y Tec miraron al elfo oscuro con suspicacia. No entendían qué hacían sus amigos con él.

—¿Y este quién es? —quiso saber el primero, al que el aspecto del elfo oscuro no le gustaba nada.

—Es un amigo, Roc —explicó Riv—. Él y sus compañeros de la resistencia oscura han venido a ayudarnos. Sin ellos no hubiéramos podido acabar con los elfos oscuros de Ícaro.

—¡Ja! Más bien gracias a Agatha —intervino Luna dejando claro su opinión al respecto. No le gustaban los elfos negros, fueran de la resistencia o no.

—Sí, eso es cierto —dijo Riv dando la razón a la elfa que tenía a su lado, que había dejado atrás a la dulce joven para convertirse en una fiera guerrera.

—Necesitamos a Agatha y su magia blanca para ayudar a Jaime y a Leo. Sin ella, no podremos salir de las celdas, están cerradas con un hechizo negro.

—Bien, ¿dónde está Agatha? —preguntó Ana desesperada.

En esos momentos, el hada blanca, junto con Börg y Ruth buscaban infructuosamente a las hadas negras. Habían pasado por las mismas galerías una y otra vez sin verlas por ninguna sitio.

—¿Se la habrán llevado a otra parte?

—No, Ruth, puedo sentir las, están cerca —aseguró Agatha intentando tranquilizar a una cada vez más alterada elfa—. Esperad, chicos, no logramos nada dando vueltas como una peonza. Quizás mi don logre percibir lo que con la vista no logramos ver.

Agatha se concentró, podía sentir la magia oscura a pocos metros de distancia. Dirigió sus pasos hacia la armería, que en esos momentos lucía desangelada, con sus estanterías prácticamente vacías. Börg examinó las paredes con atención, detectando una ligera diferencia de color entre la pared situada más a su izquierda y la que tenía a su derecha. En el suelo, cerca de ella, se observaban unos ligeros rayones.

—Esta estantería —indicó el vikingo—. Estoy seguro de que la podemos mover de algún modo.

Fue Ruth la que descubrió un resorte disimulado en una piedra, que al pulsarlo desencadenó algún tipo de mecanismo, por el que la estantería giró sobre sí misma un ángulo de noventa grados. Unos escalones subían hacia un nivel superior. Guardando silencio, los escalaron con precaución. Hasta ellos llegó un rumor, un coro de voces femeninas que repetía una letanía una y otra vez. Frente a ellos, seis hadas negras en círculo cogidas de las manos dirigían sus hechizos hacia Natalia, que estaba tirada en el suelo, hecha un ovillo. Tenía la piel brillante por el sudor, el pelo pegado a la cara. Con todo su cuerpo en tensión, temblaba sin parar, cerrando fuertemente los ojos. Agatha dejó que su mente llegara hasta ella. La notó muy débil, al límite de sus fuerzas. Luchaba contra el poder de las hadas negras, que trataban de extraer de ella toda su magia blanca.

—Llamemos su atención —susurró Agatha, levantando su espada y lanzándose contra ellas, sin dar tiempo a Börg a reaccionar. Ruth la siguió al instante, logrando que las hadas dejaran de centrar su mente en Natalia, debilitando el hechizo que intentaban hacer. Las obligaron a ponerse en guardia y luchar, dando al hada blanca que temblaba en el suelo una decisiva

ventaja. Al principio las hadas negras lucharon con sus armas físicas, pero al ver que sus oponentes eran superiores a ellas en el cuerpo a cuerpo, intentaron derrotarlos con su magia negra. Fue en vano. Agatha era mucho más poderosa que ellas juntas y estaba muy enfadada al ver la tortura a la que habían sometido a su amiga. Situándose entre las hadas negras, Agatha dejó salir su poder, que como una onda expansiva las golpeó derribándolas física y mentalmente. Börg y Ruth actuaron con rapidez, desarmándolas e inmovilizándolas.

—Natalia, amor mío, abre los ojos —imploró Ruth arrodillándose junto al hada blanca una vez que se habían asegurado de que las hadas negras ya no eran un peligro.

—Déjame ayudarla —pidió Agatha, acariciando con suavidad el brazo de la elfa. Colocó su mano en el corazón de Natalia, transmitiéndole su fuerza vital y su cariño. El color iba regresando a sus mejillas, y cuando sus pestañas comenzaron a agitarse, la elfa suspiró con alivio.

—Hola, mi vida —dijo Ruth a la vez que cubría de besos el rostro de su amada.

Börg ayudó a Agatha a levantarse, la cual mostraba en su rostro signos de cansancio. El vikingo, abrazándola, la cogió en brazos, el hada recostó su cabeza en el hombro de este, permitiéndose unos segundos de descanso. La lucha había terminado, era hora de curar las heridas.

Llevada en brazos por Börg hasta las celdas, Agatha logró destruir el hechizo negro que cerraba las rejas donde sus amigos estaban retenidos. Las heridas de Leo, aunque dolorosas, fueron fáciles de sanar por el hada blanca.

—¡Cúrale! —le pidió Ana a su amiga.

Agatha se concentró, hasta conseguir que Jaime pudiera moverse un poco.

—No me gusta tener que reconocerlo, pero hay un remedio con el que recobraría más rápido las fuerzas —afirmó el hada arrugando la nariz con desagrado.

—Creo saber cuál es, ahora vengo.

Börg desapareció, dejando intrigados al resto. No tardó en regresar con un elfo oscuro pataleando colgado del hombro. El hechizo con el que Agatha les había detenido momentáneamente el corazón comenzaba a desvanecerse, y ya muchos de ellos estaban despertando, encontrándose con los pies y las manos atados con fuerza, por Gail y los suyos.

—Quizás sea mejor que los dejemos solos —sugirió el vikingo, dejando al

elfo oscuro junto a Jaime y Ana. El primero, al oler la sangre que manaba de un corte del cuello que Börg le había hecho antes de depositarlo en el suelo, sentía cómo sus colmillos comenzaban a sobresalir sedientos de sangre. Sin duda, la sangre del elfo le permitiría restablecerse por entero.

—Sí, mucho mejor, vámonos —asintió enérgica Agatha, poniéndose de pie, para después agarrar la mano de Börg dispuesta a marcharse, seguidos por los demás.

Flavour no pudo evitar mostrar sorpresa en su rostro, al ver cómo Riv y los elfos del bosque aceptaban la naturaleza vampírica de aquella pareja.

—Es largo de explicar —le susurró Tec al pasar junto a él, ayudando a Leo a caminar.

¡Y tanto! Cuando regrese a su hogar, tendrá muchas historias que contar a los suyos.

\*\*\*

—¡No está! ¡Se ha ido! —exclamó Riv para desesperación de Luna. Habían buscado a Ícaro por todas partes, pero habían sido incapaces de encontrarlo. De algún modo, había logrado escabullirse de las galerías durante la lucha, sin ser visto.

—¿Dónde creéis que puede estar? —preguntó Gail mirando a Börg que permanecía sentado con Agatha dormitando en sus brazos.

—¡Sofía! —exclamó Luna haciendo que el hada blanca se espabilara al instante.

Leo y Natalia necesitaban recuperarse, de modo que Tec y Ruth se quedaron con ellos, junto con Jaime y Ana. Gail, con ayuda de Atenea y los elfos oscuros, estaba llevando un registro minucioso de las cuevas. Habían encontrado en otras celdas situadas en un nivel inferior a varios elfos de ambas especies cautivos, así como los cadáveres de dos hadas blancas que las hadas negras habían estado torturando para extraer todo su poder. Los elfos del bosque que habían acudido en su ayuda se llevaron a las hadas negras donde ya no pudieran hacer daño, Roc los acompañó, ya que era el único en quien Riv confiaba.

Las dos parejas iban juntas en el coche que había llevado a las chicas hasta allí. Börg conducía saltándose todos los límites de velocidad, esquivando los

escasos coches que encontraban a su paso. Habían llamado con insistencia a los teléfonos de Macarena y Julián sin obtener respuesta: saltaba el contestador cada vez que lo hacían.

—Llama a Hércules —sugirió Riv a una Luna cada vez más nerviosa y preocupada.

—No tengo su teléfono —negó la elfa pensando en su pequeña, en su dulce carita y su sonrisa, capaz de derretir el más duro de los corazones. Le arrancaría la piel a tiras a Ícaro y se haría un bolso con ella, le clavaría astillas bajo las uñas, y le... ¿A quien quería engañar? Haría lo que le pidiera con tal de que no le hiciera daño a su hijita. Si quería que se fueran con él al mismo infierno, lo seguirían sin hacer preguntas.

—No tiene, ni Lino tampoco. Los dioses no son muy partidarios de las nuevas tecnologías que digamos —explicó Agatha—. He intentado contactar con Sofía, pero no lo logro. Tranquila —continuó al ver la expresión asustada de Luna—, no tiene porque ser malo. Puede estar protegida por algún escudo protector del muso de Macarena, y por eso no la captó.

—¿El muso de Macarena? —preguntó Börg extrañado. Que él supiera, los musos solo inspiraban a los artistas a crear sus obras, no eran de carne y hueso. ¿De qué estaban hablando aquellos tres?

—Es una larga historia, cariño, ya te la contaré más tarde —afirmó Agatha conciliadora. Macarena le había contado cómo había conocido a Lino, cuando este era un muso llegado a la tierra para ayudar a la escritora en su bloqueo literario. Sin embargo, al final había resultado ser mucho más que eso.

Riv alargó la mano y cogió entre las suyas las de Luna: estaban frías y agarrotadas. Con ternura la acarició con sus dedos en un vano intento de tranquilizarla. Mataría con sus propias manos al elfo oscuro como hubiera hecho daño a Sofía, esta vez no se escaparía. Ya lo había logrado dos veces, no habría una tercera.

## Capítulo 20

Börg ni siquiera aparcó el coche, lo detuvo delante del portal y los cuatro se bajaron al unísono de él, corriendo hacia la puerta, arrollando al entrar a un vecino que salía a correr por la mañana de aquel frío domingo. Según subían los escalones, aguzaban el oído esperando escuchar sonidos de lucha, pero solo había silencio. Luna temía lo peor: que Ícaro se hubiera vuelto a llevar a Sofia, y esta vez para siempre. Ninguno estaba preparado para lo que vieron sus ojos al entrar en la casa de Macarena y Julián. Estaba toda revuelta, con los muebles volcados y los libros esparcidos por el suelo. Sacaron sus armas, poniéndose en posición de lucha, atentos a un posible ataque por parte de los elfos oscuros. Un ruido les hizo girar su cabeza. La puerta de la cocina se abrió y quedó una rendija, Lino sacó su cabeza y con un guiño les indicó que siguieran caminando hacia el fondo de la casa. Al pasar por la puerta pudieron escuchar a Vega protestando.

—¿Tito Lino, podemos salir ya?

—No, cariño, antes los titos Agatha y Börg tienen que sacar la basura.

—Puff, qué rollo.

Los mencionados se miraron encogiendo sus hombros sin saber qué decir, tan confundidos como los elfos a los que acompañaban. Siguieron andando por el pasillo en la dirección que les había indicado Lino. En la habitación del fondo, en la que era el despacho donde Macarena escribía sus libros, había un elfo maniatado en el suelo, inmovilizado por un pie de Hércules, que sentado en una silla contemplaba risueño a Sofia.

—Eres malo, muy malo —estaba diciendo la niña apuntado con su dedito a Ícaro, muy enfadada, y con la otra mano en la cintura. Desde su escaso metro de altura, sin percatarse de que su madre había llegado, le leía la cartilla al

elfo—. Tú no eres mi papá, no te quiero. Riv me lee cuentos, juega conmigo y tito Börg me deja su móvil para jugar. Ellos son buenos conmigo y con mamá. Tú le haces daño.

—¡Cariño! —sollozó Luna arrodillándose junto a su niña y abrazándola con fuerza.

—¡Mami! —exclamó Sofía feliz dejando que su madre la cubriera de besos, sin quitar un ojo al hombre malo que por segunda vez había intentado llevársela. Pero Hércules no le había dejado. Estaba durmiendo con los gemelos cuando Icar llegó con otros dos hombres muy feos, el ruido de los cristales de la ventana rompiéndose los despertó. María se puso a gritar cuando los vio entrar por la ventana. El pequeño Raúl agarró de una mano a su hermana y de otra a Sofía y, sacándolas a rastras de la cama, corrió con ellas hasta la cocina, pasando bajo las piernas de Hércules que llegó rápido al oír sus gritos.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber Riv, que había visto a otros dos elfos yaciendo inconscientes en la habitación de los gemelos.

—De algún modo lograron descolgarse desde el tejado con unas cuerdas —explicó Hércules— y entraron por la habitación de los niños. No contaban con que mis pequeños son listos y saben que tienen que refugiarse en la despensa de la cocina si un extraño irrumpe en casa. De un puñetazo dejé sin sentido a los dos elfos que venían con este idiota cobarde, que salió corriendo hacia aquí. En un segundo lo tenía en el suelo, sin despeinarme y sin usar un arma. ¡No se puede ser más tonto! Pretender tomar por sorpresa a un dios y salir ileso de ello. Luna —continuó, mirando a la elfa que le escuchaba asustada—, he traído a Sofía para que viera que no tenía que tener miedo de Icar.

—¡No tengo miedo! —aseguró la niña desde el abrazo protector de su madre, sonriendo a Riv que le hacía una carantoña.

—Agatha, ¿puedes llevártela a la cocina? —le pidió Luna al hada, que asintió y fue en busca de su bebé que, con Micaela, se refugiaba también en la cocina.

Hércules y Börg salieron detrás, iban a asegurarse de que los dos elfos oscuros no los molestarían más.

—¿Estás segura de que quieres quedarte a solas con este indeseable? —preguntó Riv mirando con rencor a Ícaro, pensando en qué lugar sería el más recóndito para encerrarlo para siempre.

—Tenemos pendiente una conversación —respondió Luna.

Riv salió de la habitación, pero se quedó apoyado en el pasillo. No era su intención cotillear, pero deseaba que Ícaro hiciera un mal movimiento para tener una excusa para acabar con él.

—Voy a quitarte la mordaza, quiero que me contestes a un par de preguntas —dijo la pelirroja elfa, sentándose en el suelo junto a Ícaro, con su daga cerca, por si la necesitaba—. ¿Alguna vez sentiste algo por mí?

—Nunca —contestó con odio el elfo—. Eras un medio para lograr un fin, solo fue sexo y hasta para eso no vales, tuve que drogarte. Eres una frígida a la que no le excita nada, no eres ni...

Ícaro se calló al sentir que se quedaba sin respiración de la patada que Luna le había dado en sus partes íntimas.

—No te quejes, no pueden dolerte tanto. Con lo poco que mide y para lo poco que vale no es una gran pérdida —aseguró Luna con sorna—. Creo que ahora tengo toda tu atención. Cuando me contaron que soy una elfa no quise saber nada de mis orígenes, sin embargo, tú, con tu deseo de poder y tu escaso cariño hacia la que es tu hija, has hecho que cobre conciencia de lo que soy. Soy una princesa elfa, mi hija es una preciosa elfita también, juntas iremos a Escocia y conoceremos a la escasa familia que aún nos quede gracias a tus malas artes. Gracias a Flavour, sé que no todos los elfos oscuros son como tú. Voy a luchar con todo mi ser, por crear lazos entre las dos razas, porque todos somos elfos, sin distinción. Pero tú no lo verás, espero que Riv encuentre un sitio donde encerrarte, y que Agatha haga un hechizo que te impida salir de él de por vida.

Luna volvió a colocarle la mordaza a Ícaro, clavándole una punta de su daga en la garganta para quitarle las ganas de hacer alguna tontería. Se puso de pie y fue hacia la cocina, desde donde se oían voces infantiles pidiendo tortitas para desayunar. Riv la vio pasar junto a él, sin que ella lo viera a él. Caminando majestuosa, con la elegancia innata que tenía y su porte de reina. Sería la princesa de los elfos, pero era la reina de su corazón también.

\*\*\*

Natalia y Ruth regresaron el domingo por la tarde, con la primera dormitando en el asiento de atrás. Aún tardaría en recuperarse, pero lo haría con los cuidados de su chica. Sus poderes permanecerían un tiempo limitados,

debido al daño que le habían causado las hadas negras, pero Agatha confiaba en que podría ayudar a Natalia a restablecerlos al final. Aunque para eso tendría que salir del dormitorio donde permanecía con Börg; desde que habían regresado solo salían para alimentar a la pequeña Rocío y cambiarle el pañal.

—¿Cómo va todo? —quiso saber Ana desde Galicia, donde descansaban mientras Jaime se recuperaba chupando la sangre de excursionistas despistados, ya que los elfos del bosque no habían estado muy dispuestos a dejarlo alimentarse de otro elfo oscuro.

—Aquí, descansando también —respondió una alborozada Agatha.

—Estás resoplando. ¿Qué hacías? Te noto sin aliento.

—Un poco de ejercicio, hay que mantenerse en forma —explicó Agatha conteniendo un jadeo provocado por los besos del vikingo por su espalda.

—Ya, voy a ver si cuando vuelva Jaime hacemos también un poco de ejercicio —replicó divertida Ana que no se había creído la explicación de su amiga, podía oír las risitas de Börg al fondo y conocía a su compañera lo suficiente como para saber cuándo jadeaba por placer y cuándo por el esfuerzo físico provocado por la práctica de algún deporte. Bien pensado, su chico parecía perfectamente restablecido, ya sabía en qué iban a entretener las horas de sol ese día.

Leo y Tec también se habían quedado unos días en Galicia para que el primero se restableciera de sus heridas. Flavour, el elfo oscuro de la resistencia, había resultado de gran ayuda. Conocía remedios naturales hechos con raíces y hojas, de gran poder curativo y regenerador. Con sus conocimientos y la ayuda de los otros elfos oscuros, las heridas de los elfos del bosque comenzaban a sanar sin aparentes complicaciones.

—Gracias, Flavour —afirmó Gail viendo cómo los elfos de la resistencia oscura preparaban sus cosas para marcharse un par de días después—. Sin vosotros no habiéramos logrado acabar con los elfos de Ícaro. Espero que volvamos a vernos.

—Algún día, todo es posible. Nosotros seguiremos ocultos en nuestros bosques, viviendo nuestra vida al margen de vosotros, los elfos del bosque. Es nuestra forma de ser, no vamos a cambiar ahora.

—Lo sé. Pero me gusta pensar que son dos formas de entender la vida élfica, sin que una agrede a la otra ni a la naturaleza, provocando un desequilibrio que acabe con todo.

—Así será.

Flavour y los suyos se fueron tan sigilosos como habían llegado. Los elfos del bosque los observaban con curiosidad, siempre habían denostado a los elfos oscuros, pero ahora comprendían que se habían equivocado, puesto que no todos buscaban el control total de la vida élfica, como había sido el caso de Ícaro. Tenían sus costumbres y debían respetarlas en paz y armonía.

—Las cuevas ya están limpias de elfos oscuros —explicó Tec a Gail—. Hemos liberado a los elfos y a las hadas prisioneras, enterrado los cadáveres y destruido esa infernal maquinaria.

—La corriente de agua aún tardará en quedar limpia del todo —se lamentó Gail.

—Si lloviera con fuerza, circularía más agua y se sanearía antes —afirmó Leo, sentado en una roca donde descansaba viendo cómo el agua discurría a unos metros de donde conversaban. Una fea cicatriz le surcaba la cara, pero no lo afeaba, más bien aumentaba su atractivo.

Las cuevas permanecerían ocultas con un hechizo durante un tiempo, hasta que la naturaleza hubiera borrado cualquier vestigio del paso de Ícaro y los suyos por ellas.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros a Escocia? —le preguntó Gail a la diosa. La esbelta amazona y él habían pasado las horas del día inspeccionando las galerías, y las horas de la noche dando rienda suelta a su pasión en los lugares más apartados que habían descubierto durante la tarde. Habían acordado que sería sexo sin compromiso, sin ataduras ni sentimientos. Gail lamentaba separarse de la amazona que había resultado tan guerrera bajo las sábanas como manejando su arco en la lucha. En algún momento había pensado que sentía algo por ella, pero no, solo eran los momentos de euforia tras el orgasmo, relajados, dejando que sus respiraciones se acompañaran, como instantes antes lo habían hecho sus cuerpos.

—Si no vuelvo a casa con los niños, a Lino le va a dar algo —negó Atenea, desechando la idea por mucho que le atrajera seguir un tiempo en compañía del apuesto elfo.

—No entiendo cómo aceptaste hacer de canguro —afirmó Gail confuso. La idea de que la fiera guerrera dedicara sus días a vigilar a un grupo de niños revoltosos no entraba en su cabeza.

—Le debía una a Lino —replicó haciendo un gesto con la mano quitándole importancia a la situación. La realidad era que lo que había empezado como un favor para saldar una deuda se había convertido en una de las etapas más

satisfactorias de su vida. Adoraba a los hijos de Macarena y Julián que, junto con la pequeña Sofía, eran una fuente constante de sorpresas. Sin embargo, lo más valioso lo había encontrado en la amistad que había desarrollado con las madres de los niños, con la elfa Ruth, su novia Natalia, y con Agatha. El don del hada blanca era cada vez mayor, superando incluso al de alguno de los dioses que conocía. El propio Zeus había pedido a Atenea que guiara y ayudara a Agatha a controlar su poder. ¡Como si eso fuera necesario! Por lo que veía, el hada blanca se las arreglaba sola a la perfección. Mirando con cariño a Gail, le sugirió pasar un rato juntos a modo de despedida, algo que el elfo aceptó gustoso.

En unas horas los elfos regresarían a sus hogares, y en la zona no quedaría rastro de su presencia. Ícaro y los suyos eran historia.

## Capítulo 21

**H**abía pasado una semana desde que habían vuelto de Galicia, pero parecía que había sido toda una vida. Riv había regresado a su casa, pese a las protestas de Sofía que quería que el elfo siguiera viviendo con ellas.

—Quiero que vuelva —afirmó la niña entre pucheros mientras desayunaba la mañana de Lunes Santo, a dos días de las vacaciones escolares.

—Cariño, Riv ya arregló la avería de su piso y ha vuelto a él. Pero hoy lo vas a ver en la función de primavera del colegio. Irá a hacerte fotos a ti, y a tus compañeros —aseguró Luna, recolocando la diadema que rodeaba la cabecita de Sofía a modo de pétalos de girasol. La función de la pequeña le había dado una idea para su web: hacer una colección primaveral de muñecas flor. Ya tenía varios bocetos que creía que gustarían a sus clientas y captarían la atención de algunas nuevas.

—Bueno, a lo mejor por la noche puede cenar con nosotras —sugirió la pequeña a lo que su madre no supo qué responder.

Por un día que cenaran juntos tampoco pasaba nada, eran amigos, los amigos comían juntos. Entre ellos no había nada más. Las cosquillas que sentía en su estómago cada vez que lo veía eran nervios tontos propios de adolescente y ella ya no lo era. Como mujer hecha y derecha, sabía que el amor estaba sobrevalorado y no merecía la pena hacerse ilusiones. No obstante, cada vez que veía juntos a Agatha y Börg, o a Macarena y Julián, no podía evitar sentir una chispa de envidia en su interior. Su mente volvía a los días en que habían vivido juntos: había sido sencillo y natural adaptarse a la convivencia. Casi podía haberse acostumbrado a tener a alguien con quien compartir las penas y alegrías del día, los juegos y ocurrencias de Sofía, las risas del fin de semana. Pero solo casi. Esa vida no estaba hecha para ella.

Como era habitual al ir a trabajar, se cruzó con Riv en la puerta de su tienda de fotografía.

—Buenos días —le sonrió el elfo con una resplandeciente sonrisa, no debía de estar permitido ser tan guapo y menos a primera hora de la mañana.

—Buenos días —le respondió Luna devolviéndole la sonrisa a su pesar.

—Dentro de unas horas iré al colegio para la función de primavera.

—A mí me recoge Agatha en la biblioteca, y luego nos reuniremos con Macarena y mi abuela. Micaela está tan nerviosa como Sofía, anoche todavía le dio las últimas puntadas al disfraz.

—Seguro que sale todo genial.

—Con las ganas de pasárselo bien que tienen los niños, al menos se divertirán.

—A propósito de pasárselo bien, el miércoles le dan las vacaciones a Sofía, ¿verdad? —preguntó Riv.

Luna estaba segura de que se traía algo entre manos, solo hacía falta mirarlo a los ojos para ver que escondía algo.

—Sí, once días de vacaciones, está deseándolas; y mi abuela Micaela, pensando en que la tendrá la semana que viene todas las mañanas con ella, está feliz.

—Entiendo. ¿Pero tú no trabajas estos cuatro días de fiesta?

—No, la biblioteca cierra. ¿Tú abres la tienda? —quiso saber Luna cada vez más intrigada por las preguntas del elfo.

—Descanso estos cuatro días. Los turistas, el sábado, no están pensando en revelar fotos o comprar una cámara —respondió Riv—. Te propongo un plan, antes de decirme que no piénsalo bien. ¡Vámonos a Escocia!

—¿¿¿Qué???

—Ruth me comentó que va a ir de vacaciones de Semana Santa a Escocia para enseñarle a Natalia el lugar donde nacimos y nos criamos. Quiere presentarle a su familia y hacer una ceremonia de unión formal ante ellos. Me ha pedido que sea su padrino, así que no puedo faltar. He pensado que te gustaría venir con nosotros y ver como es la vida élfica. Sofía se lo pasará en grande.

—No creo que sea buena idea —negó Luna a la que todo aquello le parecía una idea de locos. Quería conocer a sus antepasados, o al menos a los que habían conocido a su familia y que Ícaro y los suyos habían asesinado a la mayor parte, pero de ahí a hacerlo justo esa semana, había un trecho—.

Después del jaleo estos días quiero descansar y tener una Semana Santa de procesiones y torrijas.

—Está bien, como quieras —dijo Riv apenado. Le hubiera gustado llevar a la pelirroja elfa a los lugares donde había sido más feliz en su infancia y en su juventud. Los elfos del bosque estaban deseando conocer a la princesa elfa y a su hija. Tendría que ser en otra ocasión —¡Que tengas un buen día!

Luna sabía que había hecho lo correcto, necesitaban estabilidad y normalidad en sus vidas. A pesar de lo que le había dicho a Ícaro, seguía estando recelosa de todo lo que tuviera que ver con elfos. Quería que su hija creciera como una niña normal, sin cuentos de elfos ni hadas que la hicieran soñar con mundos que no existían. Cuando fuera algo mayor a los 10, o mejor a los 15 o tal vez ya a los 20, le explicaría todo. Sí, definitivamente, cuando terminara la universidad. Si habían estado sin princesa elfa más de treinta años, no les importaría esperar un poco más.

La mañana transcurrió con tranquilidad en la biblioteca, los habituales hacían acopio de lecturas para los días de fiesta, pero muchos otros estaban en modo vacaciones y en sus planes no estaba la lectura. ¡Ellos se lo perdían! Con los libros se podían vivir las más emocionantes aventuras, las historias de amor más tiernas y viajar a lugares de ensueño, sin moverse del cómodo sillón de su casa.

A la hora del café apareció Agatha con el cochecito de Rocío, acompañada por Ruth, que había decidido darle una sorpresa. Se alegraba de ver a la primera, ella y Börg habían estado reclusos en su casa durante días. Reponiéndose de las heridas, decían, aunque la cara de felicidad del hada hacía suponer que habían estado entretenidos en artes amatorias. Lo raro era que viniera acompañada por Ruth, que a esas horas solía estar trabajando en las tiendas *Abuela Margarita*.

—Hola, chicas. ¡Qué sorpresa!

—¿Llegamos a tiempo para el café? —preguntó Agatha sacando del cochecito a la regordeta Rocío que miraba a su alrededor con curiosidad.

—Llegáis —dijo una voz cerca de ellas perteneciente a la compañera de trabajo de Luna que llegaba en esos momentos a la sala.

—¡Teresa! ¿Qué tal estás?

—Muy bien, cara guapa —respondió la aludida, a la vez que intentaba esquivar la manita de Rocío que había encontrado la mar de interesantes las gafas de lunares de Teresa.

—Será mejor que nos vayamos ya, o te quedas sin gafas —aseguró Luna despidiéndose de su compañera.

Las tres amigas encaminaron sus pasos a una cafetería portuguesa cercana, donde preparaban unos deliciosos cruasanes de masa a la plancha para acompañar al café. Las tres los pidieron junto con una taza de té verde con jazmín, aún faltaba una hora para la función y podían permitirse un capricho.

—No está mal, pero el mío de arándanos y mandarina es mucho mejor —se jactó Agatha, algo en lo que sus amigas estuvieron de acuerdo. El té de su amiga, cuya receta era un secreto pasado de abuela a nieta, era riquísimo—. Ahora estoy trabajando en una nueva receta de té negro con canela y miel.

Luna no pudo menos de acordarse de los ojos miel de Ícaro que en tantos líos la habían metido. Justo las mismas complicaciones que quería evitar no dejándose engatusar por la piel color canela de Riv.

—Bueno, Ruth, ¿cómo es que no estás trabajando? —preguntó Luna a su amiga queriendo olvidarse del elfo por un momento.

—Marta me ha dado los tres días libres para preparar las maletas y los detalles de la boda. ¿No te ha dicho nada Riv?

—Algo —afirmó Luna recordando la conversación que había mantenido con el fotógrafo esa mañana.

—Riv es mi padrino, no puede faltar, ni vosotras tampoco. Sofía y tú tenéis que venir.

—Oh, no, es muy precipitado, no tengo nada preparado...

—Para eso estamos aquí —aseguró Agatha—. Mientras trabajabas, he ayudado a Ruth a comprarse un vestido y esta tarde acompañaremos las dos a Natalia a hacer lo mismo. ¡Y otro para nosotras por supuesto!

—Pero, Agatha, los billetes...

—De eso se están encargando Ana y Jaime, con mi chico. Tu abuela Micaela también viene, ¿no te lo ha dicho?

—No, ¡qué va! —así que eso era lo que se traía entre manos su abuela que llevaba dos días colgada del teléfono hablando de sedas y organzas. ¡Y ella que había pensado que hablaba con alguna madre de los disfraces de la función! ¡Eso era una conspiración a sus espaldas!

—Después de todo lo que hemos pasado nos merecemos unas vacaciones y qué mejor lugar para ir que Escocia —afirmó rotunda Agatha—. ¿No tienes curiosidad por ver una comunidad élfica?

—Sí, pero es pronto para Sofía, quizás en unos años...

—Luna, ¿vas a hacer con ella lo que hicieron contigo? ¿Esconderle su pasado y sus orígenes? —preguntó Agatha muy seria, dejando las risas aparcadas. Ruth asentía en silencio, animando con la mirada a su amiga a decir que sí.

—Está bien, iremos Sofia y yo. Espero no lamentarlo más tarde —dijo Luna para alegría de sus amigas.

—Ya le puedes comprar a Sofia un vestido de princesita, porque será ella la que lleve nuestros anillos —le anunció Ruth sonriendo divertida.

—¡Le va a encantar! Mejor no se lo digo hasta el miércoles, que sino estos dos días de colegio que quedan no va a haber quién la aguante.

Las tres amigas rieron con ganas pensando en la pizpireta e hiperactiva pequeña, conociéndola, cuando le contaran la noticia se pondría a brincar y saltar. Apresurándose, terminaron sus consumiciones y se marcharon al colegio de Sofia. Riv ya estaba allí, acorralado por madres de pequeños que, poniendo como pretexto a sus retoños, buscaban acercarse al atractivo hombre.

—¿Lo rescatamos? —preguntó divertida Ruth.

—¡Qué sufra un poco más! —exclamó Agatha viendo por el rabillo del ojo cómo Luna se consumía por los celos. La actitud distante de aquellos dos era desesperante.

El fotógrafo, al verlas, se deshizo con dificultad de su corte de admiradoras y se acercó a sus amigas. La profesora de Sofia saludó a Ruth con cordialidad. Habían sido amigas de niñas, en la comunidad élfica donde ambas habían nacido, aunque en la actualidad ya no se veían tanto como antes.

—Os he guardado unos asientos en la primera fila, venid.

Las tres amigas siguieron a la profesora, con Rocío despierta, curioseando todo lo que veía a su alrededor, hasta el lugar donde ya les aguardaban Micaela y Macarena. Agatha había temido que la niña se asustara por las voces y el ruido y se pusiera a llorar durante la función, pero había ocurrido justo lo contrario. Divertida y feliz, daba palmas al son de la música y gorjeaba contenta desde su cochecito. Cuando Sofia y los gemelos salieron al escenario, daba la impresión de que cantaba y bailaba con ellos.

Luna dividía su atención entre su hija y el elfo de piel canela que se había colocado a su lado en el pasillo, de cuclillas, para hacer fotos a los pequeños. Al final de la actuación, el grupo de amigas se puso en pie para aplaudir entusiasmadas, ante las miradas de reproche de los padres de alumnos de los

otros cursos. Había sido un éxito, tocaba esperar a la función del verano para volver a reunirse en el teatro del colegio y disfrutar de una nueva actuación de los niños.

\*\*\*

Esa tarde dejaron a Sofía al cuidado de su abuela y fueron a acompañar a Natalia a comprar su vestido de novia. No quería el típico vestido blanco, quería algo de corte medieval en tonos beige, luego pensaba añadirle algún detalle en verde con flores y hojas, en homenaje al hogar de su novia Ruth. Tras visitar tres tiendas de conocidas franquicias, en una pequeña tienda de una céntrica calle, encontró lo que buscaba.

—Estás preciosa —aseguró Luna—. No sé cómo será el de tu chica, pero el tuyo es precioso.

—¿Estáis seguras? Ahora dudo de si seré capaz de añadirle los adornos que quiero.

—Por eso no te preocupes —dijo Agatha—. Hablé con Marta antes y me ha dicho que no lo dejemos arreglando en la tienda, que se lo llevemos, que ella hace las modificaciones que tú quieras.

—¿De verdad? No sé cómo agradeceréte —dijo Natalia emocionada.

—Somos hadas blancas, nuestras familias siempre se han ayudado entre sí, no tienes nada que agradecerme.

—Chicas, quiero que seáis mis damas de honor. ¿Qué decís?

—¡Por supuesto! —exclamó encantada Luna.

—El rosa no me va, ni los volantes, ni las cursiladas americanas —afirmó muy seria Agatha temiéndose lo peor.

—Algo encontraremos, ja,ja,ja.

Era la hora de cerrar cuando llegaron a la tienda de ropa *Abuela Margarita*, con sus vestidos en aparatosas bolsas, para que Marta les diera su toque personal. Entre los diseños de la línea infantil, Luna encontró el vestido perfecto para una damita de honor que debía portar las alianzas. Más valía que pusieran a alguien que vigilara a la pequeña durante la ceremonia, o se pondría a jugar y terminaría perdiendo los anillos.

—No os preocupéis, chicas, el miércoles por la tarde los tendréis listos para llevároslos en la maleta —aseguró Marta que ya imaginaba el resultado

final y no veía la hora de empezar a personalizar los atuendos con sus ideas.

Cuando Luna regresó a casa, se encontró con Riv camino de la suya. No pudo evitar sonreírle al verlo.

—Me ha dicho un pajarito que al final venís a Escocia.

—Seguro que Ruth te ha mandado un mensaje, o Agatha tal vez.

—Pues no, ha sido una pequeñaja de cinco años que iba con su tía Micaela al supermercado esta tarde a comprar pan para hacer torrijas. Creo que las tienes para cenar —comentó Riv divertido al ver la cara de resignación de Luna.

Cuando Sofía entró como una exhalación a contarle que iba a volar en avión, toda emocionada, había tenido que contenerse para no ponerse a dar saltos con ella por toda la tienda. Estaba deseando que Luna viera los maravillosos parajes de su infancia, donde ella debería haberse criado si el padre de Ícaro no hubiera matado a sus padres. Conocía lo suficiente a Luna como para saber que, aunque pusiera cara de fastidio, en realidad estaba contenta por visitar Escocia. No era como ella había planeado, con Sofía ya adulta y sabiendo que era una elfa, pero en la vida las cosas solían salir al contrario de lo que uno planteaba.

—Me hubiera gustado no contarle nada hasta el miércoles, pero es imposible con estos amigos tan comunicativos.

—A tu abuela le hace ilusión conocer algo más de la mujer que enamoró a su hijo, y en cuanto a Sofía, todo para ella es una aventura.

—Ya lo sé, pero...

—No puedes mantenerla en una burbuja. Ícaro ya no está, los elfos oscuros no son una amenaza para ninguna de las dos —añadió Riv, bajando la voz, y cogiéndola del brazo. Ese era el verdadero miedo de Luna, que si su pequeña conocía el mundo élfico, ellos también la conocerían a ella, y estaría en el punto de mira, igual que ella lo había estado sin saberlo desde que nació—. Además piensa en tu caso, mientras permaneciste en la ignorancia estabas en peligro, al conocer quién eras en realidad, aprendiste a luchar con Atenea y Ruth, y pudiste defenderte. ¡Y de qué manera! ¿No quieres que Sofía pueda hacerlo igual que tú? La ignorancia no nos protege, al contrario, nos hace más vulnerables.

—Tienes toda la razón —afirmó Luna, mirando a Riv, que le había abierto los ojos y le había hecho comprender que con miedo a lo que podía suceder no se podía vivir con plenitud—. ¿Querrás enseñarnos a Sofía y a mí el lugar de

dónde venimos?

—Será un honor.

—¿Y querrás cenar con nosotras esta noche? —le preguntó Luna recordando la petición de Sofia.

—Me encantaría.

## Capítulo 22

Volar con una niña hiperactiva, en un grupo de catorce personas con un bebé de meses, no fue una experiencia de la que el resto del pasaje disfrutara demasiado. Los diez primeros minutos estuvo sentada entre Luna y su tía, pero cuando ya el avión volaba con tranquilidad después del despegue, se escurrió del asiento para jugar con Riv al veo veo, hacerle carantoñas a Rocío cuando se despertó de su siesta, reírse a carcajadas por las cosquillas que Jaime le hizo y, al final, contemplar extasiada por la ventana las nubes y los bellos paisajes que desde el cielo veían. Antes de llegar a su destino final, Jaime había insistido en que hicieran noche en su castillo.

Agatha, emocionada, recordaba el viaje que había hecho sola tiempo atrás después de morir su abuela Margarita. ¡Qué diferente era ahora! Entonces había viajado sola, sin más compañía que su mochila. Había conocido a Jaime, que había resultado ser un antiguo amigo de su abuela y un archienemigo de Börg, al que en aquella época la propia Agatha temía. Había descubierto que Jaime era un vampiro, y ella, un hada blanca novata a la que su abuela no le había contado que ella misma lo era. Sin embargo, en esos momentos viajaba rumbo a Inverness con su bebé en brazos, apoyada en el cómodo pecho de su amado vikingo, rodeada de algunas de las personas que más quería en el mundo.

Luna iba en silencio, contestando con monosílabos a su parlanchina hija a la que todo le asombraba. Temía el momento de conocer a los elfos del bosque. Riv le había asegurado que estaban deseando conocerlas y darles todo el afecto que se merecían, pero Luna estaba aterrada. Su abuela Micaela le había contado cosas de sus padres, pero más de su padre, que era su propio hijo, que de su madre, de la que en realidad no sabía demasiado. ¿Y si no les gustaban?

¿Y si las rechazaban como habían rechazado a su madre por casarse con un humano y dejar el mundo élfico atrás? Por otra parte, estaban las sensaciones y sentimientos que despertaban en ella el elfo de piel canela que en esos momentos le contaba a su hija una leyenda local. Se engañaba a sí misma pensando que solo era aprecio lo que sentía hacia él, que era un amigo igual que Börg o Roc, pero no lo era. Cuando él la miraba, sentía que sus piernas se volvían gelatina, su respiración se aceleraba y un incómodo rubor cubría sus mejillas. Al hablar con sus otros amigos, eso no le pasaba, y no porque no fueran atractivos, ya que todos ellos parecían salidos de un catálogo de moda masculina. Por separado atraían la atención, pero juntos, no había fémica que no volviera la cabeza a su paso. Con Riv todo era diferente, inquietante y emocionante a la vez.

—Luna, ¿estás bien? —le preguntó el objeto de sus temores sonriéndole.

—Sí, algo nerviosa.

—Todo irá bien. Mañana, cuando conozcas a mi familia, nuestra familia en realidad, se te pasarán enseguida los nervios. Ya lo verás.

—Ya estamos llegando —anunció Jaime desde su puesto de conductor. Habían decidido que, para no tener que alquilar varios coches, era mejor alquilar un minibús, así podrían desplazarse todos juntos con su equipaje de un lado a otro. Orgullosa, el *highlander* señaló el inmenso y precioso castillo del que era propietario. Detuvo el minibús cerca de la puerta, donde un matrimonio mayor aguardaba impaciente.

—¡Señora Darius! —exclamó Agatha emocionada, saliendo del minibús para abrazar a la tímida mujer que sonreía con afecto a su alocada amiga.

—Joven Agatha, ¡cuánto tiempo ha pasado! Me alegro mucho de verla.

—Y yo a ustedes. Les presento al hombre de mi vida, Börg, y a mi preciosa hija Rocío.

Uno a uno, Jaime fue presentando sus invitados a los guardeses que se ocupaban del cuidado del castillo y de atender sus necesidades cuando estaba allí. Para la ocasión, habían contratado a una pareja joven del pueblo, para que les ayudaran a atender al alegre grupo.

—Somos demasiados —le dijo Ana arrepentida por causar tantas molestias a los ancianos.

—Al contrario, querida Ana, es una alegría ver las habitaciones llenas de vida —aseguró feliz la buena mujer.

—Mejor que una horda de turistas, ¿verdad?

—¡Y que lo diga! —asintió con energía el señor Darius, al que le fastidiaba tener que vigilar los fines de semana a los turistas que hacían las visitas guiadas al castillo.

—Tengo hambre —afirmó Sofia sin vergüenza, tirando del pantalón de su madre. La pequeña tenía razón, habían comido en el aeropuerto un bocadillo antes de embarcar y ya hacía casi cinco horas que no habían ingerido nada más que patatas fritas y frutos secos.

—¿Te gustan los panecillos de mantequilla? —le preguntó la señora Darius a la pequeña que asintió a modo de respuesta—. Ven conmigo, y usted también señorita Agatha, no hace falta que se los meta en el bolso, he preparado suficientes para todos.

Menos la aludida, todos rieron divertidos al recordar cómo el hada blanca les había contado que se llenaba de panecillos la mochila en la Villa donde se había alojado primero y en el propio castillo, donde se trasladó después, antes de salir de excursión por los lugares cercanos. La dueña de la Villa se enfadaba cuando lo hacía, pero la señora Darius, después de descubrirla un día, procuraba poner una bandeja a su alcance y dejarla sola con ella, para que pudiera hacer acopio de estos antes de salir a caminar.

—No me miréis así, cuando los probéis sabréis lo que es bueno. De todos modos, cualquier cosa que cocine la señora Darius está riquísima.

Esta última sonrió orgullosa al escuchar las palabras de Agatha. Ese par de días estaba feliz de tener gente a la que cuidar y alimentar. Echaba de menos a Jaime que pasaba largas temporadas en España con Ana. Aunque en realidad vivían entre los dos países, para el matrimonio Darius no era bastante. Querían a la pareja como si fueran sus hijos y el tiempo que pasaban con ellos nunca era suficiente.

Luna estaba cada vez más nerviosa, temía y deseaba el momento de conocer a los elfos del bosque. Intentaba en vano distraerse visitando los alrededores con sus amigos, pero la presencia de Riv cada vez la inquietaba más. Donde quiera que fuera, sentía su mirada sobre ella. El maldito estaba cada vez más atractivo: a medida que se acercaba a su hogar, era como si abandonara su apariencia de apacible fotógrafo para dejar aflorar su masculinidad y su magnetismo.

—Chicas, ¿es mi imaginación o Riv cada día está más bueno? —les preguntó a Agatha y a Ana mientras daban un paseo por las calles de Inverness. Delante de ellas iban sus chicos hablando en gaélico con fluidez.

Ruth y Natalia, junto con Tec y Leo, habían partido ya hacia su comunidad. Gail y Roc permanecían con ellos disfrutando de la hospitalidad de Jaime. Esa mañana su abuela Micaela se había quedado en el castillo intercambiando recetas con la señora Darius, quien consentía a Sofia dándole *pudding* a escondidas. No era raro que la niña hubiera preferido quedarse con ellas.

—¿Solo Riv? —respondió Ana—. Ha sido llegar a Escocia y dejar atrás su pátina de urbanitas. Anoche le pedí a Jaime que se pusiera el *kilt* para mí, solo el *kilt*. Ya sabéis, chicas —explicó Ana guiñándoles un ojo a sus amigas.

—Así que esos eran los ruidos que oíamos.

—¡Ja! ¡Mira quién fue a hablar! Agatha, como que tú y Börg os quedasteis cortos. Hasta la luz parpadeaba.

—No me digas eso, Ana —dijo el hada blanca ruborizada—. No lo puedo evitar, cuando llego al orgasmo mi poder se descontrola un poquito.

—¿Un poquito? Esta mañana el señor Darius ha tenido que cambiar tres bombillas que se fundieron a la vez anoche.

—Bueno, bueno, déjalo ya. Aquí lo importante es saber si Luna y Riv ya se han acostado.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez sus amigas.

—Somos amigos nada más, no quiero estropear nuestra amistad por...

—¿Un buen polvo? —continuó Ana que no entendía por qué aquellos dos tontos no se daban cuenta de lo que era evidente para todos: estaban enamorados sin remedio uno del otro.

—Luna, estás dejando pasar el tiempo sin disfrutar del hombre al que quieres y que te quiere.

—Agatha, no creo que él sienta amor. Queda el recuerdo del tonto de juventud, sin más.

—Cielo, no te engañes pensando eso. Riv está enamorado de ti desde hace tiempo, la forma en que te mira, como se iluminan sus ojos cuando te ve, hasta la postura de su cuerpo cambia. Y tú haces lo mismo, pareces una adolescente insegura cuando está cerca de ti. Sofia lo nota también. ¿O crees que es fruto de la casualidad que sienta esa afinidad por Riv? La niña percibe vuestros sentimientos, y por eso se pega a Riv como a una lapa.

—Chicas, yo no sé qué hacer. No quiero equivocarme como con Ícaro.

—¡Ni me lo nombres! —exclamó Ana bufando.

—Sí sabes qué hacer, pero te da miedo. Deja que te guíe tu corazón —

añadió Agatha antes de adelantarse hasta donde estaba Börg para cogerlo de la mano y llevarlo a visitar una de sus tiendas favoritas durante su anterior viaje a Escocia.

Luna era un mar de dudas. ¿Debía escuchar a su corazón como decía Agatha y permitirse amar a Riv? ¿O debía continuar haciendo caso a su mente racional y no dejar que ningún elfo, por muy atractivo que fuera, volviera a entrar en su vida?

\*\*\*

La luz del sol se filtraba tras las hojas de los árboles, iluminando el claro como si fuera un decorado de una película de Tolkien, solo que no era ficción, era real. Un grupo de sonrientes elfos, vestidos de ropas cómodas confeccionadas con tejidos naturales en todos verdes y marrones, los aguardaban. Luna podía distinguir a su amiga Ruth y su novia entre ellos, y a Leo y Tec en frente de ellas. En medio había una pareja de ancianos de serena apariencia, con los que Riv tenía un notable parecido.

—Mira, mami —dijo Sofía señalando a un grupo de niños elfos que corrían persiguiéndose entre ellos—. Tienen las orejas como los personajes de los cuentos de Riv.

Luna miró al elfo que se encogió de hombros con gesto de disculpa; a su modo, había ido contando a Sofía las leyendas de su pueblo. Las historias que había oído de pequeño de labios de sus mayores, y estos a su vez de los suyos. Luna sentía sobre ella la mirada de reproche de su abuela Micaela.

*—Cariño, tienes que contarle a Sofía quién es, y quién es su madre en realidad —le había dicho la noche anterior antes de acostarse.*

*—Lo sé, yaya.*

*—¿A qué esperas para decirle que es una elfa, que sus padres los son y que muchos de sus titos lo son?*

*—Me da miedo que me rechace —confesó Luna con pena—. No quiero que se sienta diferente de sus amiguitos o que piense que su madre es rara.*

*—Mi vida, esa pequeña te adora. Estoy segura de que reaccionará mejor de lo que esperas.*

Luna se acababa de dar cuenta de que había llegado el momento de hablar con Sofía. Tarde, como siempre, pero no podía dejar que bajara del minibús sin saber quién era.

—¿Vamos? —le preguntó Riv, animándola a bajar del vehículo y unirse a sus amigos que ya saludaban y eran presentados a la comunidad. Sofía tiraba de ella intranquila, le atraía lo que veía, pero también sentía timidez, y más al notar los recelos de su madre.

—Tengo que hablar con Sofía antes —respondió Luna acariciándose el medallón que colgaba de su cuello.

Riv le sonrió y asintió saliendo del minibús. Esperaba con impaciencia la reacción de la pequeña.

—Sofí —comenzó a decir Luna cuando estuvieron solas—, ¿recuerdas las historias que Riv te ha contado sobre seres que viven en el bosque y lo cuidan?

—¡Sí! Sobre elfos, duendes y hadas —añadió expectante la niña.

—Bueno, pues no son solo cuentos. Esas personas que ves son elfos; en realidad, Ruth, Roc y algunos de nuestros amigos lo son.

—¿Y Riv? —preguntó la chiquilla, viendo de reojo cómo el elfo se quitaba su medalla y se fundía en un abrazo con la pareja mayor.

—Él también es un elfo.

—¿Y la tita Agatha? —desde luego la niña era perspicaz, no habría dicho nada, pero estaba claro que había notado que su tita preferida no era lo que parecía.

—Ella es un hada.

—¿Tiene varita mágica?

—No lo sé, tendremos que preguntárselo —respondió Luna riendo.

—¿Y nosotras? ¿Qué somos? —preguntó Sofía dejando de reír y mirando a su madre preocupada.

—Somos elfas, cariño. ¿Ves esta medallita que llevo? Voy a quitármela y verás cómo mis orejas se vuelven puntiagudas.

La niña la miraba con la boca abierta, viendo cómo las orejas de su madre se afilaban y aumentaban de tamaño. Sus ojos se volvían más verdes y su piel más brillante. Sin hablar, le quitó a su hija su pulserita, llevando la mano de esta a sus orejas, para después llevarla a las suyas.

—¡Soy un personaje de cuento! —exclamó emocionada.

—Ja, ja, bueno algo así.

Ya no pudo contener más a la pequeña que brincaba hacia la puerta. En cuanto la abrió, salió corriendo hacia Riv, gritando.

—¡Soy una elfaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Todos los presentes rieron divertidos por la alegría de Sofía, que sin ninguna vergüenza tiraba de las orejas a Riv y se dejaba hacer carantoñas por la pareja mayor, que eran los padres de este.

—Princesa, nos alegramos de que estés con nosotros —le dijo un alto elfo a Luna, haciéndole una reverencia. Luna nunca había visto a nadie tan alto y con tanta majestuosidad como aquel extraño personaje. Sin duda era el canciller que ostentaba el poder en la comunidad en representación de la familia real, que por lo visto eran ella misma y su hija.

—Y yo estoy feliz de estar aquí —afirmó Luna, sorprendida de sus propias palabras que habían salido de su corazón, sin pensar, solo porque así lo sentía y necesitaba expresarlo en voz alta, para ser consciente de ello.

Uno a uno le fueron presentando a los miembros más relevantes de la comunidad élfica, que estaban ansiosos por conocer a la heredera perdida. Luna sonreía y respondía con cordialidad a los saludos. Riv la miraba orgulloso, era su princesa, su amor, ahora necesitaba encontrar el momento adecuado para hacérselo saber.

—Ya está bien de presentaciones —dijo Ruth interrumpiendo el sinfín de besos y abrazos—. ¡Tenemos una boda que preparar!

## Capítulo 23

Era la tarde de la ceremonia que iba a unir a Ruth y a Natalia como pareja. Un grupo numeroso de hadas blancas había llegado esa misma mañana a Escocia procedentes de diversos países. Era un acontecimiento que un clan élfico y uno de hadas blancas se unieran por nexos familiares. Nadie quería perderselo, hasta los más reacios a la unión habían asistido, ya que su curiosidad era mayor que su recelo. Donde quisiera que se mirara había un grupo de elfos o de hadas hablando. Incluso Ana y Jaime tenían un corrillo alrededor. A pesar de que su condición de vampiros era del desagrado de la mayoría, al ver cómo Luna, su princesa elfa, y Agatha, la más poderosa de las hadas blancas, les trataban con cariño y confianza, poco a poco iban ganándose el respeto del resto. ¡Si dejaban a su cuidado a sus propias hijas, no podían ser tan malos!

Sofía había aceptado su condición de elfa con naturalidad, incluso Luna pensaba que se hubiera sentido inferior al resto si solo hubiera sido «una niña normal». Se había adaptado tan bien a la comunidad que llevaba la misma ropa cómoda y sencilla de los otros niños, se sentaba con ellos a escuchar historias de sus antepasados y participaba en todas las actividades que los otros pequeños elfos realizaban.

—A Sofía no la vuelves a meter en un piso ni sobornándola con chocolate —le comentaba Micaela a su nieta mientras tomaban un zumo de moras natural, junto con los padres de Riv y algunas hadas de la familia de Natalia, en apacible tertulia vespertina.

—Lo sé. Se tendrá que conformar con salir al jardín de enfrente o al de la casa de Agatha. No queda más remedio. Esto es pasajero —dijo Luna suspirando con pesar, relajada como hacía tiempo que no lo estaba, después

de tantas preocupaciones y tensiones.

—¿Estás segura, cariño?

—No te entiendo, yaya.

—Aunque soy la abuela más feliz del mundo teniéndooos conmigo, el lugar de Sofía y el tuyo está aquí, entre los elfos, entre estas amables gentes y estos preciosos parajes.

—¿Porque somos elfas? Te recuerdo que Ruth también lo es y vive en la ciudad. Y Roc, y Natalia...

—No, mi vida, no es por eso. Es porque tu corazón está aquí —respondió Micaela, apartando un rizo rebelde de la pecosa cara de Luna, a la vez que dirigía una mirada significativa hacia Riv, que venía hacia ellas.

—Luna, ¿podrías venir conmigo un momento? Hay una cosa para la ceremonia que como padrino y dama de honor tenemos que organizar —pidió Riv a Luna sin mirar a sus padres que lo observaban arqueando las cejas.

—Claro —respondió la elfa poniéndose de pie, haciendo que se derramara un poco del zumo que estaba bebiendo sobre la camisa de flores que llevaba —. ¿Aviso a Agatha?

—No, no hace falta —negó Riv con energía, ante el cruce de guiños complacidos entre Micaela y su madre.

—Pues vamos, entonces —concedió Luna, despidiéndose con una sonrisa del resto.

Luna siguió a Riv a través del claro donde se asentaba la comunidad, hacia una zona limítrofe más tranquila donde un pequeño riachuelo fluía en aquella apacible tarde de primavera a unos cientos de metros del asentamiento élfico. Atrás habían dejado todo resto de conversaciones y preparativos. Desde donde estaban, no se veía a ningún elfo ni a ninguna hada. Solo los trinos de los pájaros rompían el silencio.

—No veo nada de la ceremonia por aquí. ¿Es alguna sorpresa que tenemos que organizar para las novias? —preguntó Luna dubitativa.

—No, Luna, siento haberte mentido, pero era la única forma de alejarte de mi familia y de nuestros amigos.

—No entiendo. ¿Qué tienes que decirme que no puedas contarme delante de todos? —inquirió Luna nerviosa sin dejar de retorcer entre sus dedos el lazo que adornaba el cuello de su camisa.

Riv se llevó la mano a su cabello, atusándose en un gesto nervioso. Él, al que nunca le faltaba la resolución y la determinación, se sentía inseguro y

asustado. No sabía por dónde empezar, no encontraba las palabras necesarias para expresarle a Luna su amor: imperecedero e incondicional.

—Yo quería... me gustaría... si tú...

Luna no lo dejó hablar, dejándose llevar por un impulso se puso de puntillas, agarró con sus manos la camiseta de Riv, que le marcaba cada uno de sus músculos como para estudiar anatomía masculina y resaltaba su piel canela, y atrayéndole hacia ella, lo besó, con pasión y fuego. La pelirroja elfa dejó salir todo lo que sentía en su beso, sin reservarse nada dentro. Estaba enamorada del atractivo elfo desde siempre. Nunca había dejado de sentir algo por él, a pesar de sus intentos por olvidarlo. Incluso cuando solo sentía odio hacia Riv, por habérsela pegado con cuanta mujer había pasado por su lado, lo había seguido queriendo. Ahora comprendía que Ícaro solo había sido un vano intento por olvidarlo, fijándose nada más que en el bello exterior del elfo oscuro, sin pararse a analizar cómo era en realidad.

—Te quiero —afirmó Luna cuando sus bocas se separaron, pero manteniendo aún el contacto de sus cuerpos—. He sido una tonta todo este tiempo, no viendo lo que para todos era evidente. Hasta para mi abuela Micaela.

—Adoro a Micaela —aseguró feliz Riv hinchado de gozo.

—Amo la forma en que me miras, la manera silenciosa en que tu presencia se instala en mi vida. Cuando estás con Sofía, y veo cómo escuchas cada una de sus palabras, haciéndola sentir querida y especial, mi corazón brinca de emoción.

—Sé que no es mi hija, pero la quiero como si lo fuera —clamó con firmeza Riv, mirándola a los ojos, sin gesto de duda en rostro.

—Aunque he tardado en comprenderlo, ahora lo sé. Incluso tiene pequeños gestos como los tuyos, inclina la cabeza ligeramente hacia la derecha cuando escucha algo que le llama la atención, igual que lo haces tú. ¡Pero si hasta coméis igual las madalenas! Empezáis por la parte de arriba, y os guardáis la base para el final.

—Es la mejor forma de comerlas.

—Me he acostumbrado a ti. A verte cada día, hasta el punto que un día sin hablar contigo es un día vacío. Desde que dejaste nuestra casa, cuando Ícaro dejó de ser un peligro, me parece más vacía y silenciosa. Cada vez que entro en la cocina extraño verte preparando nuestro desayuno; y por la noche, la cena es insulsa sin tus bromas y tus ocurrencias. No ha vuelto a ser lo mismo

ver una película en la televisión sin que estés a mi lado para descubrir juntos al asesino, o apostar cuánto tardarán en besarse los protagonistas.

—No sabía qué decir ni qué hacer para que supieras que te quiero, que nunca dejé de quererte y que me arrepiento de haberte tratado como te traté. Tuviste razón en alejarte de mí entonces —la interrumpió Riv impetuoso quitándole la palabra—. Sin embargo, eso es historia. Tú y Sofia sois mi presente y mi futuro. Mi único anhelo en la vida es haceros felices, compartir cada minuto de mi tiempo con vosotras.

Riv rubricó sus palabras con un nuevo beso profundo y abrasador, al que le siguieron varios más. La temperatura de sus cuerpos aumentó, y la ropa comenzó a ser un estorbo.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó picarona Luna.

—Nada me gustaría más, pero dos novias nerviosas nos esperan y seremos elfo y elfa muertos si no regresamos con ellas.

—No quiero ir —protestó Luna haciendo un mimoso puchero.

—Yo tampoco, pero tendremos tiempo más tarde. Toda la noche si quieres, estoy seguro de que encontraremos a alguien que cuide a Sofia mientras nosotros recuperamos el tiempo perdido. La ventaja de vivir en una comunidad élfica es que siempre hay algún niño disponible.

—Podría acostumbrarme a esto.

—¿A mis besos? —preguntó Riv dejando un reguero húmedo de besos por el cuello de Luna.

—Ja, ja, a tus besos no quiero acostumbrarme nunca, espero que cada vez que me beses, despiertes mi pasión.

—Prometo hacerlo.

—Me refería a vivir aquí.

—¿Lo dices de verdad? —quiso saber Riv dejando de besar a la elfa para mirarla a los ojos, tan feliz como un niño el día de Navidad.

—He vivido toda mi vida entre los humanos, creo que es el momento de cambiar y vivir con los elfos. Son mi esencia y la de mi pequeña, parte de lo que somos, es hora de cambiar. Si tú quieres.

Riv no respondió con palabras, pero sus acciones fueron lo suficientemente clarificadoras, aunque dos novias se enfadaron bastante al ver que su padrino y una de sus damas de honor llegaban tarde a su boda.

## Epílogo

Luna entró en la cocina agradeciendo poder sentarse en una silla. Tenía los tobillos hinchados por el embarazo, y ya su barriga era tan grande que no podía verse las puntas de los pies. Se había despertado de la cabezada que estaba echando en un sillón del salón, sorprendida del silencio que reinaba en la casa. Habían regresado a la ciudad hacía una semana. Por mucho que disfrutara viviendo con los elfos, quería dar a luz en un hospital, con un buen chute de anestesia. Agudizando el oído, escuchó unas voces provenientes de la cocina. Estaba segura de que eran Riv y Sofía. De puntillas, y todo lo sigilosa que su actual complexión le permitía, se había acercado hasta allí. La puerta estaba abierta, así que podía escuchar lo que conversaban sin ser vista.

—¿Recuerdas lo que tienes que decir cuando mamá te pregunte?

—Sí, papi. —Luna contuvo la respiración, como siempre que escuchaba a su pequeña llamar papá al hombre de piel canela que le había robado el corazón. Lo había sabido desde el primer momento en que Riv convivió con ellas, cuando Ícaro era una amenaza para ambas: aquellos dos se adoraban. De forma incondicional y natural, sin que ella pudiera oponerse a ello. Para Sofía, el fotógrafo era su papi, y nada podía cambiarlo—. Si mami me pregunta, NO me has comprado chocolate. —Luna ahogó una risa. El chocolate era una pasión que los dos amores de su vida compartían. Tenía que controlar lo que compraban cuando iban al supermercado, pero de algún modo siempre encontraban la forma de hacerse con una tableta. Si no era Micaela la que la compraba, era alguno de los titos de la pequeña, que solo necesitaba poner carita de ángel para conseguir lo que deseaba.

—Bien, tendrás que limpiarte los berretes —le advirtió Riv acariciando la mejilla de la pequeña.

—Valglele —aseguró Sofia comiendo a dos carrillos una onza de chocolate con avellanas.

Luna sonrió y volvió al sillón donde había estado sentada. Esperaría cinco minutos y les avisaría que ya estaba despierta. Había veces que era mejor fingir desconocimiento con tal de que los seres queridos vivieran esos pequeños secretos que tan felices les hacían. Acariciando su barriga con una mano, alargó la otra hacia la taza de té de arándanos con mandarina que reposaba junto a ella, estaba frío pero igual de delicioso. La felicidad era eso, un trocito de paz en un mundo de amor.

FIN

## Nota de la Autora

Querido lector, muchas gracias por haberme acompañado durante las tres entregas de esta trilogía.

Todo comenzó una tarde de otoño bromeando con una amiga sobre las musas inspiradoras, y cómo sería mejor que un muso apareciera un día en mi cocina para ayudarme en los momentos de duda. Después mi imaginación desbordante hizo de las suyas y lo que era una historia de amor se pobló de vampiros, elfos, vikingos, *highlanders* y dioses del Olimpo.

Me he tomado unas cuantas licencias literarias, pero los personajes estaban insistiendo para que contara su historia mientras me tomaba una taza de té. Algunos de ellos aún insisten, quizás deba escucharlos.

¿Tú qué opinas? ¿Deseas conocerlos?

Puedes contármelo en

<https://www.facebook.com/MarPZabalaEscritora/>

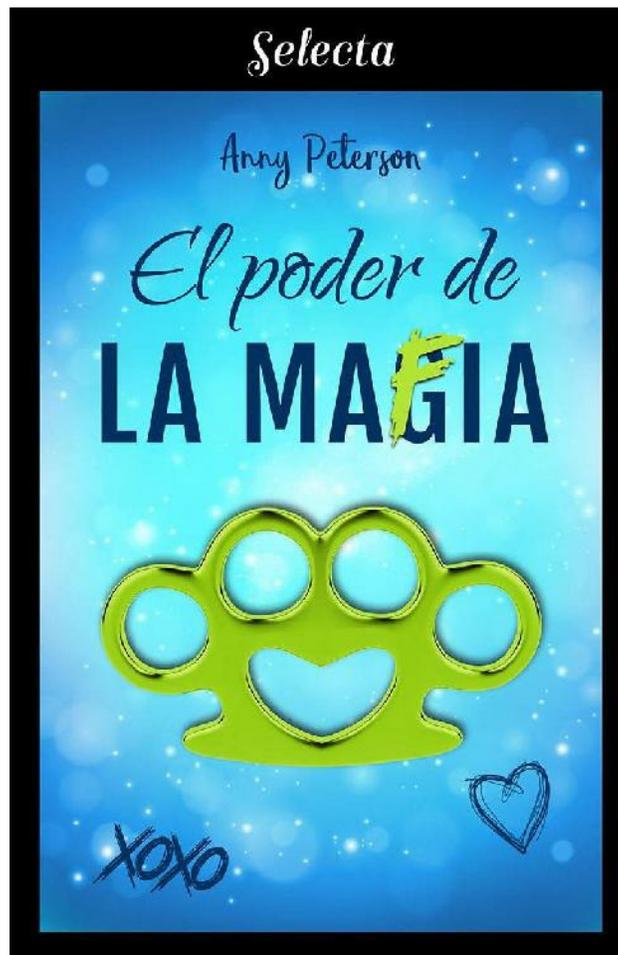
Si te ha gustado

*Canela y miel*

te recomendamos comenzar a leer

*El poder de la Mafia*

de *Anny Peterson*



Prólogo

Adriana

¡Cómo odiaba esas fiestas!

Entré en la casa, crucé el salón y fui directamente a la cocina. Necesitaba que el alcohol invadiera mi sangre e hiciera más soportable tener que fingir que me divertía.

Durante el trayecto, las mismas imágenes de siempre golpearon mis ojos: vestidos imposibles, *gin-tonics* a mansalva, lujo por doquier, tíos con los ojos vidriosos muriéndose de ganas por recolocarse el paquete. Vomitivo.

«Un whisky doble, por favor», agonice alcanzando una botella de la que ni su puta madre conocía la marca de lo cara que era, y me serví una copa.

Macizo de revista haciéndome ojitos a las tres en punto. «No te acerques a mí, por Dios, aún no. Necesito anestesia», supliqué para mis adentros.

Una mano en mi espalda.

—Adri, has venido... —me susurró Cloe extrañada.

—Sí... Hola, ¿está aquí? —pregunté expectante.

—Llegará en cualquier momento.

—Perfecto —respondí apurando mi copa.

—¿Cuándo has vuelto? Hace dos días estabas en...

—Ayer por la noche. Pero me voy mañana, tengo un evento el viernes en España. Un amigo de mi padre se jubila.

Mi amiga parpadeó sorprendida.

—Suena aburrido, ¿de verdad tienes que ir?

—Sí. Mis padres y sus amigos son una panda de psicópatas. Se creen una gran familia feliz. Es espeluznante. Los llamamos *La Mafia* a sus espaldas. Y está prohibido faltar a ninguna celebración que marque un antes y un después y, por lo visto, esta es una de ellas.

—Joder... ¿me estás diciendo que has venido hasta Los Ángeles solo para ver a Alejandro esta noche e irte mañana? —preguntó alucinada.

—Pues... sí.

—Estás loca... —susurró vigilando que nadie la escuchara.

—Lo que sería una locura es no hacerlo y condenar a muerte a treinta personas solo para ahorrarme un dolor de cervicales —mascullé hastiada—, además, en primera clase los asientos son muy cómodos y te dejan emborracharte.

Ella sonrió con pena.

—Ten cuidado, por favor —añadió preocupada.

—Lo tendré, y gracias por avisarme de que estaría aquí hoy. Llevo mucho tiempo queriendo coincidir con él.

—Sabes que apoyo tu causa, pero me da miedo. Algún día podría salirte mal la jugada y...

—Tranquila. Está controlado. —La esquivé después de acariciarle el brazo y noté que el tío que no me había quitado los ojos de encima me seguía hasta el salón.

Y no le culpaba.

Llevaba un vestido increíble de Hervé Léger con estampado de piel de serpiente en tonos blancos y grises. Una auténtica brutalidad. Sexy, fiero y venenoso. Como yo.

No lo mareé durante mucho rato porque mi objetivo entró por la puerta cinco minutos después.

Empezaba la acción. Automáticamente corregí mi postura y le miré de reojo coqueta. Nuestros ojos coincidieron y, con un gesto de decepción que anunciaba un juicio velado, le di a entender que no me interesaba lo que veía.

Nunca fallaba. Conocía a los tíos como él. Sabía que en media hora le tendría comiendo de mi mano al sentirse rechazado. Coqueteé con mi nueva mascota un rato más mientras sentía la mirada de Alejandro sobre mí, ansioso por apoderarse de mis ojos de nuevo. Estaba cansada y me pareció tan interesado que utilicé la maniobra más vieja del mundo para darle la oportunidad masticada.

El plan consistía en acercarme a la persona que estaba hablando con él y preguntarle amablemente si sabía dónde estaba el aseo mientras disfrutaba de ignorar a mi presa de una forma desquiciante.

No me sorprendió que, al salir del baño, Alejandro me estuviera esperando en la puerta. Y no tuve que insistirle mucho para conseguir lo que necesitaba de él, prometiendo darle lo que todos los tíos deseaban de mí.

Tercera y última entrega de la trilogía Un té con amor.  
—**Si tú luchas, yo lucho. Si tú peleas, yo peleó. Si tú  
amas, yo amo.**



Cada día era el mismo ritual: Luna salía de su portal, cruzaba la calle, y al segundo paso se topaba con Riv en la estrecha acera. Él era un hombre de pelo castaño, piel canela, ojos azules y labios sensuales cuyo físico era digno de ser mirado. Sin embargo, ella recordaba cómo la había menospreciado en el pasado y cómo se había reído de ella y todo el enamoramiento se le pasaba.

Por otro lado estaba Icar. Un atractivo hombre cuyos ojos de miel, en los que en ocasiones parecían brillar estrellas, provocaban colapsos en las mujeres. Después de desaparecer de su vida durante cinco años había vuelto a ella haciendo tambalear su existencia.

Canela y miel. Pasado y presente.

Dos hombre igual de atractivos, ¿a cuál elegir para vivir con él su futuro?

**Mar P. Zabala** nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Mar P. Zabala

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-07-4

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@magustaleer

# Índice

Canela y miel

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de la Autora

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Mar P. Zabala](#)

[Créditos](#)